

Archivocracia y literatura en Uruguay Figura y método de Roberto Ibáñez

Ignacio Bajter*

Departamento de Investigaciones, Biblioteca Nacional

“Conseil sabe *clasificar* los peces.
Ned Land sabe *cazar* los peces.
Conseil establece el catálogo razonado
de los peces que Ned Land examina.”

“E) Veinte mil leguas en viaje submarino”,
en *Pensar/Clasificar*, de G. Perec.

I

En un curso de verano que Carlos Real de Azúa dio en la Universidad, en 1958, cuya relatoría se publicó con el título *Un siglo y medio de cultura uruguaya*, Roberto Ibáñez es ubicado con precisión en dos ámbitos: como lírico destacado entre los poetas del 30 y del 36, a la usanza de una retórica que comenzaba a perderse sin reposición, y como investigador metódico de la literatura, director del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios. Para valorar la poesía de Roberto Ibáñez debe recomponerse una cultura que a mitad del siglo xx, en algunos textos ya en sombras, y sobre todo en la oralidad de las aulas, trabajó con énfasis la ontología, la estética pura, la eternidad y lo absoluto. “La poesía de Ibáñez no es producto de ciega inspiración, sino tortura metafísica de fondo y forma (dualismo aparente), lucha por dar en formas puras y precisas sus psiqueos”, escribió Luis Alberto Gulla.⁽¹⁾ El exaltado Domingo Luis Bordoli, admirador de Ibáñez, comprendió más tarde “una sola meta: la perfección. La esencia de esta poesía es, nos parece, el ser; entendiendo en esta palabra la conciencia última que tenemos del tiempo y de su anulación”.⁽²⁾ En la *Antología de la poesía uruguaya contemporánea*, de 1966, Bordoli habla de “una poesía toda celeste y submarina”. Era difícil que la lírica desprendida de tales nociones sobreviviera a épocas que eliminarían radicalmente ese lastre.

* Crítico literario e investigador. Organizó el archivo de Amanda Berenguer en la Biblioteca Nacional y prepara la edición de 50 poemas de Emily Dickinson (antología y traducción de Berenguer).

(1) En *La poesía Post-Modernista*. Montevideo: Comisión Nacional del Centenario, 1930, pp. 7-8.

(2) “La poesía de Roberto Ibáñez”, en *Asir*, n° 38, Mercedes-Montevideo, setiembre de 1958, p. 69.

Antes de figurar como redactor responsable de los primeros 28 números (1936-1939) del boletín de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE, de causa antifascista), Ibáñez dirigió junto a Gulla y Carlos Scaffo, desde junio de 1930, *La Gaceta de Montevideo*, una efímera e influyente revista mensual “de letras, artes y ciencias” que incluye alguna página de “lucha de clases” y privilegia a colaboradores de exclusiva. En el primer número Ibáñez funge de reportero sobre proyectos de “fomento artístico” y en la contratapa escribe una reseña de actualidad, oficio que aprendió en *La Pluma*; en el segundo, publica poemas propios junto a los de Sara de Ibáñez, su esposa, hechos especialmente para la revista. Como cualquier poeta, Roberto Ibáñez pretendía ser reconocido como tal y conservaba, sin que le pesara, su propia “conciencia olímpica”. Contemporáneos de Ibáñez y poetas posteriores vendrían a negar, incluso a ridiculizar toda idea de parnaso asociada a laureles, laudos y cánticos solemnes. Ahora son pocos los que sobreviven como lectores de los cinco libros de poesía que Ibáñez publicó entre largos paréntesis. No llegó a ser su arte el “ardiente y dramático testimonio de la vida que lo modela y ampara”, como había encontrado en Emilio Frugoni.⁽³⁾

En un homenaje que le rindió en 2008 la Academia Nacional de Letras, Ricardo Pallares (admirador de Ibáñez y quien mejor parece conocerlo) valoró los distintos perfiles de su personalidad. Ibáñez se dedicó al trabajo literario de variada índole, e incluso, en el origen, al discurso político, como representante del Partido Socialista, del que fue la voz juvenil en conferencias que daba en sindicatos, en reuniones de obreros, en el lugar que lo requiriera. “Le importaba ante todo que se supiera su condición de poeta y más que se conociera la obra que había compuesto. Es probable que sus calidades como investigador, referente académico y orador militante con arrolladora vehemencia libertaria y humanista hayan postergado la difusión y conocimiento cabal de su breve poesía” (Pallares: 141).

Al tratar con la figura de Ibáñez, los rastros de la sobreexposición estima de sí mismo no solo son una prueba de afectación sino una particularidad imborrable, un gesto esencial. Sus coetáneos lo acusaban de ególatra y de vanidoso. Fuera del círculo de la gente con la que tenía un trato cercano, mantenía “la vara alta”. Hay quienes creen que no fue un “ególatra” ni un “vanidoso” sino que simplemente no era modesto, no se sentía cohibido en mostrar cuánto sabía. “‘Un gran orgullo encubre casi siempre una gran timidez’, le oí decir una mañana a propósito de Poe”, escribió Alejandro Paternain a la muerte de Ibáñez.⁽⁴⁾ Con la perspectiva del tiempo, la lenta y

(3) En “Introducción” a *La elegía unánime*. Buenos Aires: Losada, 1942, pp. IX-XL.

(4) Paternain lo conoce y lo aprecia: “Pensé que padecía de necesidad de afirmación y de reconocimiento; que recelaba del prójimo y, a la vez, lo reclamaba. Y comprendí al fin que, como

perseverante defensa de su valor, y la paciente construcción de una figura parecen (fuera de antipatías y enemistades, de rencillas políticas) un modo de llamar a la indiferencia y al olvido en un país que sella y entierra con facilidad no solo a los ciudadanos virtuosos.

En la semblanza que le dedica Pallares en “Personalidad y poesía de Roberto Ibáñez” se presenta a un hombre que “se refugiaba en una aparente soberbia protectora”, erudito, pulcro y sabio, leal con sus amigos, vestido de traje a la inglesa y corbata de “nudo perfecto”, un caballero a la gomina, “correctamente peinado” (142). A diferencia de otros testigos que conocieron al hombre nacido en Montevideo en 1907, y en el punto fueron negadores unánimes, Pallares encuentra a alguien que poseía –al menos puertas adentro– sentido del humor, “fino humorismo”. Los textos de su trabajo como investigador y crítico, los documentos de su presencia en archivos y los registros escasos que quedan de conferencias y clases muestran a un profesor modelo de rectitud, poco dado a salir de las formalidades exigidas en los lugares que sus profesiones literarias, tenaces a prueba de todo, habitaban.

Como profesor de literatura de enseñanza media e inspector nacional, como titular de literatura uruguaya e hispanoamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, donde actualmente un aula lleva su nombre, Roberto Ibáñez fue reconocido por la excelencia, la corrección y el atractivo escénico. La influencia entre docentes fue tal que su modelo creó imitadores de toda valía, epígonos que a su vez no crearían a otros en tiempos posteriores, cuando variarían las relaciones entre las personas y con ellas las formas pedagógicas. También en el papel de conferencista hacía de la palabra un acontecimiento público y autorizado, trabajaba aquello que iba a decirse, y la forma –sensible a la dicción, a los matices del tono– hacía que escucharlo fuera una experiencia de atracción, quizá cercana a una mediación con lo sagrado. En una clase de Humanidades, llegado el punto en que el profesor, con sus ademanes justos, alcanzaría el clímax, un alumno estornudó, e Ibáñez, interrumpiéndose, sin vacilar lo echó del salón.⁽⁵⁾ No era este un modelo de profesor que hubiera recogido simpatías en las generaciones que se aproximaban, lentamente, al espíritu del 68. Real de Azúa, otro ejemplo de maestro capaz de marcar a quienes seguían sus cursos, daba a los otros una imagen que difería de la pose de Ibáñez. Según una estampa de Emir Rodríguez Monegal, “los alumnos lo adoraban por ser tan campechano y porque los dejaba hablar a gritos en

tantos hombres, escudaba tras la arrogancia, el narcisismo o el orgullo, el desvalimiento de su alma sensitiva”. En “Frente a la muerte de Roberto Ibáñez”, en *El Día*. Montevideo, sábado 9 de setiembre de 1978, p. 12.

(5) Con estas palabras: “¡Vaya a hacer *eso* afuera!”.

clase, interrumpirlo y tutearlo”, el aula podía oírse como “un tumulto digno de las asambleas revolucionarias de Francia, 1789”.⁽⁶⁾

No están registrados los vicios que pudo introducir Roberto Ibáñez, dados sus altos cargos, en la enseñanza de la literatura. De la idoneidad para decidir destinos hay memoria cierta.⁽⁷⁾ Pallares cree que actualizó el método de los estudios literarios, a los que integraba con los conceptos de la filología, la teoría literaria, la lingüística, la historia de la literatura, la estética. “En la formación de formadores y como protagonista de su actualización, concretamente durante la década de los años 60 y parte de los 70, tuvo una didáctica explícita y una deontología docente que estaban en consonancia con el rigor teórico y formal que practicaba en los estudios literarios” (141-2). La formación de profesores data por lo menos de 1944, cuando no existía un instituto que se encargara específicamente de ello. Tras la figura del poeta, casado con una poeta y padre de poetas, el admirador de Poe, tras el profesor severo y el conferencista que aborrecía el hecho de repetirse, junto al hombre público y político subyace la más fértil y extendida de sus cualidades, aquella pionera y fundamental, visionaria, generosa y no siempre bien agradecida. Pallares lo dice en el texto reciente y Real de Azúa sobre la marcha, en aquel curso de verano del 58: “En los últimos diez años, en su labor personal (demasiado corta es la édita) y al frente del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios que custodia un rico material inédito, Roberto Ibáñez ha creado un nuevo estilo de estudio crítico, en el que se funde una especial sensibilidad para lo poético (característica del exigente creador que es) y un excepcional cuidado por esa etapa (tan descuidada aquí) de la *ordenación y verificación* de materiales” (41). En una entrada del *Proceso intelectual del Uruguay*, Alberto Zum Felde reconoce el “gran servicio a la cultura literaria” que prestó Ibáñez al frente del INIAL, y Ángel Rama lo llama “iniciador, en los estudios literarios nacionales, de esa seriedad en el manejo de la información que dio por sacrosanta la generación crítica”.⁽⁸⁾

Si hay un espacio donde es actual, constante y eficiente es en el campo de la investigación literaria, donde también creó seguidores que a su vez –sin

(6) “Visión estereoscópica de Carlitos Real”, en *Vigencia de Real de Azúa*. Montevideo: CIESU-Banda Oriental, 1987, pp. 79 y 80.

(7) “Desde su cargo de inspector de literatura de Enseñanza Secundaria, fue el autor de los programas que rigieron por décadas en nuestros estudios medios y el inspirador de las pautas para la enseñanza de la asignatura, que él tomó de la explicación de textos francesa [sic]. Nadie ha tenido más dilatada y persistente influencia en los estudios literarios en el país: abarcó a todos los docentes y a todos los estudiantes; instituyó un xanon [sic] de excelencias y una manera de abordar el estudio de los textos. [...] Se desempeñó, además, como catedrático de literatura uruguaya en la ex Facultad de Humanidades y Ciencias. No hay otro ejemplo de intelectual uruguayo que haya concentrado tanto poder cultural.” En Arbeleche, Jorge y Mántaras Loedel, Graciela, *Panorama de la Literatura Uruguaya (entre 1915 y 1945)*. Montevideo: Academia Nacional de Letras, 1995, p. 83.

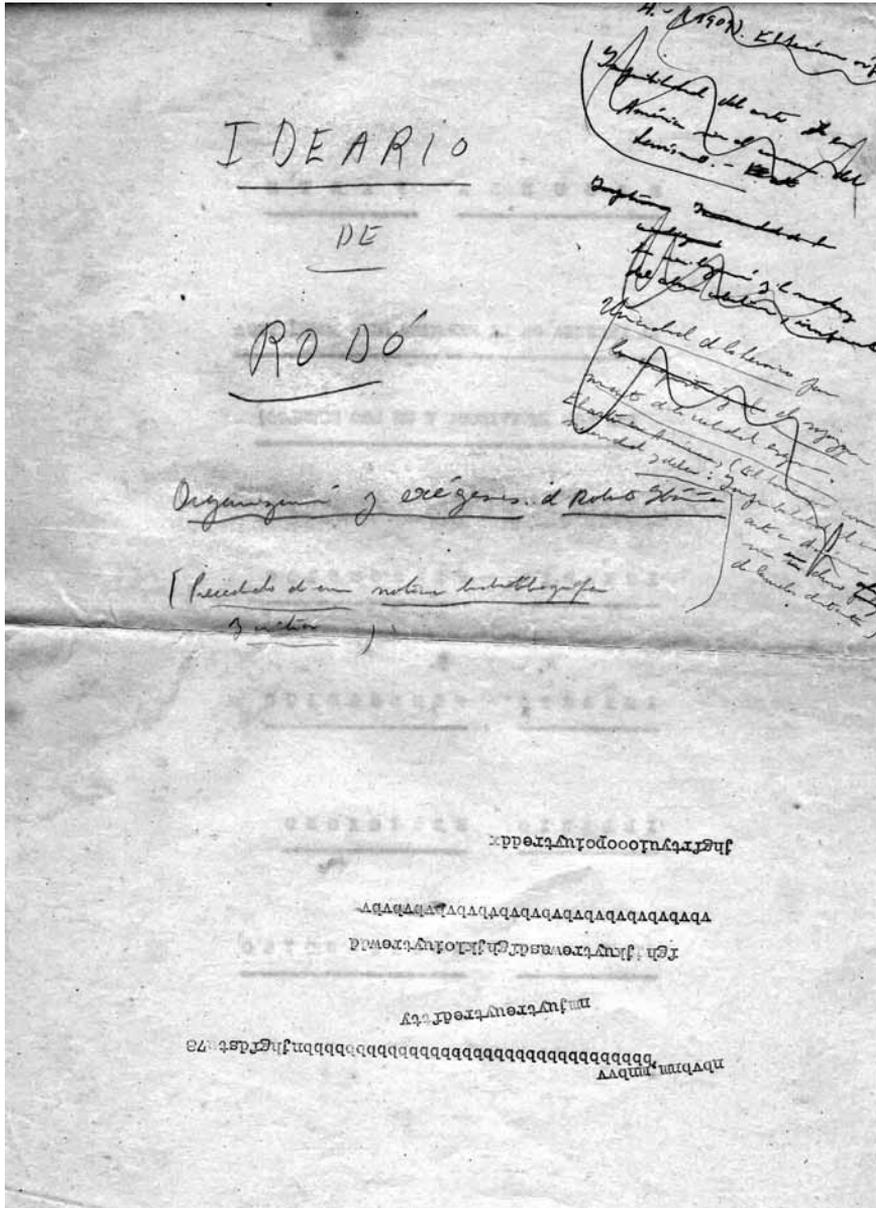
(8) *La generación crítica, 1939-1969*. Montevideo: Arca, 1972, p. 207.

reconocer el gen Ibáñez— crearon a otros. Con el archivo de José Enrique Rodó establece una obra principal y un origen, define un método de investigación y una historia canónica de la literatura nacional basada en manuscritos, impresos y objetos de un escritor. La historia con el archivo Rodó, medio y principio de la literatura uruguaya, empieza en 1942 cuando Ibáñez se acerca a la señorita Julia, hermana del escritor, sobreviviente de los Rodó-Piñeiro, con el fin de revisar los papeles.⁽⁹⁾ Estudioso en formación, había decidido estudiar a fondo la obra y la personalidad del “Maestro” y presentarse al concurso de la Comisión Municipal de Cultura de Montevideo. Escribe “Ideario de Rodó”, con el mismo título de un ensayo de Alejandro Arias, de 1938, y obtiene el premio. No es con este opúsculo publicado parcial y mínimamente con el que empezaría un capítulo desconocido para la investigación literaria en Uruguay, sino con el trabajo técnico y sensible —que descubrirá por su cuenta— con los manuscritos.⁽¹⁰⁾ En 1944 la Biblioteca Nacional del Uruguay recibe el archivo que conservaba Julia Rodó. El “arielista” Dardo Regules entrega la donación al director Juan Silva Vila, quien decide no separar a Ibáñez del archivo Rodó y así mantiene la continuidad de un trabajo exorbitante. Antes de ser nombrado albacea, Regules había sido llamado a publicar la edición póstuma (que Ibáñez llamará “apócrifa”) de *Los últimos motivos de Proteo*, de 1932, subtitulada “Manuscritos hallados en la mesa de trabajo del Maestro”.

Desde el inmediato abril de 1944 entra en funciones la Comisión de Investigaciones Literarias, presidida honorariamente por Ibáñez y oficializada por un decreto del Poder Ejecutivo del 17 de julio de 1945. La historia de la literatura tal vez se infiera de la historia económica: los años cuarenta, con sus manifestaciones de riqueza y bonanza, dan lugar en la política a desbordantes discursos nacionalistas y patrióticos, regidos por una sensibilidad

(9) Del trato primero con el archivo habla en el reportaje que la cronista Cora Saravia, a propósito de la exposición de originales y documentos de Zorrilla de San Martín, publicó con el título “El Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios. Una labor intelectual seria y trascendente”, en *El Plata*, año XLIII, n° 14.826. Montevideo: 9 de febrero de 1956, p. 16. Diez años antes de esta nota había hecho algunas referencias de la relación con Julia Rodó en la entrevista con Emir Rodríguez Monegal, de los primeros en ponderar enfáticamente su trabajo con el archivo. Véase “Hacia un nuevo Rodó. Impresiones cambiadas con Roberto Ibáñez”, en *Marcha*, año VII, n° 343. Montevideo: 16 de agosto de 1946, pp. 21 y 23.

(10) “Ideario de Rodó” es el principio de una crítica oculta, que se conoce por anuncios. “Sobre *Motivos de Proteo*”, publicado en el n° 2 de *Anales del Ateneo* (Montevideo, junio de 1947, pp. 133-139), es lo que queda (además del bosquejo de la estructura, en un folio suelto) de aquel estudio en el que Ibáñez hace ver su incondicional amor por “el Maestro” y la preferencia por una de sus obras, que da título a estas páginas desprendidas del inédito. En la etapa previa a la estricta investigación literaria originada en manuscritos, Ibáñez se aproxima, con excitación verbal, a “los críticos del 18”. En “Sobre *Motivos de Proteo*” dice en una especie de conclusión: “Siempre hay, en nuestra alma, para nuestro destino, una página en blanco” (137). Antes que estudiar la naturaleza de los papeles, arriesga señalar lo que el texto “representa” y de paso, como modo de cuestionar, corrige la escritura de Rodó, y termina el análisis de una parábola diciendo que esta es un “breve friso de música en que se amparan delicadísimas imágenes” (139).



Folio que inicia el bosquejo de un libro planeado por Roberto Ibáñez: "Ideario de Rodó". Con un ensayo de igual título, publicado parcialmente, Ibáñez había ganado un concurso municipal, de 1942. Ideario de Rodó también es el título de un ensayo breve de Alejandro C. Arias, de 1938, y de un libro ordenado por Luis Gil Salguero, de 1943.

que a Europa le había costado una demolición. La guerra y la posguerra aquí avivaron discursos ligados a la apropiación de la riqueza nacional, a su modo resabios de la celebración del centenario de la República en 1930. Es por este costado por el que Ibáñez defiende el valor cultural de los manuscritos, los pliegos de imprenta, los libros, los papeles y objetos que había guardado Rodó con “voluntad testamentaria”.

Ese legado acumulaba años de quietud y desorden. Así lo describe Rodríguez Monegal luego de consultar a Ibáñez sobre el estado primario del archivo, sobre el llamado “trabajo sucio” y la aproximación al desciframiento, que es una compleja relación de filtrado y ensamblaje:

El lector no puede hacerse una idea de lo que representaba esa labor. Los manuscritos sumaban varios millares de piezas, distribuidas en latas (algunas de ellas, de galletitas), en cajas, en baúles, en mazos, etc. Constituían (con contadas excepciones) un conjunto desordenado, caótico. El primer paso consistió en la separación y clasificación de las piezas, para lo cual fue preciso descifrarlas hoja a hoja, y ordenarlas en las unidades primitivas (reales o presuntas) que integraban.⁽¹¹⁾

No hay idea de nación sin una pulida unidad de fortunas, héroes y gloria, “ilustres guerreros” –como decía un ministro de Cultura de la época–. Para la literatura es el tiempo de buscar y perseguir, valorar, poseer y clasificar archivos. Para el Estado es la hora de mantener centros satélite dedicados al conocimiento. En los años cuarenta funcionan en Uruguay el Museo Histórico Nacional (creado con ese nombre en 1926), el Archivo General de la Nación, el Museo de Historia Natural, la Dirección General de Estadística y los institutos Filotécnico, Geológico, Geográfico Militar. Por un decreto de febrero de 1943, el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social había creado la Academia Nacional de Letras “para velar por los fueros del idioma”. El secretario de Estado Adolfo Folle Juanicó, que sucedió a Cyro Giambruno, le daba toda la suntuosidad a la cultura, al espesor simbólico que instaura la lengua: en el mismo año que se crea la Academia, Folle Juanicó encabeza las honras funerarias rendidas al cuerpo de Julio Herrera y Reissig, muerto en 1910, a la “reliquia material de un hombre” (palabras del ministro) que pasan al Panteón Nacional: “Las cenizas del inmortal poeta quedaron así depositadas para siempre en el templo de las glorias nacionales”.⁽¹²⁾ Al año siguiente del traslado de Herrera, el

(11) “Hacia un nuevo Rodó”, en *Marcha*, citado, p. 21.

(12) Escrito en una nota que presenta al texto de Folle Juanicó en el *dossier* dedicado a Herrera en la *Revista Nacional*. El representante de Estado dice del “pronunciamiento ya definitivo, esta sentencia del Gobierno de la República”: “los restos de Julio Herrera y Reissig deben estar colocados en el Panteón de los Inmortales, de los que serán eternamente reverenciados por la ciudadanía nacional [...] porque contribuyeron a crear una patria grande y una patria digna”. En “Julio Herrera y Reissig en el Panteón Nacional. La palabra del gobierno. I”, en *Revista Nacional*, año 6, n° 63. Montevideo, marzo de 1943, pp. 340-343.

ministro Folle Juanicó usa la palabra con igual lustre al inaugurar la sala José Enrique Rodó del Museo Histórico Nacional.⁽¹³⁾

Los discursos, solemnes, se ilusionan con levantar grandezas. Se debe a Folle Juanicó el nacimiento de un panteón reservado a otro tipo de reliquia material, de cuerpo literario: con el nombre en legajo de “Literatura vernácula, etc.”, el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social crea “el organismo que ha de recoger datos, documentos y otros papeles de escritores, favoreciéndose la formación del archivo”.⁽¹⁴⁾ El fundamento intelectual y el sustrato ideológico, incluso el estilo que suscribe el ministro son obra de Roberto Ibáñez,⁽¹⁵⁾ a quien llamaba “amigo, escritor de finísima sensibilidad, poeta y crítico”. En la consideración previa al decreto que oficializa el archivo Rodó y cobija el trabajo incipiente del investigador literario (“la búsqueda es ardua como toda ascensión, y por momentos tiene la seducción del vértigo”, dice Folle en una carta que recomienda a Ibáñez a Enrique Larreta), supone que “el país ha alcanzado, en el desenvolvimiento de sus valores culturales, un grado de madurez, reconocido por las más calificadas autoridades del continente y de Europa, que hace impostergable, en la esfera de la creación literaria, el estudio metódico de los más importantes autores desaparecidos y la preservación responsable de sus producciones”. También considera:

[...] que el más cabal conocimiento de autores uruguayos internacionalmente consagrados, pero difundidos todavía de forma insegura, es uno de los títulos más esclarecidos con que pueden confirmarse y acrecentarse los prestigios nacionales y el derecho del Uruguay a figurar entre los pueblos creadores de civilización.

Se sanciona una comisión dedicada a “documentar la vida y disponer los manuscritos de José Enrique Rodó y de dotar al país no solo del primer archivo literario que se haya organizado entre nosotros sino del más nutrido y notable de los que existen en América”. Todo es previo al “archivo” como concepto usado en filosofía del lenguaje, historia, economía, crítica del discurso y de la cultura.

Llegado 1945, al profesor Ibáñez lo sustentan un decreto y una institución que preside con apoyo de un grupo de vocales, colaboradores laboriosos, y una “comisión de honor” que apuntala la decisión política.⁽¹⁶⁾

(13) En *Revista Nacional*, año 7, n° 80, Montevideo, agosto de 1944, pp. 168-171.

(14) Así dice el documento del Registro Nacional de Leyes, Decretos, etcétera, que se conserva en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional.

(15) Véase el memorándum “Sobre el proyecto de creación del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, con la base de la Comisión de Investigaciones Literarias”, documento del archivo del INIAL (76 folios mecanografiados, sin fecha y sin firma, con sello de la Comisión de Investigaciones Literarias-Ministerio de Instrucción Pública).

(16) Los vocales eran Dora Isella Russell, Myriam Otero, José Enrique Etcheverry, Carlos Alberto Maggi y Manuel Flores Mora. Maggi y Flores Mora permanecen durante un tiempo breve, pronto interrumpen la participación en el grupo de jóvenes que se forman junto a la “imagen tutorial” de Ibáñez en el archivo Rodó. Myriam Otero recuerda que al obtener una beca que los

Conforme avanza la clasificación y el ordenamiento de las miles de piezas del archivo Rodó, el presidente de la comisión logra, incluso, el reconocimiento de quienes serán sus más consecuentes y valiosos enemigos. Con los cometidos de la Comisión de Investigaciones Literarias, dados en siete puntos para la conformación de archivos, proyecta un futuro para el conocimiento de la literatura cuya base es la reunión de los fragmentos dispersos de los principales escritores del Uruguay del 900.⁽¹⁷⁾ Al recibir la herencia de Rodó y decidir la suerte de los papeles, el Estado capitaliza un acervo que no se restringe a la literatura, el periodismo y la política (según dividía Ibáñez la escritura de Rodó), sino que cruza la fibra de la cultura que hallaba y reconocía en la posguerra su “grado de madurez”, aunque la nación, no obstante y como se puede ver, es todavía una confirmación que viene de afuera, una legitimidad que otorga el extranjero. Este tipo de medida no deja de aplicarse a los escritores, entre otros artistas, lo cual viene a contradecir y a menospreciar la “madurez” de una cultura que en los cuarenta tampoco excedía el contorno de una provincia.

Al quitar a Rodó de latas de galletas, bolsas de arpillera y otros improvisados almacenajes (como los baúles que servían de asiento en la oficina de la comisión), al llevarlo a un mobiliario que el propio Ibáñez –con el

destinaba a Buenos Aires, Maggi y Flores redactan, al mismo tiempo, las cartas de renuncia en las dos máquinas de escribir que había en la oficina, ubicada en un salón estrecho de la Biblioteca Nacional, que funcionaba en el espacio cedido por la Universidad. Dora Isella Russell tenía la tarea de clasificar la correspondencia recibida por Rodó, más legible que aquella enviada por el escritor, con la que trabajaba su compañera Otero. Etcheverry, por su parte, hacía trabajos que servirían a sus ensayos; poeta de un soneto que encontró fama, “A Don Quijote”, obtuvo a fines de 1947 el premio del polémico concurso sobre el personaje de Cervantes que organizaron *Marcha* e *Indiana Libros*, con un jurado encabezado por el profesor Ibáñez. A este grupo de vocales se incorporan luego Silvio Frugone (que en un momento casi de quiebra de la Comisión dona 25 pesos) y Alcides Giraldi, entre otros. En la “comisión de honor”, nominal, destacaban las firmas de Justino Zavala Muniz, Juana de Ibarbourou, Alicia Goyena, Esther de Cáceres, Víctor Pérez Petit, Emilio Oribe, Álvaro A. Vasseur, Eduardo J. Couture, Alberto Zum Felde, Carlos Sabat Ercasty, Pedro Leandro Ipuche, Carlos Rodríguez Pintos, Jesualdo Sosa, Francisco Espinola, Adolfo Montiel Ballesteros, Juan Carlos Sabat Pebet, Carlos Benvenuto y Juan Silva Vila.

(17) En su trayecto al frente de la Comisión de Investigaciones Literarias y luego del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL), que se sostuvo entre 1948 y 1965, Ibáñez es fiel a la letra del decreto que dio origen a la Comisión: “1. Investigar metódicamente manuscritos y textos de autores nacionales para constituir sendos archivos, en consonancia con las impostergables exigencias de nuestra cultura. 2. Estudiar y catalogar los materiales de esa especie que existen en la Biblioteca Nacional. 3. Organizar, fuera de la Biblioteca, la búsqueda de documentos relacionados con la vida y la obra de nuestros principales escritores; y gestionar cuando fueran de propiedad privada, su enajenación o su registro. 4. Mantener una activa correspondencia con entidades y personas del extranjero, que puedan facilitar documentos o datos igualmente relacionados con nuestros más esclarecidos hombres de letras. 5. Recoger, en fuentes fidedignas, testimonios orales y escritos que posean interés para el mejor conocimiento de la literatura vernácula o de sus más acreditados representantes. 6. Efectuar la clasificación bibliográfica de las obras nacionales, con el propósito de ofrecer una guía segura para su estudio. 7. Crear un registro de obras y autores nacionales”.

tiempo— se encargó de seleccionar y cuidar con criterio (muebles que todavía están allí, esparcidos por la Biblioteca Nacional), el Estado se hace digno de un escritor que había puesto toda la dedicación a una prosa estilizada, excelsa, limpia. En 1945 la política estatal tiene un momento alto de su relación con la literatura, pues valora, en ese año clave, la visión intelectual de largo alcance de Roberto Ibáñez, que en poco tiempo pasa de la archivofilia a la archivología y de inmediato a la archivocracia.

II

A partir del calado etimológico, Jacques Derrida delimita en *Mal de archivo* una topología que puede explicar el lugar de Ibáñez, el sitio de autoridad dado por el Estado patriárquico o fratriárquico:

Como el *archivum* o el *archium* latino (palabra que se emplea en singular y en masculino: “un archivo”), el sentido de “archivo”, su solo sentido, le viene del *arkheion* griego: en primer lugar, una casa, un domicilio, una dirección, la residencia de los magistrados superiores, los *arcontes*, los que mandaban. A los ciudadanos que ostentaban y significaban de este modo el poder político se les reconocía el derecho de hacer o de representar la ley. [...] Los arcontes son ante todo sus guardines. No solo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos. Tienen el poder de *interpretar* los archivos.

En posesión de la llave más importante de cuantas pudieran existir para la investigación literaria, aquella que abría un recinto poco confortable de la Biblioteca Nacional al que se accedía por la puerta de Eduardo Acevedo 1475, Ibáñez se concentra en un despliegue intelectual, mecánico y de gestión cuyos resultados son un éxito, a la vista de los sucesivos informes a la autoridad ministerial. Las diligencias insumen operaciones diplomáticas con las que consigue donaciones: en uno de los viajes principales reconstruye el camino de los manuscritos de *Motivos de Proteo*, obra que lo obsesionaba. A partir de un indicio que recoge de Julia Rodó, sale a la busca de los papeles, rodeados de historias:

[...] ocurrida la muerte del Maestro, sus familiares le entregaron a un amigo de aquél, el Sr. Narciso Machado, quien afirmaba que Rodó se los había prometido. El Sr. Machado los regaló, después, a su yerno, D. Natalio Botana, director de *Crítica*; y, de manos de éste, pasaron a poder del General Justo. [...] Iniciada la búsqueda, comprobé que aquellos manuscritos acababan de ser transferidos, juntamente con la biblioteca particular del General Justo, por los herederos de éste, a la Biblioteca Nacional de Lima.⁽¹⁸⁾

(18) “Al Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, remitiendo memorándum de la misión cumplida por el Sr. Roberto Ibáñez en Buenos Aires”. Expediente n° XXIII, 3 de noviembre de 1945. El archivo del INIAL, que contiene fragmentos del archivo de la Comisión de Investigaciones Literarias, se conserva en la Biblioteca Nacional.



La Comisión de Investigaciones Literarias, y luego el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, hasta la mudanza del año 49, ocuparon un pasillo estrecho de la Biblioteca Nacional, cuando esta funcionaba en un piso de la Universidad al que se accedía por la puerta de la calle Eduardo Acevedo. Con Roberto Ibáñez ausente, en la imagen están los investigadores Silvio Frugone, el director interino Carlos Alberto Passos, Raúl Uslenghi y José Enrique Etcheverry (de izquierda a derecha, de pie). Junto a la máquina de escribir, Myriam Otero, quien donó esta fotografía al Archivo del INIAL de la Biblioteca Nacional.

Ibáñez no se inspiraba solo en “razones patrióticas obvias”, sino sobre todo “en el deseo de asegurar la jerarquía del archivo de Rodó”. Al ministro peruano José J. Rada Benavídez, con quien trata personalmente en Buenos Aires, lo induce a la donación de los manuscritos mencionándole el antecedente del presidente argentino Roberto Ortiz, que había entregado al Estado uruguayo los originales del *Tabaré* de Juan Zorrilla de San Martín.

Las piezas desconocidas de un archivo suelen ser aquellas que dan la clave de otras. Ibáñez no habría de conformarse con el privilegio de tratar exclusivamente a Rodó. En compañía del investigador que dos décadas más tarde le quitaría el control documental (Juan E. Pivel Devoto), inicia el trayecto en el que gana la voluntad de Julieta de la Fuente, viuda de Julio Herrera y Reissig. El 7 de abril de 1947 el Estado se hace de una donación que Ibáñez compensaría, con sus dotes de negociador fino, con una pensión graciable.⁽¹⁹⁾ Con algunos integrantes de la generación del 45, que se origina (con desdén a las cortesías) en esa década, se enciende un foco de tensión. En el *Diario de José Pedro Díaz*, en una nota que escribió un interesado en la investigación literaria rigurosa y en la poesía de Herrera y Reissig, se dice:

Leí en el periódico que la viuda de Julio Herrera y Reissig donó al Estado, para el Instituto de Investigaciones Literarias, las obras inéditas, manuscritos, etc. del poeta. [...] Ello dificultará mucho ahora, el estudio de estos materiales mientras Ibáñez se mantenga en la Dirección del Instituto. Seguramente hará todo lo posible para guardar celosamente lo que sea de interés. Se advierte en él que otorga a su calidad de funcionario una “chance” crítica. O mejor, que el crítico está adscripto al funcionario de tal manera que considerará ofensiva toda actitud de investigación que no quede bajo su control.⁽²⁰⁾

(19) Se trató de “una discretísima pero intensa gestión de persuasión”, dice Carlos A. Passos en un informe a Pivel Devoto. Un estudio de la figura de Ibáñez desde la perspectiva de la gestión de archivos sería útil para archivólogos y afines que, en Montevideo, hacen circular, a esta altura y como ejemplo práctico, un tedioso artículo de Celso Rodríguez, “Colecciones de manuscritos privados: un llamado a la acción” (en *Boletín Interamericano de Archivos*, volumen VII. Córdoba, 1980, pp. 61-71), en el que se leen indicaciones de cómo tratar con los donantes pasados y futuros y cómo ayudar a que los archivos –principio y fin de la historia del siglo XX– tengan rápida y eficaz apertura a los investigadores. Ibáñez, oyéndose a sí mismo, a su latido lírico, tramitó donaciones a puro impulso de artilugios obsequiosos, cargados de hipérbole, que tocaban la autoestima y la vanidad de los donantes. También en este sentido su proyecto es político y “democrático”. Movido por la emoción de lo que podría tener entre sus manos, Ibáñez siempre encontraba una nueva medida para cumplir “un deber de gratitud y justicia.” Al coleccionista de manuscritos y secretario de la Embajada de Uruguay en Francia, Adolfo Sienra, y a José M. Fernández Saldaña, que harían ricas donaciones tras el vínculo con Ibáñez en 1950, éste les dice, en sendas y vivas cartas, que reconoce la “patriótica y comprensiva actitud” y por ello a una sala del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios les pondrá su nombre. A Raúl Montero Bustamante le solicita, junto con los manuscritos y documentos de Zorrilla de San Martín, su propio archivo.

(20) *Diario de José Pedro Díaz: 1942-1956; 1971; 1998*. Edición, prólogo y notas de Alfredo Alzugarat. Montevideo: Biblioteca Nacional-Ediciones de la Banda Oriental, 2011, p. 136. Ya en principio José Pedro Díaz, que era un hombre que se ahorra toda confrontación pública, cualquier manera de la beligerancia, dice los inconvenientes que a Ibáñez le llegarán años más tarde y por los cuales perderá las llaves de su dominio. En agosto del 47 se habla del “Instituto

Sin medir las disputas posteriores, algunas injustas, Ibáñez dirige un centro de investigaciones y a un grupo de jóvenes con quienes da forma –a un ritmo frenético y con precisión– al archivo Rodó, mientras no desatiende ninguno de los cometidos de la Comisión de Investigaciones Literarias y hurga fuentes, consulta a testigos, reúne información, escribe cartas y recibe respuestas. Es posible que el destino que escoge al construir archivos haya bajado la intensidad de su comunión con la poesía propia, y es posible que sus clases en primer y segundo ciclo de secundaria, que entonces daba en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA) en un período reconocido como fermental, fueran asumidas como el trabajo que daba el salario pero no imponía todos los desvelos.⁽²¹⁾ La vida del profesor Ibáñez en la ciudad tenía resuelta las distancias, pues vivía en un edificio de la calle Magallanes entre

de Investigaciones Literarias”, cuando con exactitud la institución seguía siendo Comisión de Investigaciones... Recién en setiembre de ese año entra al Parlamento el nuevo (aunque en el fondo no deje de ser el mismo) proyecto de Ibáñez que acaba en la creación, entrado 1948, del INIAL. En una nota del *Diario*, anterior a la objeción contra la autoridad citada arriba, escribe Díaz, quien en poco será un eminente estudioso de Bécquer y una referencia para la comunidad internacional de hispanistas: “Leí el trabajo de Ibáñez sobre Bécquer, nuevamente [“Gustavo Adolfo Bécquer”, de Roberto Ibáñez, publicado en dos partes en *Ensayos*, n° 6, Montevideo: diciembre de 1936, pp. 161-181, y n° 7, enero de 1937, pp. 1-26]. Tuve una mala impresión. Lo hallé infantil y externo. Injustificadas preocupaciones formales lo acercan a lo cursi. No desentraña lo esencial, prefiere adjetivarlo. Eso es limitador y peligroso. Además su estudio de la poesía se limita, con abrumadora frecuencia, a la paráfrasis” (120). El comentario, lúcido, describe aquello que muchas veces recarga el estilo de Ibáñez en su aproximación a la poesía, endeble cuando no trabaja con manuscritos y ensaya libremente. Los textos acerca de Bécquer, Emilio Frugoni y Antonio Machado pueden ser buenos ejemplos de lo “limitador y peligroso” del modelo de glosa, de paráfrasis que Ibáñez también practicó con sus poemas. No todo fue torpeza juvenil. En “El diálogo de un hombre con su tiempo” (*Cuadernos de Marcha*, n° 25, mayo 1969, Montevideo: pp. 33-37), decía de Machado: “en un mero octosílabo: ‘Hoy es siempre todavía’. Adviertan cómo junta tres términos temporales valiéndose de la sola cópula”. La aclaración no tiene sentido, no agrega conocimiento de ninguna clase.

(21) En la columna “Calcomanías” de *El País*, Plinio [Juan Carlos Alles] dice bien lo que significa Rodó para el investigador: “He aquí que Roberto Ibáñez, el poeta, que Roberto Ibáñez, el militante político, que Roberto Ibáñez, el profesor con beca a Europa, abandona su creación literaria, que es su destino cierto; se aleja de la lucha civil, que es su vocación y su deber; posterga su tan ansiado viaje a Francia, que es su más íntimo deseo. [...] Y, todo eso, ¿por qué? [...] Todo eso porque Ibáñez ha resuelto –o sin previa resolución lo está haciendo– dar su vida, o un pedazo importante de su vida, todas las horas de su actual momento maduro, a revelar la soledad y la gloria de otro escritor. [...] Tan caballerosa actitud nos ha conmovido”. En “Descubrimiento de J. E. Rodó por Ibáñez II”, *El País*, año XXX, n° 9151, Montevideo: martes 23 de diciembre de 1947, p. 3. Existe una controversia ligada a la pregunta por la razón del ocultamiento de la poesía de Ibáñez. Plinio entendió que lo dejó todo por Rodó y Paternain lo contradice: no dejó de ser poeta y para siempre tendrá lugar en “el más severo panorama de nuestra lírica”. Fuera de época, Arbeleche y Mántaras son drásticos: “La obra poética de Roberto Ibáñez estuvo opacada entre nosotros por la importancia social que tuvieron sus otras tareas”. La afirmación oculta otras: la poesía es opaca y, siempre “entre nosotros”, no tiene ninguna *importancia social*, a diferencia de otros trabajos. Bordoli atina: “Si la poesía de Roberto Ibáñez no ha sido más celebrada entre nosotros, es que el poeta tiene su mayor enemigo en el mismo Roberto Ibáñez –tal nos lo ha dicho el autor en los momentos cuando medita sobre ambos–. En choque frontal ‘con medio mundo’ –según expresión de J. Superville– el hombre parece no haber podido nunca con su temperamento”.

18 de Julio y Colonia, a pocas cuadras de sus lugares de trabajo. La bien reputada presencia pública es solvente. Se han escuchado comentarios sobre las conferencias que al parecer escribía, memorizaba y daba con una voz que estaba hecha para perderse. Una crónica de 1946 hace perdurar un episodio histórico para la crítica. Con el título “Sobre ‘La Torre de las Esfinges’ de Herrera y Reissig. Disertó Ibáñez”, *El País* recoge una conferencia. Aquel día de 1946 se había basado, para disertar, en los manuscritos de Herrera, a los que tuvo acceso antes de convencer a Julieta de la Fuente para que entregase el archivo al Estado. La crónica sin firma, reconocidamente escrita por Carlos A. Passos (con quien Ibáñez tendrá problemas, como se verá más adelante), detalla el análisis del proceso creativo de un poema, salda una discusión a la luz del borrador de un texto, del avance de la escritura como experimento a descifrar. Ibáñez niega rotundamente que “La Torre de las Esfinges” sea obra de un poeta bajo los tóxicos, la locura, la taquicardia, y defiende al creador en los más hondos cabales. Dice la crónica que el autor de *Mitología de la sangre* (premio nacional de poesía)

Proyectó, entonces, a su turno, en la pantalla, la primera hoja del borrador de “La Torre de las Esfinges”. Estudiándolo y explicándolo, dijo, primeramente, que estos sus comentarios sueltos estaban enderezados solo a la sustentación de una tesis: Julio Herrera y Reissig, tanto por la arquitectura de la estrofa como por la fidelidad de una línea poética que era en él relativamente antigua, revelaba, en suma, en este poema, la más absoluta seguridad, la más lúcida conciencia, esa de que nos habían hablado Federico García Lorca, o Poe, hacía un siglo, cuando asombró al público con la explicación de “El cuervo” como el efecto de una singular pericia lógica (un poeta podía dar el proceso lógico; pero ninguno podría acercar al lector el cónclave de misteriosos designios que determinaban la generación poemática).⁽²²⁾

Ibáñez tenía ante sí el “documento irrecusable”, como dice el cronista, con el que iba a mostrar el “tanteo estilístico del poeta en busca de la expresión definitiva”. Aunque leyera en clave teleológica, y se remitiera a lo que la crítica genética actual reconoce como “superstición del texto definitivo” (la expresión es de Élide Lois), creaba argumentos a partir de un borrador. “Precisó, en seguida, razones estilísticas, que por primera vez él ofrecía a un público, que corroboraban, ahora, irrevocablemente, tales afirmaciones [del propio Ibáñez]: la lucidez del poeta exquisito.” Hizo en 1946 algo que

(22) “Sobre ‘La Torre de las Esfinges’ de Herrera y Reissig. Disertó Ibáñez”, en *El País*, año XXIX, n° 8734, Montevideo: viernes 25 de octubre de 1946, p. 3. Se informa que “En el salón de actos del Museo Pedagógico, y ante un público muy numeroso, el poeta Roberto Ibáñez disertó sobre el tema: «‘La Torre de las Esfinges’. Poesía y no delirio». De esta manera, el autor de ‘Mitología de la sangre’ puso término a la serie de disertaciones que consagrara al estudio de Julio Herrera y Reissig, dentro del curso que por encargo de la Facultad de Humanidades y Ciencias viene desarrollando sobre literatura nacional e hispanoamericana”. Fue una disertación “de nueva y profunda luz”. En la edición del sábado 26, *El País* vuelve a la columna lateral de la misma página. El texto periodístico se publicó en dos partes.

Apuntes para la Memoria de 1953

Donación de César Miranda

Visita a Herminio Ruerrig, hotel de Mera (mayo 1953)
Juan Olvera fotografías originales de los juicios de los
Barbaros de Pulco. -

Visita a Bonifacio (Juan Olvera) para otros asuntos
relacionados con Delmira a Ugarite.

Visita a Raúl de los Hornos (Juan Olvera)

Visita al Sr. S. S. Herman Horne (R. Gómez)

Continuación de la referencia de H. S. Ruerrig - (mayo)

Visitas al Sr. Morán y a D. A. Brito Pérez (A. J.) y H. S. R.

Reunión con los señores de Langlois y J. B. Belli
(Juan Olvera)

Entrevista con Salamanca.

Visita a la Hna. de Ntra. Fria (Mera)

Visita al Sr. Cantón (fotografía de Placido Landry)

Visita a la Srta. R. de Gándara (Mera)

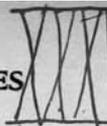
Primer folio de un cuaderno del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios en el que se anota el trabajo práctico de composición de archivos. Con letra manuscrita, Roberto Ibáñez inicia los "Apuntes para la Memoria de 1953". Archivo del INIAL, Biblioteca Nacional.

hoy ningún público numeroso toleraría: seguir una disquisición cuyo objeto es “el procedimiento usado por Julio Herrera y Reissig” en un poema, “la integración deliberadamente heteróclita, en vista de un efecto fantasmal alcanzado por la unidad melódica del verso”. Había decidido tratar un texto del que no existía el manuscrito de la versión que circulaba en libros: “la posesión de este borrador [dice *El País*] era infinitamente más explícita: en él, era lo cierto, había un estado previo al que divulgó la imprenta”.

Ibáñez no iba a encontrar su guillotina en las exposiciones orales exigentes, que eran parte de una amplia docencia, sino en la tarea honoraria al frente del archivo Rodó. Ese lugar le concedía méritos en los ámbitos de la educación, donde no habría de ser acosado ni perseguido. Hay aspectos de la personalidad de Ibáñez que no se esclarecen: en este punto, como buen investigador fue discreto y trató de borrar sus huellas. No es posible acertar por qué se afina de manera honoraria bajo la órbita del Ministerio de Instrucción Pública, qué pasión lo lleva a dedicar sus años de madurez a clasificar un archivo principal y conseguir otros, también importantes, a los que sometería a la misma partición y estudio exhaustivo que le dio a Rodó. Hay un rastro documentado que prueba el testimonio de segundo grado, venido de la memoria de Alberto F. Oreggioni (próximo a Ibáñez desde 1959), que dice que no recibir pago era la forma de desalentar a los posibles rivales que ambicionasen el puesto de director del Instituto. Un cargo honorario “para evitar malentendidos”, según se lee en un manuscrito en el que Ibáñez se presenta al INIAL y da un moderado perfil que enumera sus cualidades. Aproximarse a su figura es conocerlo por inferencias extraíbles de textos escasos y de un archivo desorganizado, en parte indescifrable, que suma expedientes, memorandos y folios de toda índole, por lo general pulcramente mecanografiados y escasamente intervenidos por la pequeña letra del director del Instituto. Ese archivo reconstruye la investigación literaria en la Biblioteca Nacional y en el país, donde su legado permanece en penumbras.

Desde la mitad de los años cuarenta en adelante, cuando la actividad es máxima e Ibáñez tiene mucho que decir, apenas hay testimonio que lo sobreviva o archivo minucioso que repare las dudas. Si hubiese llevado un “manuscrito autobiográfico”, como hacían en ese momento varios escritores del 45, a esta altura todo sería sencillo. Dejó un cuaderno sin tapas con el título “Apuntes para la Memoria de 1953”, que se extiende en cinco años y ocupa 12 folios, en el que apunta, con sus colaboradores, las rutinas del trabajo de archivo (donaciones, visitas, consultas). La Comisión de Investigaciones Literarias había iniciado la suma de carpetas y carpetines de escritura formal, administrativa, en un intento de ordenar documentos que ahora no muestran, para el primer período de la inves-

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES
Y ARCHIVOS LITERARIOS



Montevideo, 7 de abril de 1947

Expediente N.º XXXVIII

Asunto: *Sra. Julieta de la Fuente de Herrera y Reissig, haciendo donación del archivo de Julio Herrera y Reissig a la Comisión de Investigaciones Literarias - Mayo 12: El Sr. Roberto Ibáñez eleva inventario y memorándum sobre el archivo donado, al Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.-*

Carátula de un importante expediente de la primera época del INIAL. En 1947 el Instituto mantenía un archivo en orden. Archivo del INIAL, Biblioteca Nacional.

tigación de archivos literarios, más que expedientes, divididos entre un buen número de informes de los colaboradores discontinuados y, como constante, los modos de dar captura epistolar (a través de cartas-tipo) a quienes pudieran tener manuscritos de Rodó, de Herrera, de Horacio Quiroga, de Delmira Agustini, de Eduardo Acevedo Díaz, de Zorrilla de San Martín y Carlos Reyles, los principales “repositorios orgánicos” a conformar, unir, restaurar. En 1952 el INIAL trabaja en la formación de los archivos de Florencio Sánchez, Javier de Viana, Roberto de las Carreras y Pedro Figari, y busca lógicamente a “una multitud de originales sueltos” de otros escritores, uruguayos y extranjeros. De la tarea de discernimiento (la “obra” de Ibáñez, dice Rodríguez Monegal) el registro es escaso. Los colaboradores hacían una separación primaria e Ibáñez el trabajo delicado en la zona en la que un error, por más modesto que fuera, haría caer la perfección del edificio de la ciencia literaria. A la hora de revisar pruebas de galera y de imprenta, todos quienes trabajaban a su alrededor, cualquiera fuera su función, eran conminados a buscar errores, algo que no tenía fin en el espíritu del hipercorrectivo director. Si enmendaba algunos errores creaba, por una regla inconsciente, otros. No son pocas las publicaciones de Ibáñez, en verso y en prosa, que adicionan una hoja suelta. En el número 38 de *Asir* es su poesía la que obliga a imprimir un folio de fe de erratas. Varias indicaciones corrigen versos (los tropiezos del bailarín), y para terminar, se rectifica un nombre que Ibáñez intentaba ligar al suyo, el de un célebre mexicano que confesó vivir perseguido por el “fantasma de la erratas”, la “lepra connatural del plomo”: “en la página 71, 9ª línea, debe leerse ALFONSO REYES donde dice Adolfo Reyes”.

III

Los nombres asociados a la correspondencia del Instituto dejan en claro los centros académicos y los intelectuales del interés de Roberto Ibáñez. Mientras tanto la imagen del INIAL es una referencia para instituciones y particulares de toda especie: a la dirección de Guayabo 1793 llegan cartas de cualquier punto de Uruguay y del extranjero, por lo general solicitudes de las publicaciones del Instituto y agradecimientos a vuelta de correo. Destacan, como curiosidad, los pedidos de un cirujano de Córdoba, lector fanático de Quiroga, y de una niña que en nombre de los escolares de un grupo de sexto año de Florida solicita, con motivo de la creación de la biblioteca Juan Ramón Jiménez, colaboración del director del INIAL, referencia en casi todos los escalones de los intereses literarios. La señora Corina Bianqui de Bermúdez, en 1954, se toma la libertad de pedir consejo sobre la obra de

LA NACION

Fundado por Bartolomé Mitre
el IV 1 MDCCCLXX

LA NACION será una tribuna
de doctrina (Núm. 1, Año 1)

Director: DR. BARTOLOMÉ MITRE

Buenos Aires, sábado 3 de marzo de 1956

En Favor de un Archivo y Museo Literario

La Argentina se señala en la cultura iberoamericana por poseer una de las literaturas más completas y de mayor valor y significación, a la par de las más ricas, aventajando a las de otras naciones del continente en ciertos creadores y obras singulares. Valorizarla ante propios y extraños, además de ser legítima ambición común, debe merecer los mayores desvelos por parte de los directores de la cultura nacional. A eso han tendido la creación oficial de premios literarios, encomiable hasta que el galardón no se desvió a premiar, como ocurrió en los últimos tiempos, determinadas actitudes ideológicas, cuando no el servilismo político; la fundación de la Academia Argentina de Letras, encargada, entre otras necesarias funciones, de publicar nuestros clásicos; los institutos universitarios de investigaciones de nuestro pasado literario y la difusión de sus hallazgos, como lo hizo meritoriamente el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras mientras lo dirigió Ricardo Rojas; las exposiciones de libros en el país y en el extranjero; el intercambio con las universidades de otras naciones de profesores especializados, y demás proveimientos conducentes al fin antes enunciado. Uno de éstos, aconsejable, sería la creación de un archivo y museo de los fastos de la inteligencia argentina en cuanto ella se ha expresado por medio de la palabra significativa y evocadora en la poesía, la novela, el cuento, la crítica, el ensayo, la historia, la oratoria. El teatro argentino tiene desde lustros atrás un archivo y museo que funciona en el Teatro Nacional de Comedia, fundado por la que fué un tiempo la Comisión Nacional de Cultura; las demás actividades literarias, las específicamente literarias, que no siempre lo es el teatro, carecen de él.

El Uruguay, celoso de un importante patrimonio que fulgura con nombres admirados en todo el continente, decidió hace diez años esta conveniente creación. Sobre la base de la Comisión de Investigaciones Literarias, establecida por decreto en 1945, creó por ley del 29 de diciembre de 1947 el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, cuyo cometido es "reunir y custodiar los documentos relacionados con la obra y la personalidad de los autores uruguayos, así como todos aquellos otros testimonios de ese carácter, ilustrativos de una época", a la vez que realizar estudios metódicos y trabajos de divulgación valiéndose de los materiales reunidos y demás fuentes de consulta en poder de los organismos oficiales o existentes en colecciones particulares. Para el cumplimiento del primer propósito la ley empezó por asignar a dicho Instituto los manuscritos y material bibliográfico y de cualquier otro carácter, propiedad de los organismos oficiales. Para el archivo y museo ha ido enriqueciéndose con donaciones particulares, que son, sin ninguna duda, las de mayor valor, tales como originales, manuscritos inéditos, correspondencia, borradores, trabajos escolares y primerizos, fotografías, libros anotados por lectores ilustres, pruebas de imprenta que son lecciones de estilo, ediciones príncipes o raras y preciosas, periódicos y toda suerte de testimonios—incluso objetos materiales—de la vida y creación literarias, no habiendo faltado en dicho enriquecimiento notables contribuciones argentinas.

Lo mismo podría hacerse aquí. Alegándole al posible museo elementos hoy pertenecientes a la Biblioteca Nacional en su sección de manuscritos, al Museo Histórico Nacional, al Archivo General de la Nación y a muchas otras bibliotecas e instituciones dependientes del Estado, las provincias y los municipios, y con el concurso, que no faltaría, de los deudos y amigos de los escritores fallecidos, de bibliógrafos y coleccionistas, en breve tiempo se podría organizar un archivo y museo de vivo interés para los estudiosos argentinos y extranjeros. En qué modo la tarea inicial se haría fácil, merced a las previsibles donaciones particulares, bajo una dirección competente y activa, lo prueba la primera memoria presentada en 1950 por el director interino del Instituto montevideano al ministro de Instrucción Pública, y dada a conocer en el voluminoso primer tomo, muy interesante, de la Revista del Archivo.

Los servicios que este repositorio literario y el Instituto de Investigaciones que podría crearse vinculado con él prestarían a la cultura general no necesitan demostraciones superfluas. Facilitarían el esclarecimiento de muchos puntos oscuros o controvertidos en nuestra historia literaria y precisarían el encadenamiento de los pasos de ésta sobre bases documentales actualmente substraídas al conocimiento de todos o del mayor número; acercarían además a los curiosos de nuestro pasado literario a fuentes de emoción indudablemente beneficiosas para robustecer en doctos y no doctos el sentimiento de la tradición histórica argentina, la cual, por cierto, no es solamente política y militar.

Aconsejar la creación de esta nueva institución de cultura

Fragmento de "En favor de un Archivo y Museo Literario", editorial del diario argentino La Nación (3 de marzo de 1956). Recorte subrayado por Ibáñez. El texto, sin firma, pertenece a Roberto F. Giusti. El crítico reclamaba para Argentina un instituto similar al INIAL.

su esposo, Sergio W. Bermúdez, y le propone al director del Instituto “que se imprima ‘Lenguaje del Río de la Plata’”.

Ibáñez mantuvo vínculos con Argentina y conocía algunos centros de estudio de actividad plena, como el Instituto de Filología que en la Universidad de Buenos Aires dirigía Amado Alonso y donde colaboraba Raimundo Lida, quien habría de elogiar la actividad del INIAL en un gesto que Ibáñez solía citar. En el avance de la “ciencia literaria”, los años cuarenta no son ajenos, en la región platense, al trabajo con manuscritos ni a las disciplinas versadas en historia y funcionamiento de la lengua.⁽²³⁾ Ante el magma del archivo Rodó, para el que crea una teoría a partir de una práctica, Ibáñez clasifica y ordena millares de piezas con un método sin precedentes. Esa forma fundamentada, que da al manuscrito un lugar alto en la escala de la investigación literaria, prevalece en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional, que conserva en 2012 más de cien colecciones entre archivos y misceláneas de escritores uruguayos, un número que ha tendido a crecer y va a estabilizarse, por lo menos en longitud física, en esta época de mutación. El archivo actual pende del espacio y el tiempo virtuales, es la hora de la “gran conmoción en nuestro archivo conceptual”, de la crisis, de la conjetura nomológica y mnemotécnica y de las predicciones hechas antes del año 2000. Los grandes ejemplos del “manuscrito moderno” parecen clausurarse, en Uruguay, con el ingreso a la Biblioteca Nacional de los archivos de José Pedro Díaz y Amanda Berenguer, que conectan la caligrafía y los borradores en papel, de fines de los años treinta, con la escritura en pantalla y la memoria digital que proliferó en los noventa.

La división primaria con la que Ibáñez intenta crear el conocimiento de la literatura uruguaya es básica y funcional y responde a la norma disciplinada que indaga al “manuscrito moderno”: se trata de conocer la totalidad de la escritura (dividida en “originales” y “borradores”), primero y fundamental, y los *efectos personales*, aquellos documentos-objeto que dan validez a una ficha policial: la cédula de identidad, el pasaporte, un legajo civil como la partida de nacimiento. En la suma de los manuscritos

(23) En “Polémica: A quienes leyeron a Jorge Luis Borges, en *Sur*, nº 86”, el respetado Amado Alonso firma en la Universidad de Harvard un texto en el que defiende al Instituto de Filología que dirige en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y quiebra disimuladamente una lanza por su colega Américo Castro (*Sur*, año XII, nº 89, Buenos Aires: febrero de 1942, pp. 79-81). En tono severo Alonso enumera una serie de aclaraciones a “la información errónea” y la “estimación injusta” que hace Borges, burlescamente, de la investigación científica que tiene a la lengua y las letras por objeto. En el pasaje cuestionado, Borges escribe: “No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan. Han improvisado el *gauchesco*, a base de Hernández; el *cocoliche*, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado. Poseen fonógrafos; mañana transcribirán la voz de *Catita*”. “Las alarmas del doctor Américo Castro”, que comenta y objeta *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (Buenos Aires: Losada, 1941), también se publicó en *Otras inquisiciones* (Buenos Aires: Sur, 1952, pp. 35-40).

hallados y de los elementos personales se funda la abigarrada certeza de la investigación, la historia y la crítica literaria. Ibáñez estaba en un lugar ventajoso para escribir ilimitadamente y ese fue el centro de una querrela. No acabó de hacer la “historia documentada de la literatura”, no se extendió en la crítica, pero con un episodio inaudito “se convirtió de inmediato en la base imprescindible de todo estudio” (de Rodó por lo menos), como vendrá a reconocer, pasadas dos décadas, Washington Lockhart en el fascículo 12 de *Capítulo Oriental*.

El proyecto de investigación científica era político y la Comisión de Investigaciones Literarias estaba moralmente obligada, ya en el inicio, a mostrar a los ciudadanos los “descubrimientos”, o por lo menos aquello que realizaba. A fines de 1947 Ibáñez hace algo que deslumbra a la comunidad, empezando por los críticos más atentos con la literatura y con Rodó: Emir Rodríguez Monegal y Carlos Real de Azúa. En el *foyer* del teatro Solís abre la exposición *Originales y documentos de José Enrique Rodó*, que lleva a vitrinas los “papeles” con un efecto contundente. Real de Azúa, con una serena preocupación teórica, se pregunta si esta “imagen” cambia o no el conocimiento de Rodó,⁽²⁴⁾ y Rodríguez Monegal (quien no duda, al igual que Ibáñez, que desde entonces existe una “nueva imagen de Rodó”) alaba, otra vez, la “labor crítica responsable” en un “archivo fabuloso”.⁽²⁵⁾ En lo sustancial, Rodríguez Monegal considera desde el principio que el archivo, que viene a levantar “una imagen completa”, es “la única base sólida y honesta de toda futura investigación”. Ibáñez reunía y aliaba, según Real de Azúa,

(24) “Rodó en sus papeles”, en *Escritura*, año II, nº 3, Montevideo: marzo de 1948, pp. 83-103.

(25) “Hacia un nuevo Rodó”, en *Marcha*, citado, p. 21 y 23, y “Exposición José Enrique Rodó”, año IX, nº 410, Montevideo: viernes 19 de diciembre de 1947, p. 14 y 15. Unos meses antes (nº 377, viernes 2 de mayo de 1947, p. 14) el mismo semanario abrió sus páginas a unas hipótesis de Ibáñez (“nos ha cedido gentilmente esta página sobre Rodó, perteneciente a un trabajo que titula *Julio Herrera y Reissig. Una teoría del heroísmo*, que se publicará...”). La progresión de los reconocimientos de Rodríguez Monegal, desde 1945, llevó al incendiario Ricardo Paseyro a salirse de sus fueros: “observo, divertido, cómo decae Rodríguez Monegal de Borges en Rodó, y de crítico en archivero, y albacea de Roberto Ibáñez”. En “Rodó, la crítica y un crítico” (*Marcha*, año X, nº 449, Montevideo, 8 de noviembre de 1948, p. 15), polémica en la que defiende sus opiniones y posturas, Paseyro, además de molestarse por la mayúscula de “Maestro”, sabe que Rodríguez Monegal no puede contestar y negar sus interpretaciones contra Rodó, basadas en la intuición y el coraje, a menos que descubra y use papeles secretos: “A menos que halle, E. R. M., en los infolios del Archivo, recónditas muestras contrarias”. A número inmediato, en “La crítica literaria de Rodó” (*Marcha*, año X, nº 450, Montevideo, 15 de noviembre de 1948, pp. 14-15), Monegal insiste en el elogio a Ibáñez para contestar y sancionar a quien lo había atacado: “Aunque sea evidente que cito a Roberto Ibáñez porque constituye la principal y más autorizada fuente de información sobre Rodó, y es por lo tanto ineludible citarlo, no vacila Paseyro en llamarme *albacea de Ibáñez*”. Al mismo tiempo Rodríguez Monegal pasa de ser “rendido discípulo” del Maestro, según el menosprecio de Paseyro, a alumno de Ibáñez y enemigo profesional, luego, de ambos coetáneos. Con Paseyro la historia culmina con el folleto de ocho páginas “Carta sobre un Emir abofeteado por Ricardo Paseyro” (impreso en *El Rostro*, España, 1966).

dos cualidades: “precisión archivera y paleográfica” con “aptitud estética e interpretativa”. Ambos señalan el esfuerzo de desenmarañar, de descifrar las piezas para hacer inteligible el archivo. Citan el criterio de clasificación de Ibáñez, admiran el trabajo de separar y a la vez unir manuscritos y documentos, la forma de pensar, de entender y conocer a Rodó que dará lugar a nuevas interpretaciones.⁽²⁶⁾

Ibáñez atesora la muestra de tal manera que entre las primeras cosas que hace, durante la organización, es escribir al jefe de Policía de Montevideo solicitándole una guardia permanente. En los mismos días que termina la “nómina” de las 370 piezas exhibidas, fichas publicadas –con una fotografía del escritor y la reproducción de dos manuscritos– en el catálogo *Originales y documentos de José Enrique Rodó*, la Cámara de Senadores discute un proyecto que Ibáñez había puesto a circular e ingresó en sala el 16 de setiembre de 1947.⁽²⁷⁾ Pocos días antes de la exposición en el Solís, una puja parlamentaria enfrenta los intereses del Estado a los de la Universidad, en cuanto a la custodia de los archivos de escritores.⁽²⁸⁾ La ley de creación del

(26) En *Marcha*, otra vez: “Esta exposición permitirá no solo conocer mejor (empezar a conocer bien) a José Enrique Rodó, sino que, además, permitirá valorar en sus exactas proporciones la obra realizada por Roberto Ibáñez. Porque este Archivo y esta exposición no son el mero resultado de una acumulación entusiasta e irresponsable de materiales heterogéneos, sino que son, por el contrario, el producto de una intensísima labor intelectual (en su doble aspecto de investigación y crítica), una labor en que cada pieza documental, por ínfima que pudiera parecer, es ubicada en su exacto lugar, en que se intenta despejar toda incógnita, en que se agota la posibilidad de análisis de cada elemento, en que se trata –al fin, y sobre todo– de *juzar*, labor delicadísima que solo puede cumplir una mano experta”. Emir Rodríguez Monegal, “Exposición José Enrique Rodó”, citado.

(27) En el informe que el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, representado por el doctor Francisco Forteza, envía a consideración de la Asamblea General, el INIAL se proyecta en la preservación de manuscritos, documentos y testimonios, en “la misión de conservar y dilatar oficialmente el legado espiritual del país, a fin de consumir una empresa patriótica que multiplicará el prestigio conquistado por el Uruguay en el orden de la cultura”. Con un nivel extra de exaltación nacionalista, dice todo aquello que Ibáñez defiende en público: “La gloria de un autor no es una realidad inmóvil: exige atención amorosa, responsable y permanente, porque en definitiva el honor que se tributa a los hijos ilustres de la nación es parte de su propia honra”. Ibáñez sostiene, y lo hará saber a los legisladores, que en Uruguay no existe una historia documental de las letras, ni “biografías definitivas” ni “ediciones póstumas fidedignas”. En el Parlamento se hará defensa de los manuscritos de escritores uruguayos, con los cuales, mediante crítica especializada, “se podrá estudiar el proceso de gestación de muchas obras fundamentales de la literatura nacional”. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la República O. del Uruguay*, Tomo 187, del 3 de noviembre de 1947 al 25 de febrero de 1948, p. 479 y ss.

(28) Los representantes se concentraron en definir aspectos puramente funcionales. Ningún legislador de todos quienes tomaron la palabra cuestionó el propósito de la institución de “alta cultura” que velaba por el patrimonio literario de la nación. Los puntos de vista se abren a partir de una nota remitida por la Rectoría de la Universidad al Ejecutivo, y desde allí a la Asamblea General. El doctor Carlos Vaz Ferreira, director de la recién creada Facultad de Humanidades y Ciencias, mantiene reparos acerca de la “configuración jurídica” del proyecto en estudio. Vaz Ferreira sostiene que el INIAL y sus archivos deben ser parte de la Universidad y no estar ligados a las decisiones del Ejecutivo. No encuentra motivos para situar al Instituto fuera de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Da un formidable “argumento gramatical” citando el artículo 178

Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios se corrige y se aprueba en el Senado. Con la exposición de Rodó abierta, la Asamblea General decreta el nacimiento del INIAL, lo cual da fin a la Comisión de Investigaciones Literarias, hereda sus bienes y prosigue sus fines con un nuevo incipit político y un presupuesto. Ambas instituciones parten de un mismo proyecto intelectual de Ibáñez al que llamó, en borrador, cerca de 1945, “Instituto de Literatura Uruguaya”. El 12 de enero de 1948 el Poder Ejecutivo, con la firma del presidente Luis Batlle Berres y el secretario de Estado Óscar Secco Ellauri, inscribe al INIAL en el registro de leyes. El Estado oficializa, en la literatura, ese interés por “la unificación de los procedimientos de técnicas destinados a la conservación de obras artísticas en general [...] procurando concentrar toda la actividad oficial de restauración de obras de arte”.

Si algo hacía Ibáñez con reconocimiento unánime era conformar un archivo, darle forma a la dispersión, “restaurar” materia y sentido. En la obra final de la comisión, de la que quedan el catálogo *Originales y documentos...* y algunas noticias del ciclo de conferencias que se realizó en ese marco, Ibáñez escribe, en referencia a la tipología de catalogación, que “se ha procurado resarcir al Maestro de los daños incontables que las ediciones póstumas le infligen: esbozando por primera vez su cabal bibliografía crítica; restaurando las fuentes autógrafas e impresas; invalidando lecciones apresuradas o viciosas; determinando la existencia y el significado de sus trabajos inéditos”. En los verbos de este pasaje de la nota previa del catálogo (“restaurar”, “invalidar”, “determinar”, todos asociados a la fijación de un texto) muestra la cortedad para exponer el método del que extrae su cosecha, la descripción de la “gesta de la forma” del archivo, su interés principal de *ars combinatoria*, de composición literaria.

La práctica con las piezas expuestas al público presenta por primera vez un criterio de clasificación del archivo, todavía útil, hecho según secciones que, relacionadas, suceden en orden de importancia: manuscritos, correspondencia, impresos, documentos y testimonios. En la “guía sumaria” *Originales y documentos de José Enrique Rodó*, que Ibáñez negaba como catálogo aunque lo fuera, es sensible a aquello que la genética (que se fundó en los setenta en Francia con la noción de *avant-texte*) registra y anota, examina y da a leer. Ibáñez repara en los tachados de un borrador de “La pampa de granito”, de *Motivos de Proteo*, y trata de decir por qué Rodó pasa, al componer la parábola, de “Era una inmensa meseta” a sustituir “meseta”

de la Constitución. La postura de Vaz Ferreira, propia de alguien que tenía dominio de la lógica y no tenía contendor en la filosofía del lenguaje, lleva a pensar (porque toda discusión acaba allí) que la carta magna de la República está mal escrita, que plantea serios problemas, nunca resueltos en la constante discusión política que se dirige, trate lo que trate, a la prosa de la Constitución, a refrendar lectura por lectura y palabra por palabra. No hay idea que no viole ese ambiguo texto.

por “llano” y hallar luego “pampa”. La “prosecución encarnizada” por “los problemas de estilo” que advierte en los manuscritos de Rodó serán para el investigador y crítico una prosecución igual, solo que donde Rodó cierra el texto, abierto a la interpretación, Ibáñez anota la variante y desiste de hacer un análisis comparativo. En este ejemplo pasa a recontar “los valores de la parábola” y cae en la mezcla de explicitar los significados y exhibir un conocimiento formal de la literatura.

La escueta y muy trabajada publicación en memoria de la exposición-homenaje a Rodó lleva a Ibáñez a un lugar destacadísimo en la reducida comunidad de investigadores literarios y le trae una poderosa legitimación política. Desde entonces hizo una cantidad de promesas de trabajo que casi nunca concretó. En los días de la exposición, y también en el catálogo de la muestra, hace pública la noticia de la inminente impresión del libro “Imagen documental de José Enrique Rodó”. Señala que las páginas de *Originales y documentos...* (“nómina” de las 370 piezas de las vitrinas del Solís) vienen a ser un “epítome” del catálogo general del archivo Rodó, que iría inserto en el desmesurado libro, del que publica cuatro páginas. Fuera de este adelanto, lo que queda de “Imagen documental...” son algunas pruebas de imprenta, un texto breve que Ibáñez publicó en la revista *Fuentes*, de 1961, y un artículo que reeditó en un folleto de la Universidad.⁽²⁹⁾ Como cualquier gran coleccionista, Ibáñez no tenía nada de modestia y discreción, y el opus que lo pondría en el lugar debido, tampoco. Fuera del grupo de colaboradores de la Comisión de Investigaciones Literarias, que corrigieron sin descanso las galeradas y pruebas de imprenta durante todo el año 1947, solo Rodríguez Monegal se dice lector de “Imagen documental de José Enrique Rodó”, que tuvo una circulación privada y un volumen de 500 páginas.⁽³⁰⁾ Tras la salida en Buenos Aires de *Obras completas de José Enrique Rodó*, con

(29) En una nota de la revista *Fuentes*, año 1, nº 1, Montevideo, agosto de 1961, refiere a “Imagen documental de José Enrique Rodó” (p. 51), trabajo que atascó en la imprenta. En la misma revista publica un texto que dice extraído del libro y titulado “Una glosa”, sobre el perfil de Rodó (p. 45). En *Americanismo y modernismo* (Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1968), que recoge sin modificar de *Cuadernos Americanos* (año VII, vol. XXXVII, pp. 230-252, México, enero-febrero 1948), dice que el artículo pertenecía a “Imagen documental de Rodó”. En 1968 había dejado atrás aquella época (las páginas “no coinciden cabalmente con mi manera actual”). En las notas (sobre todo la primera) de “El ciclo de Proteo”, que dio a conocer en el nº 1 de *Cuadernos de Marcha*, de mayo de 1967, refiere al libro, con distancia y desazón, y hace algunas referencias de valor y las clásicas puntualizaciones de su trabajo acertado en comparación con la falible técnica de otros.

(30) Los diarios se hicieron eco de la noticia del libro futuro. En *Marcha*, dice Rodríguez Monegal: “En una nota próxima reseñaré ampliamente este libro, deteniéndome, en especial, en su extraordinario aporte crítico”. En “Exposición José Enrique Rodó”, *Marcha*, citado, pp. 14-15. El cronista anónimo a quien Ibáñez revelará luego como Carlos A. Passos, refiere a “Imagen documental de Rodó” en el resumen de la conferencia que da en tres ediciones: “Roberto Ibáñez disertó sobre el tema ‘Nueva imagen de José E. Rodó’”, en *El País*, año XXX, números 9165, 67 y 69, Montevideo, jueves 8, sábado 10 y lunes 12 de enero de 1948, p. 4.

compilación y prólogo de Alberto José Vaccaro, “Imagen documental...” vuelve a ser citado como “libro en prensa”. En la lectura de sus capítulos y el magisterio de su autor se basa José Enrique Etcheverry para escribir una crítica rotunda contra el criterio y el trabajo de Vaccaro: “No es ésta una edición crítica, ni aun una tolerable edición anotada. Contribuye en grado notable a deformar y embrollar la bibliografía del Maestro”.⁽³¹⁾

El perfeccionismo de Ibáñez era bien conocido y sobrellevado por quienes trabajaban bajo su tutela. Frente a la frescura de la oralidad, a la palpitación espontánea de su voz, la escritura –cuando era solicitada o él mismo se exigía– podía convertirse en un tormento. Ibáñez era de castigar las frases. En cierto punto, ligado a una manía de estilo y dando mayor importancia a la actitud positivista de su disciplina, sigue a Rodó.⁽³²⁾ Entre el propósito creativo de encarar la investigación y la forma perfecta que exigía a los textos, a los que tendía a abandonar en medio de probables crisis de insatisfacción, Myriam Otero encuentra –con los términos famosos de Real de Azúa– “el impulso y el freno” de Ibáñez. Aun sin mayor extensión de escritura de historia y crítica, el archivo Rodó maximiza la imagen institucional de la investigación literaria, la actividad aplicada a la búsqueda, estudio de manuscritos y documentos, al esclarecimiento de fuentes. Creado el INIAL, para restaurar obras artísticas, Rodó continúa en el centro y es cercado por el lector de sus papeles. Superada la desfinanciación de la Comisión primera, el Instituto representa buena parte de la vida de Ibáñez, los años de intensidad continua y labor acumulativa que fijan otras bases de los estudios literarios de Uruguay que se sirven, luego, de su proyecto, y mantienen activo, si no su nombre, la herencia.

Antes que poeta y profesor, como director del INIAL la figura de Ibáñez se ubica en términos indiscutibles, y en algunas ocasiones, patéticos. Recibe denuestos aunque prepondera la valoración positiva. En la prensa, donde la comunidad tiene instalados el podio y la horca, va a mostrar todas sus debilidades, y ese es el factor por el cual termina expulsado, dos décadas más tarde, lejos de los archivos a los que había dedicado un amor fuerte y protector. Para eso falta tiempo de entrega a la investigación. Mientras tanto, a fines de 1947 hay una despedida que adelanta a otras. En la conferencia sobre Rodó que clausura el ciclo en el que también participan Luis Gil Salguero y Eugenio Petit Muñoz, conferencia que merece un análisis afinado pues vuelve a dejar en claro que su cometido es la crítica del “proceso creador” (la disposición de la escritura manuscrita, la ligazón de los

(31) “Obras incompletas de José Enrique Rodó”, en *Marcha*, año X, n° 449, viernes 8 de octubre de 1948, pp. 14-15.

(32) Alejandro Paternain da su parecer en un momento inconveniente: “Después de Rodó, no hubo prosa más exacta, sonora y rotunda que la suya en la ensayística nacional”. “Frente a la muerte de Roberto Ibáñez”, en *El Día*, citado, p. 12.

ACTIVIDADES MONTEVIDEANAS A TRAVÉS DEL OBJETIVO



En el foyer del Teatro Solís tuvo lugar, ayer, la inauguración de la Exposición de Manuscritos y Documentos de José Enrique Rodó que, con el patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, organizó la Comisión de Investigaciones Literarias. La precedente nota gráfica muestra a una parte del numeroso público que concurrió a la ceremonia

Roberto Ibáñez, a la derecha y con especial atención al entorno, sostiene un cigarrillo en el foyer del teatro Solís el 19 de diciembre de 1947, durante la inauguración de la exposición dedicada a Rodó. Con dominio de la escena, junto a Ibáñez está el ministro de Instrucción Pública Francisco Forteza, figura política clave en la creación del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios. Detrás de dos damas no identificadas se reconoce a Francisco Forteza hijo ("Piti"), ex alumno de literatura del profesor Ibáñez.

signos dispersos y los materiales en marcha, también la lógica del código de notación de Rodó), Ibáñez se despide del “público numeroso” (otra vez) que lo escucha en el Solís. Dice la crónica que el conferencista expresó que “sus palabras, a la orilla de la hazaña de Rodó, eran una glosa de su laurel. Y manifestando, luego, que con estas palabras suyas cerraba el ciclo dedicado a Rodó, hasta con el íntimo o melancólico sentimiento, por parte suya, de que las mismas eran, durante dos años al menos, las últimas palabras que él pronunciaba públicamente en esta su tierra”. Ibáñez se va de Uruguay y en su lugar queda el cronista de *El País*, el autor de este pasaje.

IV

La sabiduría popular insiste en que el abandono de domicilio por tiempo prolongado es igual a perderlo todo. El alejamiento de los archivos

de Rodó y de Herrera y Reissig es para Ibáñez motivo de inconvenientes enormes. El 23 de junio de 1948 Carlos Alberto Passos, colaborador de la Comisión de Investigaciones Literarias y funcionario del Museo Histórico Nacional –dirigido por Pivel Devoto–, secretario de la *Revista Histórica* y autor de folletos, prólogos e inventarios (entre ellos el de la biblioteca de Rodó), toma posesión del cargo de director interino del INIAL.⁽³³⁾ Ibáñez viajó a Europa junto a Sara por razones de estudio, y es probable que en ese tramo de un año y medio haya seguido la pista de Rubén Darío en París y establecido contacto directo con la filología francesa, abocada a la revisión de manuscritos con fundamentos de raigambre positivista. Las escuelas de Francia y España que estudiaban fuentes estaban nutridas por el rigor de la germanística, que había hecho del estudio de la literatura una ciencia emparentada con la botánica. Como reconoce Eugenio Imaz en el prólogo de la edición mexicana de *Filosofía de la ciencia literaria*, en cuanto al trabajo con manuscritos el castellano tenía entonces el antecedente de “los trabajos de Hércules” de Marcelino Menéndez y Pelayo.⁽³⁴⁾

Qué tipo de estudio y trabajo hizo Ibáñez en París está en la nebulosa. Antes de partir conocía bien la crítica francesa del XIX, podía disertar sobre una clasificación de Sainte-Beuve y distinguir con claridad entre “crítica histórica”, “crítica científica” y “crítica como arte”, y afirmaba en el aula que aquél, a quien le veía futuro, se declaraba seguidor de Francis Bacon en crítica y en historia literaria.⁽³⁵⁾ A fines de los cuarenta se hacía en Francia un tipo de libro que puede considerarse paradigma del tratamiento de aquellos documentos privados que el lector común desconoce. En 1944 René Dumesnil había publicado *Flaubert et Madame*

(33) A Passos se debe la memoria de la vida literaria abandonada a la oralidad. En una carta al director de *El País* enviada por José Bergamín al final de su primera estadia en Uruguay, en 1947, se expresa: “Hubiera querido ir al periódico, como le dije, para decirles mi agradecimiento por la atención que prestaron a mis conferencias con la extensa publicación de las veraces y certeras crónicas de nuestro amigo Passos, al que ya dije cuánto le he agradecido su esfuerzo y acierto, felicitándole, y felicitando al periódico por tan buen cronista y amigo”. “Parte hoy José Bergamín”, en *El País*, año XXX, n° 9157, Montevideo, martes 30 de diciembre de 1947, p. 3.

(34) Como los caminos de las lecturas están cortados, y hay indicios de que su biblioteca personal fue vendida, no se sabe qué leyó Ibáñez antes, durante y después del viaje a Europa. En una breve correspondencia, en abril de 2012, pregunté al profesor Pallares si sospecha de dónde viene la formación intelectual de Ibáñez: ¿de la escuela filológica de Menéndez y Pelayo, de los franceses que acabarían en la fundación de la crítica genética, de los estudios clásicos alemanes que reinventaron sus métodos en el XIX y los sometieron a crítica hasta inventar una edición de variantes en escalera, de Hölderlin, en 1937? La respuesta de Pallares es general: “La formación filológica de Ibáñez fue la de un autodidacta con singular talento que no se quedó en corrientes o particularidades de las nacionalidades europeas. Hizo una síntesis original, autónoma y abierta al cambio en la que convergieron los aportes teóricos y filológicos hispanos, franceses y alemanes a los que conocía perfectamente”.

(35) “El conocimiento del hombre es indispensable para el conocimiento de la obra”, apuntó Myriam Otero en una clase de Ibáñez del 11 de octubre de 1946.

Bovary, una edición delgada, de 62 páginas, en la que hace un recorrido documental-fotográfico por Rouen y en cada pie de foto trata de conectar la imagen con fragmentos de obras de ficción: el frente del Hotel-Dieu, por ejemplo, con una carta de Flaubert a Louise Colet; la *chambre* del escritor con pasajes de *Les mémoires d'un fou* y *L'Éducation sentimentale*. Dumesnil da imágenes propias de museo: la mesa de trabajo, el pupitre, la pluma, objetos de decorado, dibujos, pinturas y retratos: de la madre, del padre, el médico, la sobrina y la amante del escritor, incluso la máscara mortuoria de madame Flaubert. Entre los documentos se ven portadas de las primeras ediciones, dedicatorias y algunos folios de borradores de *Madame Bovary*, puestos en página sin explicación, como un objeto visual claro y suficiente. Luego comenta las tachaduras de Flaubert, que tenía su estilo para usar la tinta, y junto a un borrador reproduce la *mise au net*, la copia en limpio. El propósito es establecer semejanzas: cómo el mundo cabe en el contorno de un texto, y las personas en personajes. Como cosa última, publica retratos en los que pretende que el lector no dude de que Delphine Delamare se parece a *madame Bovary*, que una puede ser la otra.⁽³⁶⁾

En 1945 la editorial Argonauta de Buenos Aires publica una traducción de *La vida de Hoffmann*, de Jean Mistler, cuyo proemio propone:

Esto no es un libro basado en la fantasía. Todos los detalles que en él figuran fueron extraídos de fuentes originales: correspondencia, diarios íntimos y obras de Hoffmann; cartas y recuerdos de sus amigos; documentos contemporáneos. Indudablemente, hubiera sido tarea más fácil y rápida escribir eso que llaman una biografía novelada, mas no he querido sacrificarme a ese género bastardo, parodia a la vez de la historia y de la novela.

Ibáñez llega a Francia en el tiempo que había caído un “género bastardo”, la biografía novelada, que décadas después regresaría, con el vigor de las malas hierbas. A fines de los cuarenta los archivos de los escritores modernos están conformados y la producción, basada (con exceso de biografismo) en la reserva íntima, presenta un superávit que pasa a ser residual con el posterior auge del estructuralismo.⁽³⁷⁾ Si bien

(36) Dumesnil, René, *Flaubert et Madame Bovary*. París: Société Les Belles Lettres, 1944. [Collection de documents des “Textes français” publiée sous le patronage de L'Association Guillaume Budé.]

(37) La *Encyclopédie par l'image*, por ejemplo, era un proyecto entregado en fascículos por la Librairie Hachette de París con el propósito de documentar las artes, la geografía, la historia, las ciencias e incluso los deportes (sin fútbol): en literatura dedicaron entregas a Molière, los románticos, Hugo. *Balzac, 1799-1850* (1950) es una breve biografía en capítulos que se ilustra con la famosa fotografía de Nadar, en principio, luego con la casa de Balzac, la partida de nacimiento, frontispicios y portadas de ediciones príncipe, retratos de la familia y del autor (varios), dibujos y pinturas alusivas a personajes y modelos de personajes, fotos de la moldura de la mano, manuscritos y pruebas de página con correcciones, una factura del impresor, una foto de la cafetera cedida

no es posible saber cómo resolvió el trayecto intelectual francés, se advierten los efectos: cuando regresa a Montevideo y retoma la dirección del INIAL, cae en durísimas querellas administrativas. Al interino Passos le interpone una visita de la Inspección de Hacienda por presuntos problemas financieros, definidos en números pero no en razones, y le inicia un sumario por la denuncia de una posesión excesiva de ejemplares de la revista que aquél había dirigido. De paso da de baja a los contratos de los investigadores llamados por el director interino, entre los cuales figuran los nombres de sus más fieles colaboradores y también los de otros, entre ellos Emir Rodríguez Monegal. Ibáñez no encuentra nada en su lugar y percibe un saqueo. Un documento certifica la “crítica situación” del “organismo único en América”. Por entonces el INIAL se había mudado a la calle Guayabo, con puerta de acceso (ahora clausurada, abandonada) en la Biblioteca Nacional, en el edificio que ocupa desde 1961 en 18 de Julio y Tristán Narvaja.

La dirección interina de Passos no difería de los propósitos que Ibáñez había delimitado para la investigación. Durante la ausencia del titular, Passos multiplica las diligencias a fin de conseguir archivos y rastrea fragmentos de aquellos que estaban al cuidado del Instituto. Durante el interinato recibe el archivo de Horacio Quiroga, lo que se celebra con fastos políticos y se noticia en los principales diarios, y publica (como gesto final) la voluminosa *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, conocida como “Revista del INIAL” y despreciativamente como “Revista Passos”.⁽³⁸⁾ El volumen es, por la originalidad y la riqueza documental, un acontecimiento para la crítica en Uruguay. A los extensos estudios publicados se suman las ediciones de textos inéditos, facsímiles de manuscritos, fotografías, un apartado de láminas, recortes de prensa y otros documentos de los archivos del INIAL y de la Biblioteca Nacional. En esa edición se encuentra “La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay (1812-1851)”, parte

por el Museo Balzac. Al final la firma autógrafa, los monumentos, los medallones, la “*lettre de faire-part du décès*”, la reproducción de una necrológica de *L'Illustration* y una fotografía de la tumba en Père-Lachaise.

(38) En “Memoria correspondiente al período 1948-1949” (*Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, año I, tomo I, n° 1, Montevideo, diciembre de 1949, pp. 523-557), el director interino da detalles institucionales y específicamente de estudios literarios (de la tradición en Uruguay, del cuidado de documentos, etc.), en un informe pormenorizado que eleva al ministro de Instrucción Pública Óscar Secco Ellauri. Aquí se aprecia el crecimiento de los archivos del INIAL en el período de su bien reconocida dirección interina. El único opositor acérrimo de Passos es Ibáñez. El profesor español Federico de Onís, crítico que entonces estaba en la cresta de la ola, visitó el INIAL en junio de 1949 y en una carta dirigida a Passos, desde el Instituto Hispánico de Nueva York (25 de julio de 1949), dice: “Nuestra visita a su Instituto dejó en mí una impresión muy alta de la labor que usted y sus compañeros están llevando a cabo con excelente método y entusiasta devoción”.

de la investigación folclórica de Lauro Ayestarán, que Passos alista bajo el título idóneo de “Contribuciones documentales”.⁽³⁹⁾

Los primeros dos trabajos del índice pertenecen a investigadores de la casa, quienes siguen estrictamente la normativa de Roberto Ibáñez. José Enrique Etcheverry encuentra en un borrador de discurso, en cartas y en la prensa, un itinerario desconocido de Rodó: recupera y transcribe un texto inacabado que “permite añadir un nuevo elemento al estudio del pensamiento americanista”, y subraya el “estado material del manuscrito y método empleado en su restauración”.⁽⁴⁰⁾ La pluma científica del investigador describe lo inconcluso, lo desordenado y “truncado” de la escritura, y reconoce entre los manuscritos “núcleos primitivos” y un “proceso ascendente de la composición”, borradores que “se acercan a la redacción definitiva”. Siguiendo la práctica de Ibáñez, el joven profesor interpreta y comprende la “organización lógica” del texto de Rodó, al que restituye desde los manuscritos en una detallada edición ecdótica.

“El diario de viaje a París de Horacio Quiroga”, editado por Rodríguez Monegal,⁽⁴¹⁾ es un trabajo ejemplar en la medida en que lo es el de Etcheverry. El texto se recompone a través de una transcripción, que realizó Myriam Otero, acompañada de una pequeña muestra de los manuscritos en reproducción facsimilar. Por un lado se establece el texto de Quiroga y por otro se conoce la forma de la escritura, la materia del “original”. Con este inédito, Rodríguez Monegal sigue el criterio de edición diplomática y el sistema de notación, estricto, que usa Etcheverry con Rodó. Por primera vez la investigación da a conocer textos en los que se cuida al máximo la forma material de la escritura en toda su naturaleza: lo escrito, “testado” y reescrito en línea o interlínea.⁽⁴²⁾

(39) En *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, año I, tomo I, nº 1, pp. 201-436.

(40) “Un discurso de Rodó sobre el Brasil”, en *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, año I, Tomo I, nº 1, pp. 5-46.

(41) Ídem, pp. 47-186.

(42) El término “testado” es de uso corriente para Ibáñez y sus colaboradores como indicación de una palabra tachada o borrada en el manuscrito, legible o ilegible. Se desconoce el origen de este fenecido tecnicismo de la pre-genética latinoamericana, que algunos editores recuerdan haber oído en los setenta y Élidea Lois una década antes, entre los correctores de la revista del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. El borramiento del término es un signo discreto de tiempos de renovación. En un artículo cuyos momentos más altos se escriben en frases intraducibles al entendimiento humano, Raúl Antelo alude a una transición del textualismo en el Río de la Plata: “Dudábamos, con razón, del carácter documental, factual, empírico y computable de los métodos acumulativos, historicistas y filológicos, prefiriendo en cambio ver la escritura no ya como una sustancia o un objeto inerte, sino como un espacio metodológico en movimiento”. Negar el “movimiento” de un “objeto inerte” hubiese sido fácilmente contestado por los pioneros de estas prácticas de la crítica. Sigue el testimonio “teórico” de Antelo: “Nos habían enseñado que la obra (siempre maestra) se cerraba, púdicamente, en torno a un significado primigenio; pero nosotros preferíamos, al contrario, la violencia perversa (pupila) de arrancar toda escritura

No obstante la dedicación de los investigadores del Instituto a la publicación referida, el reconocimiento que hace Ibáñez del trabajo de Passos y su equipo es nulo. No guardó ningún recorte de prensa de las aclamaciones de los críticos de la prensa montevideana. A la vista de la situación problemática que encuentra al regreso del viaje, no trata de conciliar con el grupo humano sino que tiende a desarmarlo. Con los años va a eliminar la *Revista del Instituto...* de toda memoria, tiende a no mencionarla por más exhaustiva que tuviera que ser la descripción de la trayectoria del INIAL. En la introducción a la revista *Fuentes*, de 1961, debe hacer una referencia obligada pues esta publicación sigue, con otro nombre, lo que había propuesto aquélla. Siempre aprehensivo y susceptible, Ibáñez se ofende con Etcheverry y con Rodríguez Monegal, y por supuesto con Passos, quien ocupara por un momento el espacio que él había creado. La puja no se origina solamente al percibir, con un ojo afinado, todos los errores ajenos (trabajo que ejercía como un verdadero profesional, sobre todo en cuanto a la transcripción, a la interpretación primaria, formal, material, de los manuscritos), sino en gestos de otra clase que podían sugerir la desposesión. En un movimiento que permite apreciar el poder de *sellar* como acto de lenguaje, Passos había solicitado al director de la Biblioteca Nacional, Dionisio Trillo Pays, un sello que identificase al Instituto Nacional de Investigaciones Literarias. El primer archivo en recibir el sello es, por supuesto, el de Rodó, que va a erigir y a derrocar la figura de Ibáñez. “Rodó en sus papeles”, como había titulado un artículo Real de Azúa, era el eje de un litigio histórico.

En las temporadas de aguas quietas el INIAL es el más importante de los centros de creación e intercambio de conocimiento de alto nivel que tiene Uruguay. El trato con instituciones de Argentina, Chile, México, España, Cuba, Estados Unidos, Rusia, Israel, es seguido durante años; desde 1959 Alberto Oreggioni es el encargado de canjear libros y revistas. En casi veinte años de existencia el INIAL involucra en su proyecto, al menos parcialmente, a personalidades tan dispares como Francisco Espínola (en alguna ocasión viajante en misión archivística), Alfredo Mario Ferreiro y Daniel Vidart (convocados para tasar el archivo de Delmira), Alfonso Llambías de Azevedo, Real de Azúa, Fernando Pereda, Clara Silva, Ángel Rama, Juan Carlos

a su simultaneidad para verla así en sus efectos diferidos y dilatorios”. Aunque en cierto punto lo descrito es compartible (el pasado ante la obra “siempre maestra”), las oposiciones que establecen casi todos los términos pueden probarse como falsas. Los métodos “acumulativos, historicistas...” también pudieron ver la escritura en los efectos “diferidos y dilatorios”. La transición de un modelo de crítica a otro rompe con aquello que sostenía Carlos Alberto Leumann (y aquí Ibáñez con Rodó y otros) al enfrentarse a Miguel Hernández: leer (manuscritos) para hallar “el genio artístico”. Ese servicio al otro se modifica: vendrán críticos que busquen *el genio en el lector*, el genio propio. Se cita de Antelo, Raúl, “Política del Archivo”, en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh: vol. LXVII, n° 197, octubre-diciembre de 2001, pp. 709-720; también en <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/5848/5993>

Legido, Carlos Brandy y otros nombres que se han indicado y una buena cantidad que sería tedioso registrar. Si bien la relación con Rodríguez Monegal es especialmente difícil (dos investigaciones recientes se han ocupado de ello⁽⁴³⁾), el vínculo no es crucial para los movimientos de la inteligencia de Ibáñez, aunque sí –desde esa polémica de 1956, a la que Rama no le encontró mayores justificaciones– tendrá efectos nocivos para su salud, su vida social, su reputación académica y el dañado amor propio. Cuando Rodríguez Monegal viaja a Inglaterra, Ibáñez, afín al diálogo entre lenguas y a un eclecticismo que convirtió en la más rígida ortodoxia, le solicita por carta una “misión oficial para que estudie la técnica aplicada en los archivos literarios de Inglaterra” y lo recomienda por escrito, como también hizo con Wilborada Xalambri de Legido antes del viaje a Salamanca.⁽⁴⁴⁾

Para la historia, el INIAL es un laboratorio exigente, un reducto científico con una conciencia de futuro que forjó un pasado útil, amplio, firme. “El archivo ha sido siempre un *aval* y como todo *aval*, un *aval* de porvenir”

(43) Gustavo San Román trabaja “la famosa fricción” a partir de las correcciones que hizo Ibáñez en las páginas de un ejemplar de la segunda edición de *Diario de viaje a París de Horacio Quiroga*, de Rodríguez Monegal, apuntes en los que la tensión intelectual se enciende por la fiabilidad de la transcripción del manuscrito (“Emir Rodríguez Monegal *versus* Roberto Ibáñez: Las rivalidades de la crítica y las andanzas del *Diario de viaje a París de Horacio Quiroga*”, en *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, tercera época, n° 5, Montevideo, enero-junio de 1999, pp. 15-42; también en <<http://www.mec.gub.uy/academiadeletras/boletines/05/SRoman.htm>>). Pablo Rocca sigue de cerca el intercambio poco civilizado que Ibáñez y Rodríguez Monegal mantuvieron en *Marcha*: “¿El investigador de archivo como policía? El caso Rodó y sus aldeaños”, en Jitrik, Noé (compilador), *Revelaciones imperfectas. Estudios de literatura latinoamericana*. Buenos Aires: N J Editor, 2009, pp. 9-21.

(44) “Como director del Instituto Nacional de Investigaciones de la República Oriental del Uruguay, certifico que el señor Emir Rodríguez Monegal forma parte de este centro de estudios en calidad de investigador, y que le ha sido confiada oficialmente la misión de estudiar las técnicas aplicadas en los repositorios literarios de Inglaterra. [...] Por las atenciones que seguramente serán dispensadas al señor Emir Rodríguez Monegal en el curso de sus delicadas gestiones, me complace en expresar el testimonio de mi más vivo reconocimiento.” A Wilborada Xalambri de Legido, por otra parte, la reconoce como integrante del INIAL y certifica, ante quien corresponda, el trabajo de investigación: “le ha sido confiada oficialmente una doble misión: la de estudiar las técnicas aplicadas en el Archivo de Fray Luis de León (Salamanca) y en el de Menéndez y Pelayo (Santander), y la de gestionar la cesión o el registro de cartas remitidas a sus corresponsales españoles, por José Enrique Rodó”. La recomendación de Rodríguez Monegal está fechada el 1 de enero de 1951 (por error), y la de la Xalambri, el 1 de enero de 1950. Un año antes, en febrero de 1949, Carlos A. Passos recomendaba por carta al ministro de Instrucción Pública la distinción oficial de viaje en “misión honoraria” (concedida) para el colaborador Silvio Frugone, pronto a viajar por España, Italia y Francia. Además de buscar manuscritos, como asunto práctico, Passos refiere al “contacto directo con la labor de centros dirigidos por maestros tan ilustres como D. Ramón Menéndez Pidal, v. gr.”, lo cual “permitiría adquirir al Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios una suma preciosa de conocimientos y experiencias en el plano de la estilística y de la filología”. La idea es “informarse de la organización, métodos y publicaciones de los altos centros de estudios literarios de España e Italia”. Passos escribe cartas de recomendación de Frugone a Ramón Menéndez Pidal, Benjamín Fernández y Medina, Dámaso Alonso, Cyro Giambruno (embajador de Uruguay en Italia), Benedetto Croce y autoridades de instituciones públicas de Madrid y Roma.

(Derrida). Pasado el tiempo, el porvenir del archivo queda atrás y lo reserva todo hacia adelante si tiene el voto de la política, que desde la primera hora es el aval de la ciencia, de las artes y de la propia política. Como cualquier laboratorio, el Instituto fue un espacio cerrado que trabajaba dándole forma a lo incierto. La acumulación de los días no aseguraba ningún resultado que pudiera ser dado a publicidad, tal es la ley del laboratorio. Había en Ibáñez una imposición vertical pues se había distinguido como el guardián de los armarios, la cabeza del Instituto que velaba el material con el que se haría la “historia documental de nuestras letras”. La mano derecha, desde el desmantelamiento de 1950, fue por años el capitán de administración de la Armada Julio González Cambón, amigo de Ibáñez, a quien el Ministerio de Instrucción Pública había solicitado –para tareas concernientes a la investigación literaria– al Ministerio de Defensa. La presencia del secretario es incondicional hasta que se le pierde el rastro: en el colofón de *Originales y documentos de Juan Zorrilla de San Martín*, catálogo de exposición conocido como “Índice crítico”, preparado por Ibáñez, se lee que el libro se acabó de imprimir “con la abnegada ayuda de Julio González Cambón”. Existe una carta de 1953 en la que el factótum marino escribe a la autoridad notificando la ausencia del director, que había partido a un congreso de escritores en México. Entre ambos se abría o se entorpecía el acceso a los archivos, que no dejaron de acrecentarse en cantidad de piezas y en número de escritores.

A medida que la clasificación de papeles se consolida, Ibáñez sedimenta el canon del 900 y reclama un campo de saber. Había hecho el catálogo razonado de los peces que otros examinan. Entre 1947 y 1949 se habían sumado al de Rodó los archivos de Herrera y Reissig y Quiroga, la tríada que Real de Azúa propuso como pilar de la constelación de principios del xx. Se agrega el de Delmira Agustini con sus manuscritos y sus vínculos con archivos judiciales (que Ibáñez buscó abrir, también, en los casos de Herrera y Reissig y Acevedo Díaz), con obras plásticas que en 2012 han sido restauradas, y con esos objetos de difícil clasificación (juguetes, muebles, “trajes y aderezos”) que el director del INIAL no ponderaba especialmente pero admitía en el inventario. No le saca rédito a la famosa (y ya envejecida) muñeca de Delmira, que fue a parar a sus manos, ni el funesto vestido de novia. La donación de Julieta de la Fuente había incorporado la dimensión del fetiche (“un mechón de pelo, una insignia de bronce, una billetera, un inyector hipodérmico”, describe Ibáñez), que llega a término con Delmira y se continúa con Eduardo Acevedo Díaz, de quien el INIAL esperaba recibir un sable y un Colt calibre 32.⁽⁴⁵⁾

(45) A esta altura todo excedía la capacidad de acumulación y comprensión de Ibáñez. ¿Qué iba a hacer con un revólver que había pasado de Eduardo Acevedo Díaz a un descendiente que

En la nota introductoria de *Originales y documentos de José Enrique Rodó* decía que “los papeles del Maestro [...] nos acercan su alma y nos descubren sus previsibles agonías”. Por algo el sitio de la Biblioteca Nacional donde se conservan los archivos es conocido como “almario”. Elías Uriarte, quien tuvo un pasaje en los últimos años por el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca, reconoció el fetichismo de la suma de objetos hasta el grado de la “necrofilia” que subyace a un archivo, y con seriedad burlesca, en una enumeración cómica, también caótica (como lo es un verdadero catálogo de archivo), escribió el poema “Delmira Agustini (1891-1912)”.⁽⁴⁶⁾ En un punto había que constituir el *museo literario* con piezas exóticas que al público en general llaman suficientemente la atención, más que las diferentes fases de un manuscrito. Antes que un museo, Ibáñez iba a inventar, con instrumentos intuitivos, la investigación (teoría y práctica). Usa el as museístico cuando reclama, en 1952, más presupuesto: “el Instituto se convierte de a poco en el *Museo Literario* de la Nación”. Esa vez pide 10 mil pesos “para completar el alhajamiento y adquirir 10 archivos metálicos, 100 cajas para documentos, 1 laboratorio fotográfico, 1 máquina de proyecciones luminosas, 1 grabador eléctrico de cinta”. Claro que tenía en cuenta los factores tecnológicos implicados en cualquier forma de lectura, y quería superar las medianas condiciones de trabajo, pero hay algo en su pedido, que mantuvo por años, que roza la astucia del sobreviviente que ambiciona proteger la riqueza literaria en una cultura que nunca reconoció del todo el abandono y la carencia.

V

Antes de que se activara el archivo Rodó, en Uruguay eran exiguos los antecedentes de trabajo con los materiales que el Estado se encargó de juntar y cuidar con “atención amorosa, responsable y permanente”. Estas palabras se leen en documentos literarios, legislativos y periodísticos. Si

“lo llevó para su propia defensa desde los últimos años de su actuación política en Montevideo”, luego heredado por su hijo, que lo entregó al Estado uruguayo? En julio de 1960 un nieto de Acevedo Díaz envía para el “Museo del Instituto”, desde Buenos Aires, unos objetos, que pone en lista: “Un antejo extensible. Un armazón de anteojos. Una boquilla de colmillo de tigre. Dos corbatas de banderas, con el lema Revolución 1896 y Moriré pervivirás. Dos sellos de lacre con las iniciales de la familia”, etcétera. La correspondencia con los descendientes de Acevedo Díaz está envuelta en historias y gestos notables, exageraciones y comicidad, fiestas postergadas y reclamos del archivero a los donantes, interesados (mucho más que Ibáñez y en otro sentido) en exaltar al “Prócer”: “Estos días habrá ceremonia para solemnizar nueva entrega dos mil documentos donados por sus sobrinos *stop* Para exposición que haráse más adelante avisará oportunamente *stop* Ruego respóndame sobre autógrafos epistolares prometidos *stop* Saludos afectuosos Ibáñez” (telegrama enviado a Leonel Acevedo Díaz, en 1961, a la localidad argentina de Tandil).

(46) En *Hiroshima*. Montevideo: Vintén, 1999.

bien había libros y revistas con reproducciones de documentos, los propósitos no siempre tuvieron que ver con los que Ibáñez iba a perseguir. Entre los antecedentes de aquella reclamada “historia documental de las letras uruguayas”, Álvaro y Gervasio Guillot Muñoz habían publicado en francés, en 1925, *Lautréamont & Laforgue*, un texto que ilustran con reproducciones de imágenes de valor biográfico y en el que hablan de la vocación por exhumar lo que nadie lee. Los hermanos Guillot Muñoz proponen un criterio de distinción de las fuentes de las que partirían, para mejorar su investigación, otros biógrafos de Lautréamont: “los monumentos (casa natal en la calle Camacué...); documentos inconcientes (la partida de nacimiento y la de defunción); documentos concientes (las leyendas, las cartas). Con datos explícitos, algunas convicciones a priori y algo de simpatía por la inducción, la tarea será fácil”.⁽⁴⁷⁾ Gervasio Guillot Muñoz tiene trato con Ibáñez y colabora con un libro que figura en las publicaciones del INIAL, *La conversación de Carlos Reyles*, de 1955, al que seguirá –principio de la programada serie II, Estudios y Testimonios– el opúsculo de Ezequiel Martínez Estrada *El hermano Quiroga*, de 1957. Gervasio Guillot era, con su hermano gemelo, un lector de textos únicos, de la escritura material que tendía a deshacerse. Comenzaron a buscar poetas en los archivos de la Iglesia, la institución que desde los siglos remotos se afanaba en la acumulación y la administración de manuscritos y documentos de toda clase:

La lectura de actas y la vista de estampas añejas que ocultan bajo el polvo centenario el embotamiento de las cosas destinadas a una pasividad eterna, orientan los espíritus ávidos del pasado que se complacen en navegar a través de las etapas de los acontecimientos históricos, y que desean conocer la naturaleza de los hechos sucesivos o algunos aspectos de la continuidad intelectual [11].

Desde el principio será el propio Ibáñez, con su avidez, quien se encargue de reunir los cabos sueltos antes de navegar tomando como referencia al *súmmum* del 900. Es un profesor de conocimiento macizo, un intelectual versado en poética y estética, bases del método filológico que orientaron a la germanística, “rama joven” de la filología clásica. Ibáñez insiste en enseñar los recursos de la estilística que le sirven, como a Amado Alonso frente al estudio de obras literarias, para dividir las piezas del archivo según la naturaleza de los textos.⁽⁴⁸⁾ Pretendía aplicar su conocimiento a los manuscritos,

(47) Guillot Muñoz, G. & A., *Lautréamont & Laforgue*, Montevideo: 1925. Se cita la edición de Arca (Montevideo, 1974), p. 15. El libro en español no es fiel a la primera edición en cuanto a la reproducción gráfica.

(48) En un memorándum temprano, suelto y sin fecha, expresa al ministro: “Obvia es la finalidad de este tipo de investigaciones: permite desentrañar decisivamente el proceso creador y depara a la *estilística* (que es la más alta forma de la crítica contemporánea) elementos invalorable para la exégesis y el enjuiciamiento de la obra maestra, iluminando las reconditeces de su composición”.

lo hizo en parte, y la clasificación bien estudiada era el recorrido principal para una aproximación a la escritura. La formación de Ibáñez se aviene al espíritu cientista, riguroso, que a mediados del XIX había originado en la tradición alemana a Karl Lachmann (Lois: 6). En 1942, cuando Ibáñez decide estudiar a Rodó, visitar a Julia y hurgar en los papeles, el “método Lachmann” seguía vigente no obstante la crítica textual en Francia e Italia había tomado otros caminos de procedimiento ante los manuscritos. En un artículo que se divulgó en español poco después de esta fecha, Franz Schultz hacía historia: “en el XIX el empirismo y la erudición material histórico-literaria recibieron un nuevo esfuerzo y nuevas bases de sustentación, gracias a la concepción del mundo realista-positivista” (Schultz: 10). Pierre Bourdieu, posteriormente, encontró la misma restauración epistemológica al comentar la crítica genética francesa (Lois: 3). En Montevideo, el poeta y profesor con debilidad archivística era orientado por esa concepción del mundo levantada en el “crudo positivismo”.

Ibáñez se interesó tempranamente por el estudio de la *escritura en proceso*, objeto de análisis cercado —en los setenta— por la genética en sus instituidos centros de estudios. Preclaro constructor de “una máquina de leer los testimonios de la arqueología de una producción literaria” (la expresión metafórica es de Lois: 6), Ibáñez se aviene a una visión finalista del texto, tradicional, en la cual interpreta una lógica de composición literaria que concluye en un “escrito principal”, ya no “definitivo” (noción que contiene las voluntades últimas del escritor y el editor), sino *perfecto*. Que sea documental, factual, empírico, no significa que haga de la escritura en proceso algo inerte. Ve el avance de los manuscritos como “la conquista de la forma perfecta”, lo cual traería un problema y un prejuicio: cerrar la interpretación sobre un punto definible. Como sea, Ibáñez repara por primera vez en el “manuscrito moderno” en Uruguay, y la piedra angular es Rodó, como en Francia lo había sido la donación de Victor Hugo a la Biblioteca Nacional de París. Ante los manuscritos, prueba la inteligencia y la emoción de un texto en las dimensiones que es capaz de asimilar (estables e inestables, dinámicas), en sus fracturas y condensaciones de sentido, usando el recurso de la inteligencia y la sensibilidad propia, que era la de un poeta.⁽⁴⁹⁾

(49) Los críticos, los periodistas y los parlamentarios distinguían la idoneidad de Ibáñez. En una reflexión general, D. H. Sarnetzki lo dice todo: “si el hombre que tiene a su cargo la ciencia literaria o la crítica no es *un artista en lo más profundo de su ser* (sin que por ello necesite crear grandes obras poéticas), si no ve flotar en sus sueños el espectro de ninguna obra de arte ideal, si su alma no tiembla de emoción ante lo creado y lo vive y lo recrea, si no ve en ello más que un objeto interesante en el que hurga como un naturalista en su laboratorio, ese hombre no puede cumplir satisfactoriamente la misión que le está encomendada” (483). Como no es posible enseñar a otro a ser poeta, tampoco es posible enseñar a otro a investigar: en eso creía Ibáñez.

En el origen de la investigación científica llevada a la práctica por la Comisión de Investigaciones Literarias y luego por el INIAL existe por un lado la voluntad de reunir todos los *materiales de génesis* de Rodó y sucesivamente de otros escritores, y también los objetos personales que tendrán espacio en vitrinas. Las exhibiciones públicas, concebidas como muestras de arte, eran algo que se hacía en otros países y de lo que algunos estaban enterados. En el elogio que escribe Raúl Montero Bustamante, presidente de la Academia Nacional de Letras, a propósito de la exposición que el INIAL dedica a Juan Zorrilla de San Martín en 1956, con el antecedente de aquella que Ibáñez organizó con Rodó, dice que “dentro del cuadro de nuestra cultura, nada tenemos que envidiar a la técnica que en esta clase de muestras aplican los especialistas de países de cultura tan evolucionada como Francia, Alemania e Inglaterra”.⁽⁵⁰⁾ Si el aporte de Ibáñez aún es válido para la archivología, pues dispuso y meditó la disección documental, también lo es para la museística, con la que humanizó y acercó, dándole contorno y relieve a lo abstracto, a las glorias literarias cuya imagen daba al público. En materia estrictamente literaria parte del afán obsesivo por revelar las características de un manuscrito y sus variantes. Llega a describir profusamente el archivo Rodó y a guardar folios en celofán. En uno de los mejores ejemplos del tamaño de su trabajo, deja a la posteridad una caja de fichas inéditas, estrictas y sólidas, a la que da el título de “Bibliografía crítica de Herrera y Reissig”: en este caso construye una infraestructura para una edición genética (que treinta años después hará Ángeles Estévez, casi sin noticias de la labor de Ibáñez) y cimenta una biografía. La caja de fichas, un trabajo que se puede ubicar alrededor de 1950, fue ingresada a la Biblioteca Nacional cerca de 1983 por intermedio de Solveig Ibáñez, y hasta ahora pocos dieron señales de conocer la existencia de ese sistema de conexión de textos que bosqueja una poética de Herrera y Reissig (otro sueño inconcluso) y un seguimiento de corte biocrítico. La caja contiene un tiro de largada para la escritura, es un puente larguísimo que Ibáñez nunca alcanzó a cruzar. En investigaciones recientes, Aldo Mazzucchelli les dio uso y las refiere en sus libros, abundantes en documentación histórica y en el análisis empírico de los escritos.⁽⁵¹⁾

La “Bibliografía crítica de Herrera y Reissig”, cuyo destino ha sido una modesta caja a la sombra, contiene la práctica de un sutil crítico textualista, un fanático de rebuscar la prensa (donde se escribía la literatura) y un maestro en el arte de la descripción fisionómica (como lo había demostrado

(50) “Sobre la exposición de documentos y originales de Juan Zorrilla de San Martín”, en *El Plata*, año XLIII, n° 14.814, Montevideo, sábado 28 de enero de 1956, p. 6.

(51) Véase “Estudio preliminar” de la edición de *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer*. Montevideo: Taurus, 2006. En *La mejor de las fieras humanas. Vida de Julio Herrera y Reissig*. Montevideo: Taurus, 2010, Mazzucchelli utiliza una clave para referir a las fichas.

L.A,
- NORMAS PARA EL FICHAJE DE CORRESPONDENCIA -

- 1) Mencionar la calidad de la pieza:
Manuscrito(M); u
Original mecanografiado; u
Original mecanografiado con agregados manuscritos; o
Impreso(I), con agregados mecanografiados o manuscritos.
- 2) Poner, en seguida, entre paréntesis: l hoja(h) o l pliego(pl), especificando los distintivos del papel: rayado, o de color. Se cierra el paréntesis una vez aclarados -si hay que aclararlos- el número y el orden de las carillas escritas, mediante el empleo de una fórmula: El texto ocupa una carilla(o varias); o : El texto ocupa sucesivamente tales carillas(o planas, o páginas, o haces).
- 3) ~~Señalar~~^{Filigrana} si el original está escrito a lápiz o con tinta de color. Cuando se ha usado la tinta corriente, omitir la especificación.
- 4) ~~Especificar~~^{Sello} la existencia de membrete(memb) o sello, o monograma (impreso o en relieve). Omitir las especificaciones negativas.-
- 5) Indicar si hay o no hay filigrana(fil; o : s/fil.).
- 6) Determinar la interlínea(Int.).
- 7) Calificar el estado(E.B. o E.R. o M.E.).-
- 8) Fijar las dimensiones, en milímetros, comenzando por la altura.

--

Folio de referencia técnica para los investigadores del INIAL. "Normas para el fichaje de la correspondencia", establecidas por el director del Instituto, creador de la investigación de archivos literarios en Uruguay.

con Rodó). Decir esto es lo mínimo, pues en las “cédulas” Ibáñez está en el nivel superlativo de estudio, de técnica y metodología aplicadas a los manuscritos y documentos, a la tarea minuciosa, solitaria y de buen escrúpulo que perfeccionó como si leyera en microscopio. Difícilmente en Uruguay otro investigador haya desarrollado el grado de manía por la certeza que tiene Roberto Ibáñez. Compara manuscritos con impresos, divide los textos en “lecciones” a las que nombra como A, B, C; localiza y referencia toda fuente, elabora hipótesis, vincula textos y episodios de la vida del escritor, establece “hechos ignorados” –la “biografía suelta”–. La reunión de “cédulas” que divide por épocas en la vida de Julio Herrera, las fichas de cartón pasadas a máquina por Julián Ripoll (el asistente mecanógrafo a quien la historia debe la legibilidad de la mayoría de los papeles del INIAL), son otros rastros de la paciencia filológica del investigador Ibáñez que se conservan en el archivo de la Biblioteca Nacional. Para salvarlas del error, a las fichas les hacía algunas anotaciones manuscritas (poco legibles). La caja es otro trabajo desmesurado, desconocido y valioso que muestra al lector compulsivo capaz de resolver los problemas de edición de las obras de Herrera y Reissig, como podía hacerlo con Rodó y los atenderá, en algunos aspectos, con Quiroga. Con las fichas define otro campo de trabajo que en una magra cosecha posterior, en ensayos de crítica claros y eruditos y por lo general breves, concentrados, no se aproxima a la extensión de lo acumulado en la investigación, en el laboratorio de papeles. Hace de los archivos un mapa de referencias cuidadoso que desde entonces es cardinal para la historia literaria, para reconstruir el mundo desde la perspectiva local.

Así la herencia, aquello que para los contemporáneos era mezquindad, con el paso del tiempo se vuelve generosa. Quizá Ibáñez pretendía tener un monumento de granito o el nombre en una calle de Montevideo, aunque lo conformaba ser una nota a pie de página o un registro de bibliografía. Tiende a olvidarse al obrero que hizo el pozo y colocó el pilar que sostiene al edificio, al enfermero que asistió al nacimiento, al laboratorista que registró la sustancia más sutil. En coleccionar, agrupar y discernir, las tres frases con las que Jacobo Grimm había hecho escuela en la Alemania decimonónica e Ibáñez llamó *distribución metódica*, *coordinación temática* e *indagación estilística*, pasan las épocas del INIAL, cuyos elementos fijos en un elenco de investigadores en rotación eran el director Ibáñez y el mecanógrafo Ripoll, de quien se tienen noticias hasta poco tiempo después de la extinción del Instituto. En la práctica de la “ciencia literaria” la productividad era medida por la redacción de fichas (tarea para la que el director había escrito una serie de normas), la corroboración de textos y la pesquisa de datos, donde se halla el valor (desde entonces sobrestimado) de una investigación. Ese afianzamiento de la disciplina fija las marcas de historiografía literaria que

comienzan a objetivarse en el 900, perímetro reclamado por Ibáñez como parte de su feudo. Para no ser eliminado de la tradición, una vez hizo circular una protesta que comentó y contestó, en *Marcha*, como director de la revista *Número*, Emir Rodríguez Monegal.⁽⁵²⁾ Recién en 1969, con el fascículo 31 de Enciclopedia Uruguaya, Ibáñez aporta un texto (de 20 páginas) a “La cultura del 900”.

A pesar de que el investigador hiciera esfuerzos por figurar en los estudios literarios, había algo que conspiraba en su contra y comenzaba a separarlo de la historia documental de las letras del país. Por lo general siempre va a cumplirse aquello que se cita en el epígrafe de este artículo (Conseil ayuda a pescar). En ámbitos de letras todavía tiene un precio caro no reunir un libro que sea de lectura inevitable para la crítica, para el lector especializado. *Publish or perish* fue para Ibáñez *publish and perish*. Sin ninguna regularidad, da a la imprenta ensayos de orientación monográfica, con mejor puntería cuando trata a los autores cuyos archivos procesaba en el INIAL. Escribe sobre asuntos puntuales que siempre corrigen, con erudición y parquedad, con notoria necesidad de estar más allá, los errores de otros. Como en la tradición de la filología lachmanniana (Schultz: 38), el director del INIAL y por lo común quienes trabajan bajo sus órdenes “renunciaban a interpretar las cosas y a discurrir por cuenta propia”.⁽⁵³⁾

Mientras sus colegas de la generación del 45 se dedican a la aproximación interpretativa de la literatura y la historia, a la lectura hermenéutica, Ibáñez sale muy pocas veces de la disquisición técnica de los manuscritos.

(52) En “Carta abierta”, al pie de un artículo sobre John Keats, escribe Monegal a Ibáñez: “en ningún momento la revista *Número* ha pretendido olvidar la procedencia de los trabajos realizados por usted sobre algunos temas vinculados a la literatura nacional. [...] No corresponde abrir juicio en esta carta sobre su labor que ya recibiera sanción pública y que en las páginas del mismo volumen [dedicado al cincuentenario de *Ariel*, a la literatura uruguaya del 900 en *Número*, primera época, año 2, n° 6-7-8, Montevideo, marzo-junio de 1950] fuera calificada de ejemplar”. En *Marcha*, año XII, n° 539. Montevideo, 11 de agosto de 1950, p. 15.

(53) Es extraño el texto que le dedica a Eça de Queiroz en un libro que organizaron Lúcia Miguel Pereira y Câmara Reis, impreso en Lisboa, en 1945. Ibáñez, un poco después de esbozar su “Ideario de Rodó” despacha “la segunda parte de un ensayo sobre la militancia de Eça como crítico y profeta de la *supercivilización*”. Dedicó 60 páginas a *La Ciudad y las Sierras* en un ensayo que por extensión sobrepasa a los autores con los que comparte el índice, entre ellos Gilberto Freyre, José Lins do Rêgo, Antonio Cândido, Manuel Bandeira. Dice la introducción que el texto de Ibáñez, profundo estudioso de Eça de Queiroz, pasó de artículo a largo ensayo del que se ofrece la *parte final*. Precede a Ibáñez el crítico Roberto F. Giusti, de la Academia Nacional de Letras de Argentina, allegado al INIAL. En un editorial de *La Nación*, del 3 de marzo de 1956, Giusti aconseja crear un instituto de las mismas características en su país: “En favor de un Archivo y Museo Literario”. El ensayo de Ibáñez, fragmento de otro libro perdido, se publicó en *Livro do Centenário de Eça de Queiroz*. Lisboa: Edições Dois Mundos, 1945, pp. 303-363. Esta vez hace de la literatura un resquicio para la crítica social: ve en el escritor portugués a un “profeta eutrápélico” que enseña una “pedagogía social de la risa”, ve a un “apóstol del Humanismo eterno”. La exposición sobre la novela de Eça, tratada en largo, revela la comprensión de Ibáñez de los mecanismos narrativos ligados a los conflictos de los personajes en el mundo representado por la ficción. Va a la evidencia, en el ensayo sobre la novela, de valores “estéticos y humanos”.

Unos van a llenar páginas en blanco y el director del INIAL recurre a la lupa. Cuando Real de Azúa, por compararlo otra vez con otro intelectual eminente, inquietaba a los textos buscando la “concepción del mundo”, la literatura en un “ambiente espiritual”, Ibáñez describía papeles y los reordenaba en un ciclo sin salida, en un orden aparente donde todo cambia de lugar, un edificio que tiende a desmoronarse, una isla utópica. Enemigos ambos de Ibáñez (declarada o soterradamente), y enemigos entre sí, José Pedro Díaz y Emir Rodríguez Monegal habrían de publicar en los años cincuenta libros en la zona del interés del investigador: Díaz con *Bécquer*, estudio que trabajó (para la segunda edición) con copias de las rimas, recibidas de la Biblioteca Nacional de Madrid; Rodríguez Monegal con las *Obras completas* de Rodó, que publicó en la editorial Aguilar en 1957, un trabajo que pudo hacer (lo hace constar en su introducción) gracias al pasaje por el archivo Rodó en 1948-1950, en el período en que el INIAL era dirigido por Passos.

A su manera secreta y reservada, Ibáñez funciona como auxiliar archivístico de una generación de críticos con la que nunca se habría de reconciliar, aunque tuviera buen trato con algunos. No obtiene la figuración que busca, no imprime todo lo que quiere, el lugar que ocupa es una decisión personal y depende, para brillar, de las decisiones que toman otros. Como investigador representante de la ciencia literaria, aún no extinguida, pasa de la retórica bastante cercana a una generación de críticos uruguayos que lo antecede, los del 18, a hacer pie en papeles, la “tierra firme”.⁽⁵⁴⁾ Descontando que la antinomia ha perdido actualidad, la distinción entre “materia” y “espíritu”, del XIX europeo, puede ser útil, si el par se acepta, para comprender a Ibáñez. El investigador permanece en la erudición libresca, en la realización de aportes bibliográficos, biográficos, cronológicos, cada vez menos interesado en el “espíritu”, cada vez más lejos de la estética. La escritura y cualquier otra huella que deja un escritor conforman un organismo que tiende a crecer, a encontrar su forma arquetípica que Ibáñez cada vez menos se ocupará de definir. Desde el trabajo duro, inicial, de limpieza de Rodó, apunta cada día con mayor demanda a discriminar la materialidad de los papeles para acercarse a la “gesta de la forma”, pero no da el salto hacia el lado que la comunidad literaria parecía esperar y le exigía. A los críticos más jóvenes que Ibáñez no les alcanza con definir “genio y figura”, discernir manuscri-

(54) Schultz, sobre evoluciones de investigadores científicos en la lengua alemana. El pasaje puede describir el tránsito de un estadio a otro en la crítica literaria de Uruguay, y la pieza de transición es Ibáñez, pues se cuenta entre los que “Huyen de las aguas sin riberas de la especulación y el universalismo romántico-poético para hacer pie en la tierra firme de los hechos históricos y de una concepción limitada que no entraña, ciertamente, resignación, sino simplemente un satisfactorio cambio de rumbo de la mirada, el tránsito de la mirada hacia lo infinito a la mirada hacia horizontes cerrados, con lo que se obtienen puntos de apoyo morales que es más fácil encontrar en lo fijo y en lo pequeño, incluso podríamos decir en la letra, que en un ‘espíritu’ vago y en fusión, de carácter derivativo” (23).

tos y rejunta datos que, si se acumulan indefinidamente, lo tienen todo de insulso y anodino. Dejar el tiempo en la carrera de localizar cifras que se incorporen a un sistema de información, paso previo a la comprensión de fenómenos complejos, de datación incierta, que se infieren de esos datos, es una actitud de Ibáñez que circula, todavía, como un recurso dominante, canónico, que orienta la investigación literaria acumulativa. El ocultamiento, la especulación de su registro y el uso (debido, indebido) del dato forman parte de aspiraciones puramente técnicas, fácticas, materiales. La ambición de la inteligencia, en cambio, no admite ser medida por ninguna escala, y menos por sus contabilidades más humanas, modestas y fallidas. Por supuesto que Ibáñez no se limitaba a la mera reunión de información sino que el fin era encontrar la “esencia” de un texto, que se mostraría (la idea fermentaba en la academia francesa) al revelarse *cómo nace una cosa* (Schultz: 16).

Lo que hace bien, y queda hasta ahora, es el enlace de las piezas de archivo, ese difícil desciframiento material, estado previo al análisis de fondo. Para su mal, se aferra a ese conocimiento y lo privatiza, a la vez que toma distancia de quien considera un diletante, así sea aquel que tiene un interés genuino por el estudio pero que no sabe responder a la pregunta sobre una fecha. La anécdota de Adolfo Pascale, denunciada en dos números de *Marcha*, es la historia de la humillación de un erudito archivócrata a un ciudadano con curiosidad “ideológica” que pretendía estudiar las “condiciones de producción” (un término marxista que debió usar Pascale) de Rodó.⁽⁵⁵⁾ Ibáñez, como la Esfinge, propone un acertijo antes de abrir la

(55) Pascale, que había denunciado las arbitrariedades de Ibáñez ante el director de la Biblioteca Nacional, Dionisio Trillo Pays, en noviembre del 55, participa de un ataque (a esa altura merecido, aunque se originara en intereses personales) que había lanzado Rodríguez Monegal con el cuestionamiento titulado “¿Un archivo público reservado?”, que se publicó con una caricatura de Rodó por Toño Salazar en *Marcha*, año XVIII, n° 802, Montevideo, 24 de febrero de 1956, p. 23. Tres semanas después de la primera piedra explícita (Rodríguez Monegal había lanzado un ataque subliminal, un año antes, en el número 762 de *Marcha* con “El caso ejemplar de Rodó: oficialismo y cultura”), Pascale publica el texto “A propósito del Archivo Rodó” y continúa con sus posturas, dos viernes después, en “Sobre un monopolio personal”. El cruce tiene, de ambos lados (Rodríguez Monegal-Pascale *versus* Ibáñez), verdades e injusticias. Pascale se atreve: “Diez años está durando la retención del Archivo Rodó por el Instituto y, si se exceptúa la labor realizada por sus ex colaboradores mientras el director estuvo ausente, ningún trabajo sustancial ha salido de aquél en los últimos años. La prometida ‘Imagen documental de Rodó’ no ha llegado al término de su larga gestación. Estos son los frutos de un monopolio personal opuesto a un creciente afán indagador que no conoce la resignación”. Esta discusión lamentable para los involucrados, de escaso aporte para la literatura, rica en chismes y fe de iras, se sostiene en una razonable y cruel disputa intelectual de Rodríguez Monegal, mucho más sofisticado que Ibáñez y que tantos polemistas que vinieron después y trillaron las viejas y ya indecentes muletillas entre rivales. Con arremetidas bajas, Ibáñez reacciona tarde y mal, introduce declaraciones paupérrimas y actitudes llenas del resabio de ese orgullo salvaje, de la especie de hidalguía del 900, en el que alguien podía morir por la disputa menos sensata. La crisis sucede entre los números 802 y 811 de *Marcha*, entre el 24 de febrero y el 4 de mayo. Ibáñez siempre, cuando es correcto, se refugia en la ley de creación del INIAL y no contesta a lo que se le imputa. Aparece con pies de barro, débil, esquemático para

I) Què és el tribut

A) ^{investigacions} El cost de ~~producció~~ ~~de~~ ~~producció~~.

B) El conjunt de anàlisis a financiació.

~~4~~

II) Quins són els seus components

A) Mediant especificacions i plànols.

B) Mediant plànols.

III) Quins són els seus components - a) Història del tribut i tribut.

b) tribut i tribut i tribut.

c) tribut i tribut.

IV) La llei, una font, i el cost de producció a què respon.

El tribut i el tribut i el tribut.

V) tribut, tribut i tribut.

VI) La llei

puerta del archivo. Pascale no responde y habla, ante otros, de “un cementerio documental” que “exhibe la cruda desnudez de una política”. El interesado solicitó autorización para acceder a las fuentes por lo menos en dos oportunidades, y por distintos medios. La primera vez fue en abril de 1950, según el Registro General del Trámite Administrativo del INIAL. El ingreso le fue negado siempre: “Aun no estando de acuerdo con ese criterio monopolista y puesto que la finalidad de mi trabajo no era bibliográfica ni estilística, ni la de publicar sin autorización textos inéditos, aguardé la aparición del libro [“Imagen documental de Rodó”, cuya preparación cerraba la consulta del archivo] para utilizarlo como un auxiliar documental valioso. Pero han pasado cinco años y el libro no ha visto la luz”.

Se puede decir de Ibáñez lo que atribuye Schultz al genio de Wilhem Scherer, que había llenado los estudios literarios de ciencia y polémica: “Entrañaba la repudiación de todo lo que fuese especulación ideológica o tendencia metafísica, brindaba cosas aprehensibles y comprobables por la experiencia [...] ofrecía un dique, levantado por las ciencias particulares, frente a lo ‘vago’” (43).

VI

En los primeros días de 1956 el INIAL viene de otra exposición exitosa, dedicada a Zorrilla de San Martín en medio de la “belleza del local, su señorío y el ambiente de centenaria tradición que flota en el severo salón”, como describe con la parafernalia obligada don Montero Bustamante. Pero esta vez Ibáñez no habrá de fundar nada nuevo sino que estropeará el crédito como intelectual y comenzará la caída. De hecho la dirección interina del profesor Héctor Rico (recordado por la donación espontánea de una tarjeta del vapor Amazon, que llevó a Rodó a Europa) delata un momento de crisis. La denuncia de Pascale en *Marcha* lo decía todo:

[...] me presenté nuevamente en el Instituto de Investigaciones Literarias el día 31 de octubre último. Nuevamente fui recibido en forma incorrecta y descomedida por el señor Ibáñez, quien declaró que aunque algunos farsantes decían que los documentos de Rodó pertenecen a la Biblioteca Nacional, es a él a quien pertenecen porque los

la argumentación, errado. Tiene el mal gusto de citar viejos elogios de Rodríguez Monegal, que lo ataca más pesadamente cada viernes con una sencilla razón: Ibáñez cierra el archivo al trabajo de otros. Rodríguez Monegal firmó la primera nota el 24 de febrero, y “La última palabra” el 4 de mayo de 1956. Ibáñez, con una furia que le hacía perder el control del ego y la sintaxis, redactó una defensa que presentó en público en el Ateneo, como señala *Marcha* en la edición posterior a ese episodio que despierta piedad. Se conserva el boceto de nueve puntos que el director del INIAL escribió para su defensa: pasa de “Qué es el Instituto” a hablar de la ley que lo creó, cómo nació (“El Archivo de Rodó y el Archivo de Herrera y Reissig”), cómo y para qué trabaja, “la supuesta denuncia”, “equivocos y fantasías”, “el solo aserto que pudo rectificar el cronista”, “conclusiones”.

ha ordenado y clasificado, y quienes pretendían ahora aprovecharse de ellos eran usurpadores.

La psicología no ha estudiado, que se conozca, las patologías asociadas a la investigación de archivo. Por lo general se acusan grandes montos de neurosis y propensión psicótica en la forma común de paranoia, megalomanía, depresión, cleptomanía. Derrida encuentra en el archivo (el poder, la posesión, la retención e interpretación de sus piezas) la idea del *inconsciente*, “el inconsciente mismo”, tal vez por la profundidad, el misterio abismal y proteico, la lógica no secuencial del tiempo, la energía propia de la voz que habla y la línea de flotación onírica de su sentido. Reprimir-suprimir-desplazar suelen ser formas voluntarias de control de una conciencia alerta, que siempre se verá absorbida –así consiga la mayor vigilia– por esa dimensión superior, opaca, oscura, siempre abierta al *presupuesto de azar*.

Como se dice más arriba, los resultados que muestra el INIAL como centro de investigaciones son escasos. En la semana del 28 de diciembre de 1955 al 5 de enero de 1956, en ese tiempo breve que sirvió para una queja en las páginas literarias de *Marcha*, Ibáñez presenta en el salón de actos del Solís la exposición de manuscritos y documentos de Zorrilla de San Martín con el mismo criterio que había usado con Rodó. Otra vez el Estado hace gala de una gloria nacional, aceptada sin restricciones, e Ibáñez aparece como el mejor conservador del tesoro literario del país. Algunos manuscritos de Zorrilla, como de otros escritores que Arturo Scarone se encargó de catalogar, pertenecían a la Biblioteca Nacional antes de que se instalara a su lado la institución satelital de Ibáñez. Cuando el lugar de los manuscritos se tense, la Biblioteca reclamará lo que le pertenece e Ibáñez afirmará que la única manera de mantener vivo el papel es leer, releer y clasificar aplicando un modelo de ciencia a lo que de otro modo es una mera masa con riesgo de arder. En el caso de Zorrilla, lo que había hecho el INIAL había sido iniciar y continuar la “restauración” del archivo, oculto (a falta de investigadores) en la Biblioteca Nacional. El trabajo consistía en la busca de quienes tuvieran manuscritos. Prueba del funcionamiento pleno, los agradecimientos que Ibáñez despachó por correo son varios, entre ellos a la viuda del escritor Guzmán Papini y Zas, quien le había prestado la primera lección de *La leyenda patria* (mayo de 1879), y mucho tiempo después reclamó formalmente al INIAL que se le devolviera el manuscrito.

En el caso de Zorrilla la investigación vuelve a describir minuciosamente cada documento seleccionado para aclarar aspectos literarios y biográficos. Otra vez se interesa por hacer ver la escritura en proceso y el ejemplo es *Tabaré*. En las vitrinas se observan “las vacilaciones del poeta sobre la cronología intrínseca del asunto, los movimientos de la trama y del texto, la dedicatoria primitiva y los subtítulos proyectados, algunas de las

fuentes consultadas, ciertos desarrollos tentados y luego preteridos, el uso previo –aunque circunstancial– de la prosa, etc.”. Sigue la descripción de una iconografía que establece linajes, fechas, nombres. En un trabajo que dice haber apresurado, Ibáñez no esquivo la descripción técnica para entrar en análisis pues *Originales y documentos de Juan Zorrilla de San Martín* es un índice en el que, de cualquier manera, se permite comparar textos, registrar la marcha y la contramarcha de la escritura, todo lo describable de la condición material de un manuscrito (indica variantes y relaciones –incluso las mínimas– de alcance poético). Dos párrafos de *Originales y documentos de Juan Zorrilla de San Martín*:

65. *Tabaré* - FASES DE LA COMPOSICIÓN. Borrador con versos ulteriormente corregidos e incorporados a la Introducción.

En la parte inferior unas líneas en prosa: “En un vergel... descansaba la raza charrúa que a los primeros ataques mató a Solís e hizo prisionera el cacique X a una mujer: la trajo la mano de Dios [...]”. Como se ve, Zorrilla en un comienzo proyectó ligar la acción del poema al desembarco y muerte de Solís (1516).

76. *Tabaré* - Borrador con títulos y subtítulos del poema y el texto de una dedicatoria a Bécquer.

[...] La dedicatoria, con que el poeta proyectó por un instante saldar conocidas deudas literarias, ofrece dos redacciones: “A la memoria del / desgraciado poeta sevillano / Gustavo A. Bécquer” – “A la memoria del infortunado / ingenio sevillano Gustavo A. Bécquer”.

Por momentos Ibáñez se despliega en dos: es ese texto de registro de fuente, humorístico en esta pieza sobre Bécquer, y es el hombre en calidad señorial de poeta y profesor que aligera al otro. Hay actitudes que deterioran momentos, y actitudes que, difíciles de percibir en lo inmediato, conforman episodios indefinidos que a fin de cuentas lo cruzan todo. El inicio de 1956 es inmejorable para llevar la figura de Ibáñez por la alfombrilla. Recibe el beneplácito de Montero Bustamante, el “índice crítico” aquí citado se considera “obra indispensable” para estudiar a Zorrilla, viene de otros reconocimientos a su labor y en enero es entrevistado admirativamente por *El Plata*, en una nota de las más interesantes, una entrevista en la que da a conocer sus concepciones literarias y sus fórmulas de trabajo. Dice observar los manuscritos, señalar variantes, anotar “progresiones” e incluso lo que el escritor modifica en sus propios trabajos antes y después de publicarlos. “Se repasan además los diarios, las revistas, todas las publicaciones de la época y que tengan alguna relación con el autor. [...] Trabajamos sobre fuentes originarias como punto de partida para la Historia de la Literatura Nacional.”⁽⁵⁶⁾ Sobre la investigación que realiza el INIAL confiesa a la cronista Cora Saravia algo que no expresó, con esta soltura, en ninguna parte:

(56) En “El Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios. Una labor intelectual seria y trascendente”, *El Plata*, año XLIII, nº 14.826, Montevideo, 9 de febrero de 1956, p. 16.

Es una labor apasionante. A veces porque todo tiende a confirmar la personalidad de la figura que se estudia. A veces por el contrario, porque el material que se tiene descubre mil aspectos contradictorios en determinada personalidad. A veces, casi siempre, porque la investigación ilumina la gesta de la labor creadora, sobre la composición, sobre la búsqueda apasionada de la expresión en una verdadera conquista y agonía de la forma. [...] En suma, una tarea de investigación en la que se revelan las perplejidades, los titubeos, las incertidumbres y los aciertos del artista en su proceso de creación.

La suerte cambia con la carga de Ofelia Machado Bonet y posteriormente con las referidas acusaciones, también firmadas en la prensa, de Emir Rodríguez Monegal. Primero en *El País* y luego en *Acción*, en los primeros días de enero la profesora Machado Bonet pone a rodar una piedra al comentar “la injusticia del fallo” del Consejo de Educación Secundaria, al que inicia un pleito por no fundar el cargo de inspector nacional que favorecía a Roberto Ibáñez, “quien jamás demostró competencia”, quien en su opinión carecía de “méritos demostrables”. Creyendo que la mejor defensa era improvisar un currículo lleno de elogios, al otro día Ibáñez había respondido a Machado Bonet, que reaparece en el diario a contestar a Ibáñez. A la altura en que el enjuiciamiento pesaba, Ibáñez en extenso la ataca notablemente, haciendo ver la pobreza, en todos los niveles, de los trabajos que ella cuantificaba como “méritos”. Al verse acusada de plagio (Ibáñez habló del uso “callado”, “secreto” de libros de crítica), el asunto pasó de litigio administrativo a intercambio con severos niveles de dramatismo y acabó, para Ofelia Machado Bonet, en los costos de imprenta del librito *Atribuciones sobre plagios y errores*, que fue un éxito comercial. En la impresión del 22 de febrero de 1956, en los Talleres Gráficos Goes según el colofón, la autora indica: “Agotada en menos de diez días la primera edición (1.000 ejemplares) de este folleto, y ante la insistente solicitud de muchas personas interesadas en el problema expuesto, autoricé esta segunda edición”.

La angustia es tal que la señora Machado, perturbada, furiosa en su asalto contra Ibáñez, pasa de exponer una defensa de criterios burocráticos —que a su entender debían regir un concurso— a insultar con saña, y a veces con un poco de arte, al más poderoso de los profesores de entonces, “el Gran Inquisidor”, el hombre de “asombrosa falta de agilidad mental”, alguien que “estudia una por una las palabras del Diccionario de la Real Academia para ser un intachable purista”. Revisar la edición de Ofelia Machado (que suprimió las caudalosas y exquisitas críticas de Ibáñez) es útil para seguir el tremendo voltaje de los candidatos a inspectores de literatura. Fuera del concurso de méritos por un cargo, lo interesante es encontrar en la herida de la profesora Machado una imagen de Ibáñez poco propicia, que desde entonces otros expresarían con similares tintes de aversión. *Atribuciones sobre plagios y errores* lleva un epígrafe atribuido a Ibsen, primera nota

de la violencia que viene a renglón seguido: “O la mentira o yo. Uno de los dos tiene que morir”. Ibáñez, quien en 1952 ya vigilaba a su colega utilizando el trabajo de sus colaboradores,⁽⁵⁷⁾ no podía saber el golpe de hierro, humillante, que le sería dado tras su acusación de plagio, que recibió de vuelta: la profesora Machado Bonet refiere a “la lista de coincidencias entre poemas de García Lorca y poemas de Ibáñez y otras entre sonetos de Roberto y Sara de Ibáñez” (51), algo que hasta hoy se arrastra como un mito (Roberto copiaba a Sara). Muchas expresiones que forman parte de la memoria negra de Ibáñez en el campo literario parecen devenir de las expresiones de Ofelia Machado, quien, como antagonista, fue la voz de muchos que habrán festejado el espectáculo de las estocadas. El punto extremo de la rencilla, ya odiosa, es la alusión a los poemas de Ibáñez: “darán material harto suficiente para esa diversión [la “burda sátira”] y muy bien lo saben todos, incluso, él mismo” (19). “El enfermizo sentimiento secreto de la propia inferioridad, se transforma, a veces, en la voracidad de miserias ajenas; y cuando no las halla, el alucinado las crea. Llamo la atención sobre las garantías que ofrece como guardián de manuscritos en el Instituto de Investigaciones Literarias” (20). Administrando archivos públicos, Ibáñez es “el Dictador”. El nomenclátor de Montevideo actualmente reconcilia, en barrios humildes, a los contendientes: una calle de Nuevo París lleva el nombre Ofelia Machado Bonet, y entre Jardines del Hipódromo y Piedras Blancas (lejos de Sara, que está en Carrasco) existe una torcida calle de 400 metros llamada Prof. Roberto Ibáñez.

El destrozo de la señora Machado Bonet tuvo, en aquellos días, consecuencias políticas: *La Mañana* y *El Diario* del 23 de enero de 1956 informan que la Cámara de Diputados solicita informes, a través del legislador Enrique Erro, al Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública a fin de revisar el caso que ponía a Ibáñez en tela de juicio. Si algo faltaba a esa altura era una denuncia de Rodríguez Monegal, en la que no se siente limitado al condenar la conducta del profesor que dirigía al INIAL y del que había recibido algunas instrucciones de manuscritología. Desde esta polémica en *Marcha* son muchos factores los que trabajan para la postergación y el olvido de Roberto Ibáñez. La aparición espectacular en la prensa, sus aclaraciones y su argumentación, sus modos de ataque, eran otra vez la peor manera de protegerse: un científico, un profesor de recia tabla moral, un crítico correcto en su porte y de medida como los del 18, un poeta que admiraba a Arquíloco de Paros (aquel cuya palabra era capaz de provocar el suicidio de

(57) “Comparé la transcripción de dichos manuscritos [del archivo Delmira Agustini] con la obra *Delmira Agustini* de Ofelia M. de Benvenuto, haciendo las anotaciones correspondientes”, dice un informe de Myriam Otero al director del INIAL (3 de enero de 1952).

un afectado), perdía los fueros por sus propios méritos. Aunque el reportaje de *El Plata* lo enalteciera, no tenía el eco de *Marcha*, de las páginas más leídas por la intelectualidad y desde donde Ibáñez pudo ser vigilado por las jerarquías políticas que estaban sobre el INIAL, y por la comunidad literaria y de investigadores de documentos históricos, en la que despuntaba Pivel Devoto. El director del Museo Histórico Nacional y colaborador, desde la primera época, del semanario de Carlos Quijano, no perdía tiempo en discusiones triviales y continuaba la publicación por entregas de sus estudios sobre Artigas. Intelectual de vocación archivócrata, coleccionista y formador de investigadores, reconocido públicamente (por Rodríguez Monegal y Pascale) como el modelo de generosidad para dispensar el material que custodiaba, Pivel era el contrapeso de Ibáñez, el detective con lupa y pipa, con traje inglés y apariencia de Sherlock Holmes (así lo caricaturizó Centurión) quien en otras fuentes documentales y manuscritos componía otra historia nacional.⁽⁵⁸⁾

(58) “Juan E. Pivel Devoto es, fuera de toda duda, nuestro más considerable, acatado y prestigioso historiador vivo. En cuatro macizas décadas de labor, ha rehecho virtualmente, tanto con su producción escrita como desde sus funciones de director de la magnífica *Revista Histórica*, de editor de fuentes documentales, de restaurador, de promotor del trabajo investigativo, de custodio del patrimonio histórico común, la imagen de nuestro pasado. [...] Y nada más decimos de esta personalidad uruguaya, porque el eventual lector, lo mismo que el que esto escribe, habrá opuesto una excepción perentoria a esta inclusión de Pivel en el cuadro de los precursores. Es un actor capital y beligerante –vaya que sí– de nuestra escena historiográfica.” Son palabras de Carlos Real de Azúa en el recuadro “Los precursores”, del fascículo *El Uruguay como reflexión (II)* de la enciclopedia *Capítulo Oriental*. Si Real de Azúa hubiese puesto en el texto el nombre de Roberto Ibáñez en lugar de Juan E. Pivel Devoto, no se habría excedido con alguien que en 1969, cuando se publicó el fascículo, llevaba por lo menos tres décadas de labor maciza. Divide a Ibáñez su producción escasa frente a los libros de Pivel Devoto, clásicos en aquella época, el celo y el control de los archivos, la militancia socialista de uno y el perfil de partidista blanco del otro. En la página de *Literatura uruguaya del medio siglo* (Montevideo: Alfa, 1966), que antecede a aquella en la que presenta a Ibáñez, Rodríguez Monegal dice que Pivel Devoto “ha renovado con los documentos en la mano la historia oficial (colorada) y ha entroncado nuestra historiografía en una gran corriente revisionista de raíz americana”. A continuación, entre los “críticos sobre todo eruditos”, “Roberto Ibáñez (1907) que funda la inquisición de los documentos y crea el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios [...]. La obra impresa de Ibáñez es pequeña y reticente, pero su magisterio oral fue grande. Lástima que un sentido muy egocéntrico del trabajo intelectual le haya impedido convertirse en director de un equipo de investigadores y que haya trivializado su dirección del mencionado Instituto al cerrar por casi quince años las puertas a otros investigadores” (370-371). Monegal también señala en Ibáñez el hecho de haberse rendido a los fastos que celebraron, famosamente en 1930, en el Palacio Legislativo, a “Juana de América”. Lo importante, sucedido unos años antes de la publicación de *Literatura uruguaya del medio siglo*, es el enfrentamiento entre Ibáñez y Pivel Devoto, cuyas consecuencias son gravísimas. Pivel (incluso antes de ser la cabeza de un ministerio que había apoyado el proyecto de Ibáñez dos décadas atrás) hundiéndose institucionalmente a su colega, al que seguía elogiando por el trabajo con los manuscritos, con los archivos literarios. Le pregunté a Pallares qué recordaba de aquella división, que comenzó a tensarse explícitamente en 1961 y así definió la historia que acaba en la caída de Ibáñez: “Tengo memoria de los sucesos propios de una colisión de la tendencia modernizadora y progresista, que representaba Ibáñez, con la otra, autoritaria y tutelar”.

La intervención de Pivel es determinante para suprimir a Ibáñez del mapa local. Aunque fuera extraordinario el trabajo con el continentalista Rodó, el conocimiento de quien levantó su archivo cruza tímidamente las fronteras más allá de los vínculos con Argentina y otros países y regiones, de sus viajes por Europa y América y por el libro de poemas que se publicó en La Habana en 1961. Es lo más común que desaparezcan los poetas, también los que creen en la eternidad, en los parnasos, en todas aquellas ilusiones de trascendencia destruidas en *Poemas y antipoemas* (1954) y *Versos de salón* (1962), de Nicanor Parra, y en *Poemas de la oficina* (1956), de Mario Benedetti, libros reconocidos como parte del “descenso poético” de la esfera celeste hacia otra parte. También es común que desaparezcan los investigadores de ciencia que establecen, con idea de progreso, la superficie ancha que hace posible los descubrimientos posteriores. En ambos casos Ibáñez –contado entre aquellos que no se ven urgidos en publicar pero sí en distinguirse, en poesía y ciencia– es ejemplar.

Élida Lois rastrea en el continente los antecedentes de lectores que analizan manuscritos y establece una nómina importante en la que no figura el nombre de Ibáñez, especializado en comparar “lecciones autógrafas”. En 1942 ya palpaba los papeles de Rodó y en 1946 se había lanzado a la aventura de sostener una conferencia con una argumentación poética, pro Herrera y Reissig, basada en un borrador. Por supuesto que la aproximación a las fuentes estaba instalada entre quienes tenían vocación por historiar, pero es novedoso que alguien haga de un manuscrito literario el origen válido del conocimiento literario. En el capítulo “La crítica genética en la Argentina y en Latinoamérica”, Lois da a conocer la historia sucinta de Carlos Alberto Leumann, un intelectual argentino que se conectó con el trabajo con manuscritos que habían hecho los franceses Antoine Albalat y los hermanos Glachant a principios del xx, con atención a la herencia germana (Lois: 48 y ss). Leumann analizó los borradores de *La vuelta de Martín Fierro* y escribió artículos que dio a *La Prensa* entre 1936 y 1945, año en que los recogió en *El poeta creador*. La finalidad metodológica que el argentino aplicó a José Hernández es igual a la que propuso, en los años cuarenta, Ibáñez respecto a Rodó: “puede resumirse en esta regla: registrar meticulosamente todas las enmiendas para mostrar la existencia de un camino hacia la perfección” (Lois: 49). Si se trata de la inspección de archivos, en 1940 el argentino Alberto Ghirardo, escritor y político radicado en Chile, conocido anarquista, visitante del altílo de la casa de Julio Herrera y Reissig, interesado en Rodó (a quien le firma un libro), publica en Santiago la primera edición de *El archivo de Rubén Darío*, un libro que puede encontrarse en mercados de Internet a un precio que indica su módica fortuna. Aunque el estilo llano, orgulloso del adjetivo, no contribuyera a hacer notar el valor de este traba-

jo, a Ghiraldo se debe la apertura de un archivo a conciencia de que “una época literaria revive en esta documentación curiosa, e importantísima”. Ghiraldo ordena la publicación de una buena muestra de cartas dirigidas a Darío. Reserva un apéndice del libro para los facsimilares de autógrafos de Bartolomé Mitre, Jacinto Benavente, Max Nordau, Darío Niccodemi, Paul Fort, Laurent Tailhade, F. T. Marinetti, Juan Valera y otros que por lo general no van más allá del saludo cordial al poeta. De todos modos Ghiraldo valora la preciosidad material de la letra y, más allá de que su manera de anotar las cartas y de hacer la edición sea acientífica, “calafateable” (así dirá Ibáñez), se preocupa por dar a los lectores el lado de la escritura que tiende a permanecer en reserva. En 1943 la editorial Losada hace una segunda edición de *El archivo de Rubén Darío* en 508 páginas que realzan la imagen de la serie final de facsimilares.

Ibáñez estaba al día, y décadas después, ya expulsado de la órbita del Estado, cuando edite la primera parte de *Papeles desconocidos de Rubén Darío*, hará memoria de Ghiraldo, a quien pudo haber conocido en el viaje a Chile de 1939.⁽⁵⁹⁾ Otro tipo de trabajo es el que hace Amado Alonso en Buenos Aires, a quien Ibáñez tuvo como referencia.⁽⁶⁰⁾ En 1939 Alonso había fundado la *Revista de Filología Hispánica*. Si bien los enfoques de los estudios son puramente lingüísticos, a veces de actualización teórica (se traduce a Karl Vossler, Georges Santayana, Dilthey, Jung, Leo Spitzer), en Buenos Aires se concentran los principales aportes a la estilística. “Rigurosa experiencia”, incitación a sondeos “profundos y originales”, “precisión más que científica”, dice Raimundo Lida en la “Advertencia” de *Materia y forma* de Alonso, de 1955. Secretario de redacción de la *Revista de Filología*

(59) Ibáñez, Roberto (recopilación y prólogo), *Páginas desconocidas de Rubén Darío*, Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1970.

(60) El perfil dice algo: “La vida de Amado Alonso es inseparable del Instituto de Filología de Buenos Aires, al frente del cual permaneció casi veinte años. Este instituto, hoy llamado ‘Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso’, fue creado en junio del año 1923 por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, siendo Amado Alonso su quinto director. [...] En el Instituto se fue formando un gran grupo de colaboradores, toda una escuela. Con ese equipo de investigadores y con la extraordinaria capacidad de trabajo de Amado Alonso se fueron publicando obras fundamentales: se continúa con los números correspondientes al *Boletín* y a los *Cuadernos*; se planea la creación de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, creada en 1930. [...] se hacen traducciones de importantes obras de estilística. Todo esto, junto a la creación de una revista especializada, nos da cuenta de la labor desarrollada por aquellos años en el Instituto. Fue en el año 1939, al terminar la guerra civil española, cuando Amado Alonso funda en Buenos Aires la *Revista de Filología Hispánica*, con la colaboración del Hispanic Institute in the United States. Esta revista, de la que se llegaron a publicar ocho volúmenes, se suspendió a raíz de la partida de Amado Alonso hacia la Universidad Harvard en 1946, pero durante el tiempo de su existencia fue una de las mejores revistas del hispanismo. Después de su salida de Buenos Aires se van también muchos de sus colaboradores y discípulos, y en 1947 Raimundo Lida, que es acogido en el Colegio de México, inicia la publicación de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* con el mismo espíritu que la anterior y con Amado Alonso como director y colaborador principal”, en <http://www.f-amadoalonso.com/biografia/biografia.html>

Hispánica, vinculado al Instituto de Estudios Germánicos de Buenos Aires, Lida acaba conectándose en el exilio de México con Alfonso Reyes, que había elogiado a Ibáñez como poeta y al INIAL como instituto de investigaciones. Ninguno de estos movimientos (Reyes y el padre de Reyes habían sido un foco de irradiación rodoniana) son ajenos a Ibáñez. Él mismo, al igual que Lida en esos años, colabora con *Cuadernos Americanos*; y la editorial Fondo de Cultura Económica, por nexos no establecidos hasta ahora, le ofrece a Ibáñez un trabajo que anuncia en la prensa, aunque quizá no le correspondiera hacerlo, Rodríguez Monegal, enterado de cuanto sucediera en los escondrijos de la vida literaria.⁽⁶¹⁾ No es impensable que le ofrecieran una edición de Rodó, una obra de biocrítica que iba a interesar a quienes tuvieran una visión continental del pensamiento y de la lengua. El proyecto quedó por el camino y pudo originarse en una petición del propio Raimundo Lida, que fundó la colección de Lengua y Estudios Literarios de la editorial mexicana.

Cuando a principio de los cuarenta Ibáñez toma contacto con los papeles de Rodó, en Buenos Aires sucede un hecho importante, de mayor dimensión que el humilde aporte de Ghiraldo. Alonso hace una edición del *Fausto* de Estanislao del Campo a la que agrega el estudio parcial “El manuscrito del *Fausto* en la Colección Mariano Leguizamón”. Es una excepción y un hecho original. Reconocido entre los más serios exponentes de disciplinas asociadas a la palabra, la lengua y la literatura, toma como objeto la escritura previa a la imprenta.⁽⁶²⁾ Amado Alonso se había formado en la escuela de Ramón Menéndez Pidal, en España, “que había combinado el rigor descriptivo de los neogramáticos con la consideración del lenguaje como un fenómeno inseparable de los procesos sociales y culturales” (Lois: 50), había fundado la *Revista de Filología Española*, dedicada a estudios e investigación científica e histórica, y, para lo que convoca a este largo panorama, había distinguido al INIAL. Aquel análisis que Alonso hizo del

(61) También menciona una oferta de Losada, hecha en los cuarenta. La editorial radicada en Buenos Aires había publicado las obras de Herrera y Reissig en la discutida edición de Guillermo de Torre, y tenía en su catálogo de poesía a Sara de Ibáñez y a Emilio Frugoni, prologado en el 42 por Roberto Ibáñez. La fuente de Rodríguez Monegal puede ser Ofelia Machado: “En su carta publicada en el mismo diario el 3 del corriente [*El País*, enero de 1956], dice [Ibáñez]: ‘La Impresora Uruguaya está por lanzar dos nuevos libros míos’ y ‘Fondo de Cultura de México publicará cuatro según contrato reciente’. ¿Se anima alguien a esperarlos? [...] ¡Para qué continuar! La lista es extensa, pero basta por hoy”, en *Atribuciones sobre plagios y errores*, p. 50.

(62) Cuando Lauro Ayestarán publica una edición facsimilar de la tempranísima versión del *Fausto*, que apareció como folletín en el diario *El Siglo*, de Montevideo, el 10 y 11 de octubre de 1866, anota en el texto de entrada: “El proceso de creación del *Fausto* de Estanislao del Campo ha sido estudiado con penetrante claridad en los prólogos de dos ediciones ejemplares de esta obra tiradas recientemente en Buenos Aires”. Refiere a la tercera edición del *Fausto* con el estudio del manuscrito por Amado Alonso (Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1951) y al facsímil de la primera edición y estudio de Ernesto Mario Barreda (Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 1950). Ayestarán, Lauro, “La primera edición uruguaya del *Fausto* de Estanislao del Campo”, en *Revista Iberoamericana de Literatura*, año I, n° 1, Montevideo, agosto 1959, pp. 9-20.

Fausto “marca la distancia que va desde un estudio que manipula el material de génesis a otro que lo interpreta”. Ibáñez también percibía la dinámica del fenómeno literario y puede ser considerado un precursor de la genética latinoamericana y un teórico de la clasificación archivística, aunque por escrito no haya dejado más que lo suficiente.

Cuando la UNESCO propuso su Programa Archivos, colección editorial que aspiró a instaurar “un modelo abarcador que dé cuenta del proceso de producción de sentido de un texto” (Lois: 51), no es casual que entre quienes aparecían al frente de las ediciones de uruguayos hubiera nombres cercanos a Ibáñez, como el de Jorge Ruffinelli, y de investigadores formados en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional (Wilfredo Penco, Napoleón Baccino), que había recibido la herencia del INIAL. A mediados de los cuarenta nadie podía imaginar que un día de 1984 llegaría como novedad la prédica política de la UNESCO a través de la Association Archives de la Littérature Latino-Américaine, des Caraïbes et Africaine sur XX Siècle, encabezada por Amos Segala, con el posterior desembarco de la “sensibilización” técnica para el tratamiento de manuscritos.⁽⁶³⁾

VII

Cuando en 1956 estaba resentida (por el vapuleo sobre todo en *Marcha*) la imagen pública de Ibáñez, el INIAL vive el mejor período de producción, una vez que el orden, la cohesión orgánica de los archivos primigenios –a los que se sumaban donaciones desbordantes– se estabiliza. Ibáñez es un catedrático universitario, había entrado en la institución que pretendió poseer los archivos y en ese ámbito de autonomía parece libre. En el Estado todo es cíclico y perseguido y conduce al fracaso. A principio de la década Ibáñez perdió una aspiración que correspondía a los fines por los cuales el INIAL fue creado: la edición de obras fundamentales en la cultura del país. A cuenta de ello escribe al ministro Secco Ellauri (el 10 de julio de 1950) quejándose por una decisión política que lo dejaba fuera de la literatura oficial. La respuesta del ministerio no fue hallada. La creación de Clásicos Uruguayos, de la Biblioteca Artigas, pertenece al profesor Pivel Devoto, director de la colección, quien tenía como divisa tres palabras: “el poder divide”. Qué hubiese sido si Ibáñez hubiera dirigido esa serie oficial es algo que no puede saberse. Aceptó hacer un prólogo, todavía bien reconocido

(63) El número 2 de la revista *Archivos de la Biblioteca Nacional*, de 1988, recoge aspectos del desarrollo y el documento final del coloquio “Salvavarda de la memoria escrita de los siglos XIX y XX”, que había tenido lugar en París (28 y 29 de septiembre de 1987). Lo antecede un texto liminar de Léopold Sédar Senghor, por entonces presidente del Consejo Internacional de la Asociación, de sigla ALLCA S. XX.

entre los críticos, para *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz, y no volvió a argumentar el error del Estado al no darle el control editorial de la colección canónica de la literatura uruguaya.⁽⁶⁴⁾

En 1950 también se hundieron las intenciones de hacer una edición facsimilar de *Ariel*, en homenaje a Rodó por el cincuentenario de la obra. Cae otra vez “Imagen documental de José Enrique Rodó”, el libro que había suspendido por el viaje a Europa, y se pierde el ciclo de conferencias que tenía programado con una selección de personalidades notables. También queda por el camino la “doble antología oral de nuestros más importantes escritores” (para la que reservó la permanencia de Raúl Montero Bustamante, Emilio Frugoni, Carlos Sabat Ercastry, Juana de Ibarbourou, Carlos Vaz Ferreira y Álvaro Armando Vasseur), una propuesta informada en *La Mañana* el 5 de julio de 1950. Esta idea da lugar a una fricción con el ensayista José Pereira Rodríguez, cuya “Antología oral del Uruguay” había sido aprobada por el SODRE en 1944. Esta vez es acusado él mismo, muy entrelíneas, de ignorante (algo que le pesaría como una desgracia) y de plagiarlo (ídem). Ibáñez confronta a Pereira Rodríguez y le quita la razón: la idea no le pertenece, “cabría extender sin duda la lista de antecedentes, copiosísimos, por otra parte en Europa”. Otra vez pierde por aquello que Leumann decía de Poe: “en las polémicas su ironía es vulgar, nerviosa, a veces pueril” (200). Lo que hace es llevar el cuello a la hoja de la guillotina. Si habla de “dactiloscopia de fantasmas” (que viene a decir en este contexto que Pereira exagera al perseguirse por la autoría de la “antología oral”), el otro le habla del fantasma del castillo de Kronborg, que revela una verdad que iba a ignorarse, e Ibáñez responde bien aunque todo se vuelve un insólito despropósito en el que hay que mostrar que se leyó *Hamlet* con rigor. Pereira Rodríguez le señala errores al investigador y deja claro que sabe de qué habla: si había mérito en citar un título y una fecha, refiere con exactitud al proyecto francés “Anthologie des poètes dits par eux-mêmes”, realizado en 1945 por la fonoteca que fundó Ferdinand Brunot en 1912.

Tras estos episodios desfavorables, Ibáñez se repliega en el archivo y comienza la preparación de trabajos, pocos y sugerentes, que va a editar en un formato que se hacía en Francia en esos mismos años: libros con reproducciones de fotos, documentos, manuscritos, ediciones príncipe, dedicatorias. Empieza a explorar los lados más privados del archivo, aquellos relacionados con el “documento íntimo” del escritor, todo lo sumido en los rastros biográficos y autobiográficos que era lo que más le interesaba y tendía a encubrir. Antes de Ibáñez no hay evidencias, en los estudios de la literatura de Uruguay, de la manía, el capricho histórico de crudo materia-

(64) Cómo administró Ibáñez los archivos que custodiaba en el INIAL, cuando correspondía y durante la preparación de obras clave de la Biblioteca Artigas, excede esta pesquisa.

lismo positivista que se encarga del cúmulo imponente de materiales biográficos y bibliográficos a través de una labor de detalles puestos en fichas. Sarnetzki, crítico con la escuela de Scherer, habla del “afán infecundo de coleccionar fichas y su incapacidad para acercarse a la obra de arte con el respeto necesario” (488). Más cercano, Real de Azúa refiere la existencia de “toda una corriente de negación de la fuente”: “puede decirse que la posición moderna es relativista y un poco escéptica con respecto a esta pesquisa de los antecedentes literarios de una obra, porque se piensa que por un lado no produce demasiados resultados, ni paga el esfuerzo que la investigación implica”.⁽⁶⁵⁾

La investigación que despliega el INIAL va a retirarse lentamente del texto, para hacer énfasis en los contextos. Camino de hacer la historia de la literatura se somete a separarse de la poética, la estética y la estilística. De cualquier manera no cae en ninguna llaneza de lo biográfico, compone para los canonizados (o trata de componer) una psicobiografía, aquella “captación filosófico-vital de una personalidad nacida en el seno mismo de su pensamiento y de sus métodos creadores” (Schultz: 13). Arturo Sergio Visca, formado en el INIAL en los cincuenta, es el principal discípulo de Ibáñez y un eslabón institucional que hará defensa de una visión intelectual sostenida en un esfuerzo “rigurosamente objetivo en el plano de la crítica y de la historia literaria”, una dedicación estricta que “puede corregir muchos prejuicios o errores y valer, además, como base de más dilatados estudios”, según Ibáñez en el “Índice crítico” de Zorrilla. Visca publica la *Correspondencia entre Zorrilla de San Martín y Unamuno*, en 1955, y la primera parte de una selección de cartas de Horacio Quiroga, en 1959. En Francia está en auge la edición en un formato que hará el INIAL: edición, prólogo y notas de un investigador que orienta su trabajo hacia aspectos biográficos y análisis de escrituras privadas.⁽⁶⁶⁾ Al

(65) El comentario tiene una segunda parte, una reflexión a párrafo seguido: “La *objeción fundamental* (estamos en el conocimiento desde afuera, en oposición al conocimiento immanente) es que [el trabajo con la fuente] *descuida el aspecto fundamental de la realidad literaria misma, que es la elaboración que el poeta le imprime a esos elementos, y despreciaría lo que es específicamente literario, lo creativo, ya que lo que pueda ser fuente literaria, también puede ser fuente vital*”. Real de Azúa, Carlos, *Curso de estética literaria*. Montevideo: Dirección de Formación y Perfeccionamiento Docente, 1998, p. 118. También en http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/cursoesteticaliteraria.pdf

(66) En el año que Visca trabaja con Quiroga, Henri Mondor recupera y publica correspondencia de juventud de Mallarmé, “*le premier âge, cette tête mystérieuse avait formé les moyens d’un art universal*”. “*Notre travail a consisté à recueillir, regrouper, classer la Correspondance de la période de sa vie que Mallarmé, vingt ans après, dans son autobiographie pour Verlaine...*”. Los propósitos son los mismos que hubiera expresado, en ese tiempo, Ibáñez: “*Tel quel, nous espérons que le volume d’aujourd’hui ne sera pas inutile. Si la lecture suivie, l’étude de ces textes fondamentaux, quelques-uns déjà célèbres, faciliteraient l’accès des amateurs de poésie à l’œuvre et à l’attachante personne de l’auteur, nous en serions infiniment heureux. L’originalité, l’exquise subtilité des écrits de cet écrivain se défendent, en général, contre la hâte*

empeño de Visca se debe la atención al poema “Lo inefable”, de Delmira Agustini, del que presenta una observación sobre diferentes versiones (un trabajo no muy acabado, entre los primeros de genética en Uruguay, o por lo menos de variantística) y se aproxima a lo que Ibáñez pudo hacer si hubiera dejado la clasificación de archivos y la división milimétrica de todos los papeles.⁽⁶⁷⁾ Tras el fin del Instituto, en 1965, por las decisiones y movimientos discretos de Pivel Devoto, ministro de Instrucción Pública con autoridad directa (y nunca antes aplicada) sobre el Departamento de Investigaciones, es Visca quien continúa el programa de Ibáñez en épocas que ya eran negras para Uruguay. Con fallas, falencias, incluso timidez y escaso esfuerzo intelectual, en la Biblioteca Nacional se abordan, en dis-

précipitée des interprétations, comme la distinction de ses desseins et le souvenir de ses manières devraient discréditer les ultimes persiflages”. En cuanto a la obra y la vida, Ibáñez y todo el INIAL estaban en la línea del epígrafe de Maurice Blanchot que pone Mondor para presentar la edición de Mallarmé, Stéphane, *Correspondance, 1862-1871*. París: Gallimard, 1959: “*Les écrivains les plus purs ne sont pas tout entiers dans leurs œuvres. Ils ont existé, ils ont même vécu; il faut s’y résigner. On aimerait qu’ils ne fussent rien en dehors de l’art sans lequel ils sont si souvent si peu de chose. Il serait naturel que ce qu’ils ont fait exprimât totalement ce qu’ils on été. Entièrement consummés par leurs chefs-d’œuvre, il suffirait d’ôter ce masque pour qu’ils redevinssent invisibles; hélas! ils sont loges dans l’évidence d’un théâtre et, dès leur vie même, aux prises avec un biographe futur contre lequel ils se défendent faiblement*”.

Un recorrido por la biblioteca de José Pedro Díaz, caudalosamente francesa, de las principales de la generación del 45, en fase de catalogación en la Biblioteca Nacional, da algunos resultados en cuanto a lo privado como objeto de edición: aislados en los veinte y treinta, libros con escaso rigor técnico; en los años de posguerra y en la década del 50, son numerosos y exigentes. Algunos casos hallados: *Correspondance de Paul Verlaine*, de Van Bever, es de 1922 (París: Albert Messein, Éditeur) y *Correspondance inédite du Marquis de Sade, de ses proches et de ses familiers publiée avec une introduction des annales et des notes*, de Paul Bourdin, de 1929 (París: Librairie de France). Existen ediciones críticas, que suman cronología, criterios de establecimiento del texto, bibliografía e iconografía sumaria, como las de Rousseau, J.-J., *Les Confessions. Les reveries du promeneur solitaire*, texto establecido y anotado por Pierre Gorsclaude, de 1947 (París: Les Éditions Nationales) y de Voltaire, *Romans et contes*, edición con igual criterio al libro anterior por Jean Fournier, 1948 (París: Les Éditions Nationales). Sigue la correspondencia de Max Jacob, de André Gide y Paul Claudel, de Tolstói, una lista larga. En 1948, *Correspondance complète* de Friedrich Hölderlin (París: NRF-Gallimard) tenía cuatro ediciones. Bajo un retrato de Maupassant, el manuscrito de una carta y una foto de la casa de retiro, en la que el escritor pasó el invierno de 1886, dice la tirilla: “*Le cœur saignant de Maupassant*”, en *Lettres Inédites de Guy de Maupassant a Gustave Flaubert*, publicadas por Pierre Borel (París: Éditions des Portiques, 1929). Entrar en la intimidad costaba diez francos.

(67) Del conjunto de manuscritos de Delmira, Visca escoge “Lo inefable” “por el singular interés que su estudio ofrece para ver, hasta donde es posible *ver* en lo que por su propia naturaleza queda siempre circuido de misterio, el proceso creador”. Busca hallar “la idea de *lo inefable*” en las variantes del poema. El objeto del artículo revela algo que no merece el menor análisis: “cómo el estado emocional generador de la primera versión fue distinto del expresado en la última”. En *Revista de la Biblioteca Nacional*, n° 9. Montevideo, julio de 1975, pp. 9-15. El artículo se reedita en el libro *Correspondencia íntima de Delmira Agustini y tres versiones de “Lo inefable”*. Montevideo: Biblioteca Nacional, 1978. Allí dice que procura, a partir de documentos, “fijar una imagen” de Delmira Agustini “más real” de las que se habían esbozado hasta esa fecha. “Entiendo que no es irreverencia entrar en la intimidad de un creador. Esa intimidad, sin lugar a dudas, arroja luz sobre su obra, la ilumina y la hace comprender mejor.”

tintos momentos, las fases de escritura-texto-lectura: estudio de variantes y del proceso de creación aplicado a manuscritos; teorías sobre el texto que se volverán rígidas y repetidas (como la semiótica); lecturas de recepción, que introdujo Héctor Galmés.

Antes de ser barrido, Ibáñez publica el número 1 de la revista *Fuentes*, un punto importante por todo cuanto dispensa en su trayectoria y en la del INIAL. Programaba continuar la publicación en volúmenes de 400 páginas con periodicidad trimestral, pero todo queda por el camino, al igual que la “Iconografía de Zorrilla de San Martín” (preparada por Ibáñez y para la que estaban hechos casi todos los clisés), la edición en facísimil de los manuscritos originales de *Ariel* (igual que el libro anterior), el “Epistolario de Acevedo Díaz” (con prólogo y notas de Francisco Espínola), el tercer volumen de las cartas de Horacio Quiroga (con prólogos y notas de César Tiempo, Visca y otros) y el “Diario de viaje de Rodó” (prólogo y notas de Roberto Ibáñez). Sumar lo que planeó y no hizo, citar lo que no escribió, es una manera de valorarlo. También se dedica a la poesía pero es reacio en darla a conocer. Alcides Giraldi, que se había formado con Ibáñez y Francisco Espínola entre otros, insiste en que un poemario inédito fuera al concurso de Casa de las Américas de La Habana.⁽⁶⁸⁾ El libro recibe el premio y la salida de Ibáñez hacia Cuba le trae, de regreso, una serie de conflictos que poco disimularon tensiones personales y políticas.

En cuanto a lo literario, solo en 1961 un texto como *La frontera* pudo recibir un galardón de Casa de las Américas; los tiempos inmediatos serán, para la literatura latinoamericana, de renovación, y La Habana encumbrará la poesía de Mario Trejo, Enrique Lihn, Antonio Cisneros. El miembro del jurado Luis Cardoza y Aragón (los otros fueron José Lezama Lima y Elvio Romero) confesó con los años que habían llegado a sus manos “centenares de libros de versos vacíos y gritones contra el imperialismo y contra el imperialismo y contra el burgués. [...] Era una necia retórica manoseadísima. No creíamos conveniente para el novel concurso declarar desierto el premio de poesía o premiar basura. Por unanimidad premiamos un buen libro de sonetos de amor que resultó ser de Roberto Ibáñez”.⁽⁶⁹⁾ El mérito de poeta fue reconocido por la negativa: no se estaba ante un “gritón” ni un “necio”, sino ante los sonetos y las décimas de un descendiente de lo que Guido Castillo —en la página de loa que prologa la edición mexicana de *La Frontera y otras moradas*, de 1966— entiende por *bella scola*. Cuando escriba “Tu nombre, Che”, publicado en *Poesía rebelde uruguayo 1967-1971*, de la Biblioteca

(68) Norah Giraldi cree que es probable que Alcides Giraldi, su padre, haya llevado el sobre al correo para despacharlo a Cuba, pues muchas veces se ocupó, en diferentes momentos de la vida de Roberto y Sara de Ibáñez, de asuntos administrativos para ellos.

(69) En “Otto René Castillo”, firmado por Cardoza y Aragón. Publicado en <http://ottorenecastillo.org/Cardoza.html>

de Marcha, Ibáñez tampoco corromperá su equilibrio formal. De haber sido Alberto Zum Felde miembro del jurado de la segunda edición del concurso de Casa de las Américas, habría dado el premio por la misma molestia que confesó Cardoza. En *Proceso intelectual del Uruguay*, dice Zum Felde: “La singularidad de Ibáñez, en el panorama de la poesía actual [1967], es mantener las formas tradicionales del verso, infundiendo en ellas el espíritu de su propio tiempo. Las formas –metro, rima, etc.– son sometidas a una elaboración ardua de condensación y exactitud, para infundirles una especie de hermetismo casi lapidario; y, sin embargo, viviente”.⁽⁷⁰⁾ Ibáñez tenía un conocimiento de la poesía que para escribir poemas tiende a ser inútil. Algunos de la generación del 45, Idea Vilariño de manera notable, estudiaron y mantuvieron trato constante con las designaciones de la métrica y la versificación. En generaciones posteriores todo tecnicismo decayó y entre poetas llegó a desaparecer. Cada vez son menos los que saben lo mínimo: qué significa, por ejemplo, “escandir”. En cuanto a lo “hermético” que señaló Zum Felde, se apoya (sabiéndolo o no) en una síntesis que Supervielle verbalizó en La Sorbona: “Queda en las fronteras del hermetismo sin jamás traspasarlas”.

El Ministerio de Instrucción Pública, ajeno a la valoración de la poesía, persigue a Ibáñez por haberse ausentado del INIAL sin solicitud de licencia. Tenía el tiempo contado desde 1956 y la falta de notificación a la autoridad fue el mejor pretexto para moverlo. Al frente del Instituto la autonomía era tal que Ibáñez no se sentía obligado a mediar su vida de director con la burocracia. Por su cuenta se amparaba en una ley que entendía de manera personal, arbitraria, como por lo general se relaciona un poeta con la escritura del derecho. Un suelto anónimo de *El País* lo acusa de aplicar una “*lex privata*” (“¿Y la Constitución?”), en un tiempo enardecido en el que las alusiones a la Constitución no representaban problemas gramaticales, como había interpuesto al INIAL Vaz Ferreira.⁽⁷¹⁾ Nadie dejaba de reconocer sus méritos como investigador y, por igual, en tiempos de defenestración, “su ignorancia en material legal”. Separado del cargo e investigado por la administración del Estado, los archivos que formó ingresan en la “apertura” del director interino, interventor interesado y oficioso, Juan Pivel Devoto.⁽⁷²⁾

(70) En *Proceso intelectual del Uruguay. Crítica de su literatura*. Tomo III: *La promoción del Centenario*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1967, p. 145.

(71) Ibáñez, en resumidas cuentas, es el socialista que no tiene en cuenta la Constitución. Véase *El País*, año XLIV, n° 13943, Montevideo, domingo 5 de noviembre de 1961, p. 5. A página seguida se publican estrofas de *La leyenda patria* “a treinta años de la muerte del gran vate”. El contexto del que hay que partir para ver cómo funcionan los términos “socialista” (apelativo/acusativo) y “Constitución” (la reina del orden) no puede perder la perspectiva de que en noviembre de 1961 hacía tres meses que el Che Guevara había dado un discurso en el Paraninfo de la Universidad, que acabó con el asesinato no aclarado del profesor Arbelio Ramírez.

(72) Durante la intervención de Pivel, los excluidos por Ibáñez solicitan material del INIAL, lo reciben y agradecen por correo, envían deferencias por escrito: destacan Carlos Alberto Passos

Las cartas están jugadas e Ibáñez lo perderá todo en poco tiempo. El peso de Pivel es tal que logra borrar el nombre de su colega de todo espacio legítimo. Bajo la dirección de Pivel Devoto el INIAL reglamenta, a su encargo, el acceso de los archivos para la comunidad de investigadores. En 1962 se publica *Guía para la consulta de los fondos documentales del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios del Uruguay*. Entre las actitudes más audaces (e impostergables y simbólicas) Pivel solicita a la dirección de la Biblioteca Nacional que proporcione un sello de identificación que garantice que el archivo Rodó es propiedad de la Biblioteca, del Estado, y no del satélite de Ibáñez. “Rodó en sus papeles” fue la cuerda que se cortó entre dos investigadores, grandes lectores de manuscritos y fundadores de una historia nacional y de tradiciones de estudio de método inflexible. Tras idas y vueltas, defensas y ataques, tras el regreso de Ibáñez a su cargo en 1963, el proceso continúa por otros medios y concluye con la renuncia de Ibáñez al Instituto, el 12 de enero de 1965, pues todo había terminado y el INIAL había sido abolido sin consulta al fundador. En un poema que publica en invierno, en el número 23 de *Aquí poesía*, habla de un descontento concreto: “Sordos / sórdidos coros / –metales derrotados, impúdicas basuras–”.

El nuevo sello de las piezas del archivo Rodó fue el primer movimiento para que la Biblioteca Nacional absorbiera al Instituto, que pasaría (con sus materiales, mobiliario, legado intelectual, técnico y humano, con la excepción del ya alicaído Ibáñez) a ser Departamento de Investigaciones y Archivo Documental Literario. Nada sería igual aunque la impronta de la figura y el método de Ibáñez permanecieran impregnados en el trabajo con manuscritos. Los principales archivos de la Biblioteca Nacional aún conservan, en sus series y secciones, el sentido que les dio Ibáñez, la estructura que subyace al conocimiento filológico e historiográfico de la literatura basada en la indagación, en el aireado de los “repositorios”. Ibáñez vivió sus últimos 12 años sin esa vida que llevó en un piso de la Biblioteca Nacional, en una institución por la que hizo cuanto pudo, a la que concibió en todas sus dimensiones y en los más cálidos detalles. Separado de los archivos, traduce y publica en 1966 una sentida y esmerada versión en español del canto XXVI del *Inferno* de Dante; en ese mismo año escribe (o saca del cajón de lo guardado) algunos artículos de nivel, que va dando a conocer con lentitud, y mantiene la Cátedra de Literatura Uruguaya en la Facultad de Humanidades, donde trabaja con un grupo de jóvenes colaboradores con el que llega a publicar alguna experiencia de “análisis colectivo”. La generación de estudiantes con espíritu del 68 empieza a verlo como un profesor de maneras anticuadas, una figura de un país que dejaba de existir. Dedicó

y R. Bula Píriz, editor de la edición polémica, en Aguilar, de las *Poesías completas* de Herrera en 1951. Bula tenía en el historial de trabajo todas las calificaciones como para ser odiado por Ibáñez, como para no permitirle poner un pie en su casa.

un curso de 1967, en Humanidades, a la escritura autobiográfica de Rodó, a los diarios que había leído y divulgado antes que nadie, según consta en la crónica de aquella conferencia en el Solís, de fines del 47, cuando Ibáñez esculpía la “nueva imagen”.

Desde algunos lugares continuaba su caza –basada en la erudición archiverca– del error ajeno, esa insufrible batalla que Ofelia Machado Bonet, reconociendo el “histerismo egolátrico” de Ibáñez, sintetizó con estas palabras: “es muy cómoda la actitud de creer en su propia perfección, cuando sus libros con apreciaciones críticas están todavía en el ensueño de un futuro mejor” (7). Los errores propios los marcó él mismo, en privado, y es probable que los haya sufrido demasiado. En el número 1 de *Cuadernos de Marcha*, de 1967, publica el estudio “El ciclo de Proteo” con un primer párrafo titulado “‘Proteo’. Génesis, desenvolvimiento y división final”, en el que no se corre una línea del conocimiento del archivo y del diagrama arbóreo de clasificación que había sido el mapa cierto.⁽⁷³⁾ Toda alusión a “Imagen documental de Rodó” es ya pérdida y nostalgia. Ibáñez tiene entre manos (o más bien en la mente) otro libro: en el número homenaje a Rodó de *Cuadernos de Marcha* alguien, seguramente Quijano, con quien Ibáñez había tenido alguna pasada tensión con Rodó de fondo, tuvo el gesto noble de devolverle, por un momento, un lugar público que había perdido, y el profesor muestra otra vez su dotación literaria. En cinco páginas que siguen al artículo, y como extensión del mismo trabajo, interviene en la *restauración* del texto “Otros Motivos de Proteo”. Cuatro años más tarde, en una entrevista con Jorge Ruffinelli en *Marcha*, Ibáñez dice que saldrá a la luz un nuevo libro de Rodó. El copete de la nota anunciaba que había dado fin a una tarea emprendida años atrás, que había descartado publicar este libro de más de 500 páginas en otros países de América Latina y que al fin, en Uruguay, “entregó a imprenta el voluminoso trabajo” que consistía en “*Otros Motivos de Proteo*, restaurados a partir de diversos originales que fue necesario identificar y conectar, para superar versiones imperfectas, y por último, *Bosquejos para los nuevos Motivos de Proteo*, los doce cuadernos también hallados por Ibáñez en los que Rodó asentaba materiales preparatorios para futuras (y por su muerte inconclusas) continuaciones de la obra”.⁽⁷⁴⁾

En 1969 envía desde Copenhague/Jerusalén el prólogo que esperaban Ruffinelli y Hugo Alfaro para la edición de *Páginas desconocidas de Rubén Darío*, primera y única entrega en un plan de tres volúmenes. La introducción a *Sobre literatura*, de Horacio Quiroga,⁽⁷⁵⁾ firmada en Montevideo/Jerusalén,

(73) “El ciclo de Proteo”, en *Cuadernos de Marcha*, nº 1, Montevideo: mayo 1967, pp. 7-52.

(74) Ruffinelli, Jorge, “En el primer centenario de José Enrique Rodó”, entrevista con Roberto Ibáñez, *Marcha*, año XXXIII, nº 1552. Montevideo, 16 de julio de 1971, pp. 30-31.

(75) “Prólogo” en Quiroga, Horacio, *Sobre literatura*, volumen VII de la serie *Obras inéditas y desconocidas* (dirección y plan general de Ángel Rama). Montevideo: Arca, 1970, pp. 5-19.

lo da como un crítico de registro distinto (como si escribiera otro), feliz sobre todo en la primera parte, cuando compone una “imagen sumaria” de Quiroga antes de la entrada en la clasificación, ceñida en fórmulas, de los textos reunidos que el lector encuentra al dar vuelta la página. Apreciado por gente cercana a *Marcha*, a *Cuadernos de Marcha* y a la editorial Arca, en 1971 es convocado otra vez por el nombre de Rodó en el número homenaje por el primer centenario, y en una entrevista vuelve a ser ultrapreciso y minucioso con los textos y reitera los extravíos de Rodríguez Monegal, de quien estaba separado y unido por veinte años de confrontaciones.⁽⁷⁶⁾

Las cosas en el Departamento de Investigaciones no van bien aunque la factura de fichajes, recibo de donaciones, elaboración de índices y catálogos, las exposiciones y las lecturas continúan. El departamento se mantiene acéfalo hasta que asume la dirección —en 1972 y hasta 1974— Héctor Massa. A fines del 74 está al frente Visca, hasta que en marzo de 1977 pasa a ser director de la Biblioteca Nacional, sitio desde el que continúa la investigación literaria. Luego de una década en que la Biblioteca produjo trabajos sobre el terreno estable del INIAL, el primer libro que se dedica íntegramente a cotejar las variantes de un texto es “*Tabaré*”: *proceso de creación*, de Antonio Seluja y Alberto Paganini.⁽⁷⁷⁾ Cuando el régimen cívico-militar envíe un interventor a la Biblioteca Nacional, coronel cuyo nombre está impreso en los créditos de algunas publicaciones de la época, el Departamento de Investigaciones no deja de crecer pues la autoridad dictatorial, afín a la simbólica de los panteones, no tenía razones para desarmar aquel relicario que correspondía a la literatura y habían fundado los legisladores con honor patriótico. En el número 7 de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, de 1973, se describe la situación: funcionan en la Biblioteca “cuatro sectores”: Literatura, Filosofía,

(76) “En el primer centenario de Rodó”, en *Cuadernos de Marcha*, n° 50, Montevideo, junio 1971, pp. 15-24.

(77) Pese al esfuerzo de composición, ha pasado a los estantes de publicaciones de la Biblioteca Nacional sin ser revisado, leído, comentado. Árido, visualmente difícil, el proceso de creación del texto de Zorrilla está dividido en manuscritos (que los autores llaman A, B y C) y versiones de la prensa que habían sido halladas por Ibáñez (*El Bien Público* y *La Tribuna Popular*) en la investigación que concluye en “*La Leyenda Patria* y su contorno histórico”, otro trabajo anunciado como parte de otro, en *Homenaje al poeta Juan Zorrilla de San Martín*. Montevideo: Cámara de Senadores, 1959, pp. 65-101 [Ibáñez colabora en la “Iconografía” de las páginas siguientes, 105-121]. Seluja y Paganini comparan y cotejan las variantes con la edición príncipe y las ediciones posteriores. Carecen de exégesis, de interés intelectual, y suman el problema de un sistema de notación de variantes perimido, en desuso, inactual. Sólo recuentan y no examinan las “lagunas” de las versiones primitivas, y las conclusiones a las que llegan en este trabajo de genética son muy poco estimables: al *Tabaré* “precedió un largo período de gestación mental” de Zorrilla, “el mayor poeta del romanticismo en América, tuvo la paciente y dolorosa tragedia del artista: el careo titánico con la idea, con el verso y con la palabra”. Los investigadores insumen horas seguramente fatigosas para acabar diciendo, como “clara, definitiva y última conclusión: la irrelevancia del mito romántico de la inspiración en el aedo oriental. La inspiración, si bien constituye el hito inicial de toda creación, está abonada por una lúcida y rectora conciencia creadora”.

Historia, y “en gestación el de Plástica”. En la Sección Literatura Uruguaya, el Departamento de Investigaciones prosigue el método de Ibáñez, aplica criterios de ciencia histórica y se retira de toda lectura social del arte. En filosofía trabaja con filósofos analíticos, y en historia el objeto se construye preferentemente en los albores del XIX. Cruzan los pasillos de la Biblioteca intervenida un número alto de investigadores y colaboradores honorarios, jóvenes en formación. Existía, pues, la investigación con ausencia de críticos, entendiendo a éstos como los que actúan sobre los textos y en parte igual sobre una situación de lectura (los que de fondo niegan la organización del mundo desde donde leen).

El proyecto de Ibáñez, siempre relacionado a la Biblioteca Nacional, tocó fondo en los años noventa, hasta el punto que el Departamento de Investigaciones, cuyo acervo está formado desde los años cuarenta por un profesor visionario y un Estado rico, estuvo a punto de ser destruido por obra del ex director Luis Alberto Musso, primer bibliotecólogo de Uruguay. El avance de la tecnocracia y del “país de servicios”, cuyo soporte político no era argumentado sino fuertemente autoritario, llegó a cuestionar el sentido de mantener dentro de la Biblioteca Nacional a un investigador asalariado por el Estado. En los años noventa, y no durante la dictadura, la política intentó triturar una tradición intelectual, la más importante para la investigación, originada en el valor material de la literatura.

VIII

Roberto Ibáñez no admitía que su nombre fuera alguna vez ignorado. Tal vez no aventuró que el INIAL dejaría de existir, y menos podría saber que la investigación de archivo, que había creado en la órbita de la política, un día podía bajar definitivamente las cortinas, estuviera en el lugar institucional que estuviese. Llegaría el día de perderlo todo y de entregar la llave, “un arcano, una obra a realizar, pero también el medio para su ejecución”. Del mismo diccionario de símbolos: “Es evidente el parentesco morfológico de la llave con el signo del *Nem Ankh* (Vida Eterna), o cruz ansada, de los egipcios. [...] las llaves derivan acaso de la cruz ansada, que sería el arquetipo de la llave (Vida Eterna) abriendo las puertas de la muerte para la inmortalidad”.⁽⁷⁸⁾

En la carta de renuncia al Instituto, que entregó el 12 de enero de 1965, fiel a la memoria del día del 48 en que se creó el INIAL, Ibáñez dice

(78) Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos tradicionales*. Barcelona: Luis Miracle, 1958, p. 276.

haber postergado su salida (lo hostigaba desde hacía tiempo el ministro Pivel) por la esperanza de rescatar los archivos y radicarlos en la Universidad. Si los legisladores, apurados en el fin de año de 1948, hubieran oído al filósofo Vaz Ferreira, Ibáñez se habría llevado hasta la muerte su patronato de archivócrata literario. Todas las fallas son humanas, y los errores, políticos.

La dimensión que habría alcanzado el INIAL si hubiese acercado al lingüista rumano Eugenio Coseriu, que en los años cincuenta desarrolló una obra principal viviendo como profesor en Montevideo,⁽⁷⁹⁾ habría favorecido los estudios de diversas disciplinas con base en manuscritos y no habría quedado Ibáñez en una isla que pretendía perfecta, en la soledad de vigilante que él mismo fomentó. En lugar de un intercambio que sin dudas hubiese fortificado a la literatura uruguaya, Ibáñez se plantó ante Coseriu como un pugilista, quizá en recuerdo de las supuestas lecciones de boxeo que tomó de joven. José Pedro Díaz reconstruye en el *Diario* (427-29) una disputa en casa de la delicadísima Susana Soca. Nada es serio y todo es patético, otra muestra de que Ibáñez se dedicaba a lo nimio (en sus tres significados) y así podía ser nimio (por insignificante), inseguro y frágil.

Hay varias despedidas del profesor, poeta y mentor de otros. Hace poco se supo que un día de 1974 fue a ver a la puerta de la Jefatura de Policía de Montevideo a Washington Benavides, que venía desde Tacuarembó detenido e incomunicado junto a su hermano Carlos, les había caído la censura por una canción que habían escrito y grabó Zitarrosa.⁽⁸⁰⁾ Ibáñez se acercó a saludar a Washington Benavides y un policía lo empujó y lo tiró al piso. Estaba enfermo del corazón, débil. “No me olvido más de la cara pálida”, dice Benavides, a quien Ibáñez había conocido a fines de los cuarenta en sus recorridas por los liceos del Interior. En los viajes hacía lo siguiente: llegaba a un liceo y tras unas averiguaciones mínimas salía en busca de los estudiantes con sobresaliente en literatura. Así conoció a Benavides y a Walter Ortiz y Ayala, con quienes compartió una mesa de bar, una lectura que corresponde que sea evocada, algún día, por quienes la vivieron. Ibáñez trajo a Montevideo poemas de Benavides y llevó copias a *Asir*, *El Ciudadano* y *Marcha*, donde fueron publicados. Con el tiempo y la comprensión Benavides sostendrá un ensayo sobre *La Frontera* en el número 5 de *Aquí poesía*. No son éstas las únicas historias llenas de generosidad: Mercedes Ramírez, quien trabajó en el INIAL durante 1950 y 1953, y Myriam Otero, vocal de la Comisión de Investigaciones Literarias, asistente de ésta y del

(79) Véase Block de Behar, Lisa, “Eugenio Coseriu”, en *Boletín APLU* (Asociación de Profesores de Literatura), año VIII, n° 32, Montevideo, diciembre 2002, también en <http://liccom1.liccom.edu.uy/docencia/lisa/articulos/coseriu.htm>

(80) La anécdota está en el libro de Numa Moraes en colaboración con Alfredo Escande, *De Curtina a La Haya*, Montevideo: Planeta, 2011, p. 216-219.

INIAL entre 1945 y 1950, pueden decir otras. Si este artículo en algún pasaje tiene algo vivo se debe a la atención amable y a la memoria sensible, a la inteligencia de estas dos alumnas y colaboradoras del profesor Ibáñez.

No hace falta referir que en 1976 publica trabajos sobre Herrera y Reissig en la *Revista de la Biblioteca Nacional* y en el fascículo que dedicara *El País* al poeta de la Torre de los Panoramas. Son conocidos y la referencia se encuentra en otros trabajos. Desde 1971 Ibáñez conocía, tras la muerte de Sara, la “soledad heroica”. Para nuestros fines hay dos discursos finales de interés: las palabras que Ibáñez dice en su carta de renuncia, y la autodefensa en *Marcha*⁽⁸¹⁾ tras ser separado del cargo: “Notas a una interpelación” se publicó en la edición de fin año en la que venía el suplemento cultural, dirigido por Ángel Rama y Mario Trajtenberg, con un panorama de las artes:

“¿Adónde va la poesía?”. Tocado por *hybris*, Ibáñez responde al “Señor ministro”, a los reclamos (ahora sí intelectuales) que vienen de la arena política: “como si no existiese una técnica basada en normas definidas y constantes, origen de una ‘teoría de la investigación’ redactada hace años y visible –para quien tenga ojos y quiera ver– en las ediciones cumplidas”. Es una exclamación y una afrenta. Durante el recorrido de esta investigación, que pudo realizarse gracias a la pericia y la eficiencia de Virginia Friedman en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional, la última carpeta del armario donde están apilados los documentos del INIAL guardaba “Teoría y ensayo de la investigación” seguido de “Anotaciones y glosas”, trabajo práctico con manuscritos del archivo Rodó. Estos casi cien folios mecanografiados pertenecen a “Imagen documental de José Enrique Rodó” y serán editados en el próximo número de esta publicación. La promesa tiene algo de homenaje a quien solía hacerlas sin consecuencia. Leer el texto es una manera de regresar al *archivo* (un árbol lógico, una taxonomía razonada) que Ibáñez dio al *nuevo origen* de Rodó.



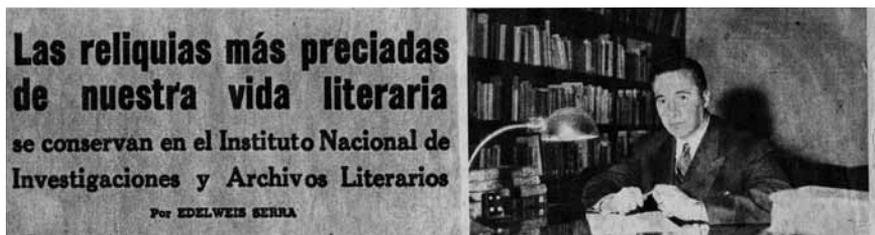
Obra de la artista rusa Yenia Dumnova que ilustra la página de autodefensa de Ibáñez “Notas a una interpelación”, publicada en el último número de *Marcha* de 1961.

(81) Año XXIII, nº 1090, Montevideo: 29 de diciembre de 1961, p 7.

IX

En el adiós al Estado reconoce que solo a través de la investigación, a la que hizo “aportes incalculables” (es ecuánime), cobró sentido y trascendencia el acervo de la Biblioteca Nacional, guardado en esos catálogos y pisos dados al vértigo: “¿Puede alguien olvidarlo o desconocerlo?”. Pasadas las generaciones de investigadores y críticos literarios, intelectuales de trabajo meditado, aquellos venidos de “el arte de la conciencia y la conciencia del arte” (así decía Ibáñez sobre Eça), la respuesta es que sí se puede olvidar y desconocer su tarea. Es fácil leer, enseñar e investigar como si Ibáñez no hubiese existido. De su parte no había dudas de que era bueno: “El propio señor Pivel, cuando me subrogó temporalmente, declaró a Francisco Espínola (no hay infidencia en la comunicación de las cosas gratas) que yo había trabajado en forma excepcional. Exageraba. Pero el juicio es elocuente”.

Ibáñez creía en la justicia y en la eternidad, era capaz de concebir una literatura en el futuro año 3971. Renuncia a la perversión del Estado y dice en la última línea de la carta: “El tiempo, como siempre, dirá la última palabra”. No hace falta alguien versado en hermenéutica para negar de raíz una afirmación tan floja. El tiempo solo acarrea prejuicios con todo lo perdido. En verdad el tiempo nunca dice nada, no conoce las palabras, tiende a cubrir todo de olvido.



Roberto Ibáñez, modelo de pulcritud, a fines de 1959 en un reportaje de Mundo Uruguayo. Los archivos habían pasado de la mesa de Rodó, que apilaba y dispersaba materiales de trabajo, al escritorio ordenadísimo del director del INIAL, que refleja las líneas más metódicas y severas de su personalidad intelectual.

Bibliografía

- CALLEJAS DE ECHEVARRÍA, Mireya y VIERA REYES, Mary, “Orígenes y funciones del Departamento de Investigaciones y Archivo Documental Literario de la Biblioteca Nacional”, monografía archivada en Montevideo. Escuela Universitaria de Bibliotecología y Ciencias Afines, 1987.
- DERRIDA, Jacques, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Valladolid: Trotta, 1997. Traducción de Paco Vidarte. Edición digital en <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/mal+de+archivo.htm>
- Fuentes. Órgano del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, año 1, número 1. Montevideo: agosto de 1961.
- GHIRALDO, Alberto, *El archivo de Rubén Darío*. Santiago: Editorial Bolívar, 1940. [Segunda edición Buenos Aires: Sudamericana, 1943.]
- Guía para la consulta de los fondos documentales del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios del Uruguay*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1962.
- IBÁÑEZ, Roberto, *Il XXVI Canto dell'Inferno. Recato in versi spagnoli da Roberto Ibáñez*. Montevideo: Società Dante Alighieri, 1966.
- *Originales y documentos de José Enrique Rodó*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social-Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 1947.
- *Originales y documentos de Juan Zorrilla de San Martín*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social-Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 1956.
- LEUMANN, Carlos Alberto, *El poeta creador. Cómo hizo Hernández “La vuelta de Martín Fierro”*. Buenos Aires: Sudamericana, 1945.
- LOIS, Élida, *Génesis de escritura y estudios culturales. Introducción a la crítica genética*. Buenos Aires: Edicial, 2001.
- LOCKHART, Washington, “El pensamiento y la crítica”, en *Capítulo Oriental*, fascículo 22 (revisación y bibliografía de Carlos Real de Azúa). Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1968.
- PAGANINI, Alberto, “Los críticos del 45”, en *Capítulo Oriental*, fascículo 35, (revisado por Carlos Maggi). Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1969.
- PALLARES, Ricardo, “Personalidad y poesía de Roberto Ibáñez”, en *Letras de proximidad. Ensayos sobre poesía uruguaya contemporánea*. Montevideo: Botella al Mar, 2011, pp. 141-158.
- REAL DE AZÚA, Carlos, *Un siglo y medio de cultura uruguaya: literatura*. Relatorio preparado con motivo del foro de literatura de los cursos internacionales de verano, folleto 3. Montevideo: Universidad de la República, 1958.
- “El Uruguay como reflexión (II)”, en *Capítulo Oriental*, fascículo 37. Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1969.
- Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, año I, Tomo I, número 1. Montevideo: diciembre de 1949.
- “Rodó en sus papeles”, en *Escritura*, año II, n° 3, Montevideo, marzo de 1948, pp. 83-103.
- SARNETZKI, Detmar Heinrich, “La ciencia literaria, la poesía y la crítica cotidiana”, en *Filosofía de la ciencia literaria*, AA. VV. [1930]. Traducción de Carlos Silva. México: Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 475-514.
- SCHULTZ, Franz, “El desenvolvimiento ideológico del método de la historia literaria”, en *Filosofía de la ciencia literaria*, AA. VV. [1930]. Traducción de Carlos Silva. México: Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 3-47.



El socialista argentino Alfredo Palacios visita a Roberto Ibáñez y a sus colaboradores el 19 de noviembre de 1944. Lo acompaña su compatriota Santiago Israel Nudelman, también político. La Comisión de Investigaciones Literarias que había fundado Ibáñez funcionaba, desde abril de ese año, en la Biblioteca Nacional. En la foto, reproducida en la prensa, posan el director de la Biblioteca, Juan Silva Vila, el investigador Silvio Frugone Pereyra, Roberto Ibáñez, Nudelman y el investigador José Enrique Etcheverry (todos de pie); Myriam Otero, Alfredo Palacios y Dora Isella Russell usan las sillas de ese acotado recinto. Sobre el escritorio, a un costado, se aprecian papeles de José Enrique Rodó en carpetas que ahora tienen siete décadas. Fotografía donada por Myriam Otero al Archivo del INIAL de la Biblioteca Nacional.